

EL
CARDO
DE
BRONCE

NO. IV

*Año III. Número IX, PRIMAVERA, 1987
Depósito legal: Ciudad Real 832/85
Dirección, Redacción y administración:
C/. Veracruz, 24. 13700 TOMELLOSO
(Ciudad Real).*

Homenaje
a
Valentin
Arteaga

Este número extraordinario de los Cuadernos de Poesía y Pensamiento del Grupo "Jaraíz" ha estado al cuidado de Tomás Casero, Leopoldo Lozano, Rafael Alfaro, Manuel Moreno, José María Torrijos, Domingo F. Failde, María del Pilar Morales, Pepe Treviño, Natividad Cepeda, Javier Campos y Rocío Torres.

1. PRESENTACIÓN



El número 9 era un milagro para Dante. Y, en consecuencia, nos escribe Angel Crespo, deben ver este número de "El Cardo de Bronce" como un símbolo del milagro que es tan estupenda revista". "Estamos radiantemente convencidos de que vivir es prepararse para cualquier sorpresa", terminaba la Presentación del número siete de nuestra revista. Y como un milagro y una sorpresa aparece este número 9, dedicado a Valentín Arteaga, el padre de esta criatura tiernamente punzante, la revista de poesía más bella de España, por ese frescor artesanal de sus páginas siempre abiertas a los valores literarios de la actualidad española.

¿Motivo? A Valentín le debíamos un homenaje al cumplir sus "Bodas de plata con la Poesía", pues recibió el Premio Ciudad de Palma por su libro "La esperanza del barro" en 1958. El poeta de Campo de Criptana, siempre atento y preocupado por los homenajes a los demás, bien se merece esta expresión de afecto. Así lo ha pensado el Grupo "Jaraíz" que ha dirigido una invitación a los amigos y poetas de España a sumarse a este homenaje. Y han respondido con la mayor generosidad y fraternal afecto.

* A tí, Valentín, que has dedicado más de un cuarto de siglo a tu ministerio del "Verbo", en el total sentido de la palabra; que has hecho fecunda tu vida en belleza y en poesía; que nos has dado espléndidas muestras de ellas en una obra que ahí está, clara y duradera.

A tí, Valentín, que estás entre los grandes de la poesía de este siglo, aunque muchos aún no se hayan enterado y tengan todavía que descubrirte; pero te descubrirán y se descubrirán al leer la pureza de tu verso.

A tí, Valentín, que has pasado por tus ínsulas de Mallorca, de Roma, de Menorca, de Torrejón de Ardoz, de Tomelloso... con el celeste don de tu silencio y tu palabra, haciendo amigos y creando cultura; fundando revistas y grupos literarios: "Síntesis", "Jaraíz", "El cardo de Bronce"...; publicando libros y obteniendo premios de poesía: "Ciudad de Palma", "Ciudad de Cuenca", "Jorge Manrique", "Perfecto Sulleiro", "Juan Alcaide", "Eladio Cabañero"...

A tí, Valentín, que tienes "el mar en la Patena", y en las vidrieras ojivales de tus versos "arde el sol como un templo" para hablar a todos desde el "umbral de la distancia" porque llevas la confabulación de tus alucinaciones en "las barcas de la memoria". A tí, que crees y sueñas en el amor cuando "aún no había raíces" y has afirmado y afirmas la poesía desde "El Cardo de Bronce":

"Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno",

por recordar a Miguel Hernández, el mismo que escribía:

"Lluviosos ojos que lluviosamente
me hacéis penar...",

por traer el recuerdo de tu poemario "Cuando llueve en tus ojos"...

A tí, Valentín, te ofrecemos el homenaje cariñoso de este número nueve de tu revista, de nuestra revista. La Poesía española y los poetas de la Mancha universal teníanos esta deuda contigo. Y ya Pablo de Tarso nos avisaba aquello tan lindo: "No tengáis más deudas que las del amor". ¿Y qué regalo mejor que el número nueve? -Dante y Angel Crespo nos lo advierten- este milagro que nace para ti como una deuda de amor de todos los poetas y de todos tus amigos acostumbrados a asomarnos a la ventana florida de estas páginas por obra y gracia de Leopoldo y la inimitable fidelidad de Tomás y la amorosa artesanía del Grupo "Jaraíz".

* Ya es otra vez primavera, Valentín, si vieras los chopos del Retiro: están como llamas verdes recién prendidas; y, junto a ellos, el estallido de los castaños, de los plátanos de indias, de las acacias, de los olmos... Un día de estos iré a la Rosaleda del Parque del Oeste y diré a pleno pulmón los versos de la Novena Elegía de Rilke:

"Oh, créme, no fueran
ya necesarias tus primaveras para atraerme a tu seno, una,
ay, una sola es ya demasiado para mi sangre...
Mira, yo vivo. ¿De qué? Ni la infancia ni el futuro
se amenguarán... Una existencia sobreabundante
me brota del corazón..."

Y pienso que "El Cardo de Bronce" tenía que florecer para tí en esta primavera milagrosa. En él brotan las voces de tus amigos, trepidantes y sonoras, unas; escondidas y dulces como susurros, otras. Grandes voces, pequeñas voces, muchas voces, una voz: la de la poesía. Todas traducidas a la palabra que canta para tí como un rumor de vino, en ese mar de viñedos que es Tomelloso, oh "le pays des vignes" Rimbaud jamás pensó en este lugar de la Mancha.

* Y tu voz, Valentín, tu voz plural y única, tan pura, tan inconfundible. Una voz que, tal un vino generoso, se vierte en una palabra "que revoluciona el vocabulario, y se exalta hasta lograr el estado de gracia poético", para decirlo a tu manera.

"Hablan en el poeta voces varias:
escuchemos su coro concertado",

escribía el solitario Cernuda. A veces nos empeñamos a reducir la voz de nuestros poetas, cuando no la amordazamos. Y luego nos sorprendemos al oír en ellos un "coro concertado" de voces:

"No es poeta sólo quien ahí habla.
Sino las bocas mudas de los suyos
a quienes él da voz y les libera".

Tu voz sabe adivinar la alegría y el dolor; la claridad y la sombra; la esperanza y la angustia de los hombres de tu tiempo. Una voz conciliar y posconciliar que ama la dimensión terrena y la otra dimensión mística; una voz mediterránea y manchega a la vez, que ha dictado los más bellos e increíbles libros de amor: "Cuando llueve en tus ojos", "...Y aún no había raíces, "La barcas de la memoria". (¡Qué precioso y sutil estudio el de Angel Crespo sobre este último poemario!). ¿Y la maravilla de "Un rostro va en tu música"?; en él se da un discurso poético equidistante de la música, de la poesía y de la belleza como una transmutación mágica de la realidad a través del recuerdo y la palabra. "Arde el sol como un templo" es una profunda contemplación del hombre y de su entorno manchego. La claridad de la Mancha hiere a la otra claridad que venía del mar:

"Mancha puesta de pie, sonoras vetas
de un agua de alfileres y carbunclos
hincándose en su piel, membrillo y loza
la epidermis del aire, van aljibes,
brocales, nubes, pozos, van alféizares
al niño aquel sagrado que ahora vuelve
lleno de mar su cubo por la siesta".

Tu voz nos ha dado "Umbral de la distancia" y "Misa de Navidad", incursiones de poesía mística y humana; aunque lo humano en ti, Valentín adquiere categoría sobrehumana. ¿Y la joya de "El mar en la patena"? Tu autobiografía se hace en él substancia poética en un verso marítimo, fluido y alucinado:

"Final el mar al cabo me devuelve
a sus orillas últimas. Estamos
los dos por fin cumplidos. El crepúsculo
del corazón se incendia en la patena
de nuestros ojos, mar..."

Una poesía plural la tuya, Valentín; de muchos soles y de muchas aguas. Pero única, consustancial contigo mismo, porque tus versos te han hecho a tí, te están haciendo cada día, te están regalando a cada hora como un don poético de Dios.

* Sí, era justo y necesario que "El Cardo de Bronce" floreciera para ti. Para ti canta también ese otro "Coro concertado" de poetas amigos que han sumado su voz a este homenaje cálido y bello.

Hoy te contemplo, Valentín hermano, asomado a la calle Veracruz de tu Tomelloso blanco, reverberante de claridad. Y tu ventana se convierte en la proa de un barco del que eres capitán. Te contemplo pastor y nauta, "de púrpura y de nieve/ florida la cabeza, coronado", y con tu báculo, aún más florido, guiando tu barca por el aire, con toda la poesía a bordo; guiando tu barca por un mar alucinado, con toda la belleza en sus velas; guiando tu barca por la tierra, por ese océano manchego, el más ancho y hermoso de todos los mares, con la maravilla de tu verso en sus jarcias:

Y va cantando el mástil de una alondra
como un endecasílabo invisible.
Y va tu nave por el aire.
Y va tu nave por el mar.
Y va tu nave por la tierra
con su mástil sonoro
como un endecasílabo invisible.

Rafael ALFARO

COLABORAN

Rafael Alfaro, César-Augusto Ayuso, Carlos Baos Galán, José-Carlos Beltrán, Pascual-Antonio Beño, Joaquín Brotóns, Eladio Cabañero, Francisco-Javier Campos, Vicente Cano, Luis de Cañigral, Raúl Carbonell, Natividad Cepeda, Carmen Conde, Carolina Corbacho, Angel Crespo, Andrés Duro del Hoyo, Mercedes Escolano, Andrés Escribano, Raimundo Escribano, José-Antonio Espejo, Narcisa Espinosa, Mariano Esquillor, Domingo F. Faílde, Antonio Fernández Molina, Rafael Fernández Pardo, Miguel Galanes, Federico Gallego Ripoll, Pablo García Baena, Vicente García Hernández, Luis García Pérez, José-Aureliano de la Guía, Pedro-Antonio González Moreno, Félix Grande, Nicolás del Hierro, Cayetano Iranzu, Clara Janés, Luis Jiménez Martos, Manuel Juliá, Pedro-Miguel Lamet, Alejandro López Andrada, Alfonso López Gradolí, Leopoldo de Luis, Juan José Malagón, Julián Márquez Rodríguez, José Mascaraque, Jesús Martín Rodríguez, Antonio Matea, Francisco Mena Cantero, Manuel Moreno, Alejo Mortal, Manuel Naranjo, Ana-María Navales, Antonio Oliver, Amador Palacios, Enrique Pellicer, Antonio Prieto, Rafael Quilez, Carlos de la Rica, Juan Ruiz Peña, Manuel S. Chamorro, Pilar Serrano, Román Serrano, Trinidad Serrano, Juan José Téllez, Sagrario Torres, José-María Torrijos, Enrique Trogal, Octavio Uña, Juan-Carlos Valera, Alicia Valle, Josefina Verde, Carlos Vitale.

Valentin Arteaga

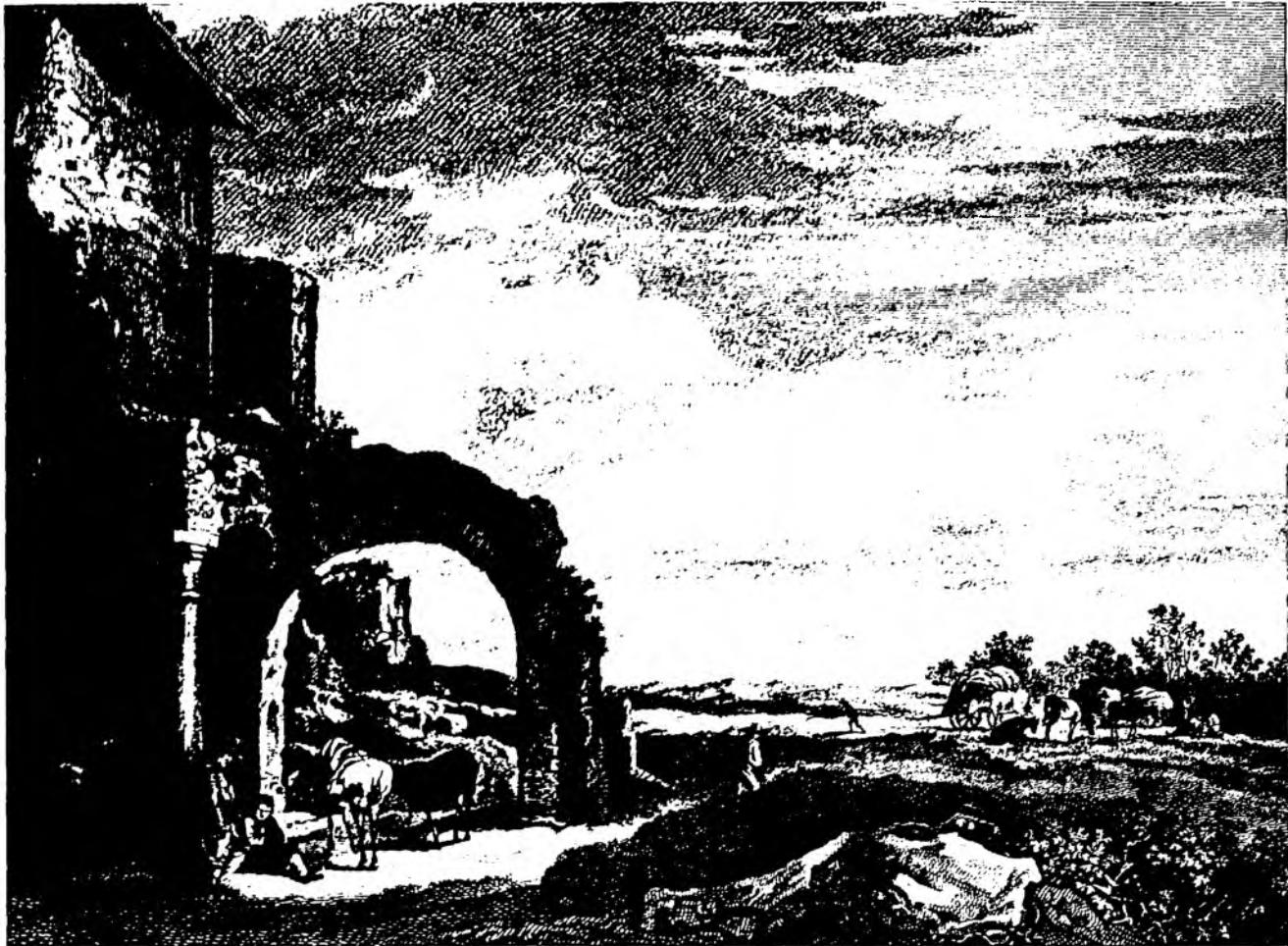
Nace en Campo de Criptana (C. Real) en 1936. Estudia Humanidades en el Seminario Diocesano de Ciudad Real. A los veinte años pasa a residir en Palma de Mallorca ingresando en la Orden de Clérigos Regulares (Teatinos) y cursa estudios de Filosofía. En 1958 obtiene, con su primer libro de poemas, "La esperanza del Barro", el "Premio Juan Alcover", de los premios "Ciudad de Palma". A finales de 1959 pasa a vivir a Roma, donde se licencia en Teología por la Universidad Pontificia Gregoriana, y hace estudios de cine, literatura y espiritualidad. Vuelve a Mallorca donde imparte lecciones de Teología y Literatura, da conferencias y trabaja en el campo de la educación de la juventud. Pasa un año en Mahón (Menorca). Durante más de una década trabaja en Madrid siendo miembro de los grupos literarios "Síntesis" y "Juan Alcaide". Funda el Taller de Poesía del Ateneo popular de Torrejón de Ardoz. Obtiene varios premios: "Ciudad de Cuenca", "Ciudad de Linares", "Jorge Manrique", "Florentino Pérez Embid", "Teresa de Jesús", "Bahía", entre otros. Desde hace más de seis años reside en Tomelloso (C. Real), ciudad en la que ha fundado el Grupo Artístico y Literario "Jaraíz", dedicándose de lleno a la promoción cultural. Ejerce la crítica literaria y el ensayo. Su voz poética es una de las más originales y auténticas del panorama literario de la región castellano-manchega. Se está escribiendo una tesis doctoral sobre su obra. Es director literario de estos Cuadernos de Poesía y Pensamiento de "El Cardo de Bronce".

O B R A

"La esperanza del Barro y otros poemas" (1972), "De par en par" (1973), "Criptana y otros villancicos" (1974), "Dios en voz baja" (1975), "Cuando llueve en tus ojos" (1975), "Y aún no había raíces" (1979), "Arde el sol como un templo" (1980), "Padrenuestro sin más" (1980), "Retablo de ceniza" (1981), "Umbral de la distancia" (1983), "Las barcas de la memoria" (1984), "El mar en la patena" (1984), "La espalda de Adán" (1984), "Cuando regresa el mar hasta mis labios" (1985), y "Un rostro va en su música" (1985).

En prosa ha escrito "Un testigo del Sermón de la Montaña" (1985) y la antología "Cuatro poetas manchegos" (1985).

2. El umbral y la distancia



Para Valentín Arteaga la distancia es siempre umbral e invitación para adentrarse en el misterio del ser, delectarse la belleza más simple, o descubrir que están tocando a vísperas permanentemente las palabras; que tiene el olvido un amable rumor de pasos o las palmas de las manos anhelan la cerámica tangible de la luz, y, de camino a Tomelloso, se nos puede conceder la gracia embelesada de un gorrión, sentir que Dios nubla más que un beso, o elaborar zócalos, estrellas, diamantes, vidrios y amapolas...

Pero, para Valentín Arteaga también es cierto que todo umbral se abre de par en par hacia la lejanía, porque, más allá de los crepúsculos, la inutilidad ya no existe.

SABIDURIA DE LA TARDE

Para Valentín Arteaga



Ha venido la tarde hasta tu mesa
con su luz contenida y, en su frente,
el silencio que brota del hondón
de su sabiduría.

Y se ha sentado
junto a tu soledad, la siempre fiel,
a enseñarte las cosas que sabías,
a recordarte nombres olvidados.

La tarde
habla despacio, se hace tu palabra,
abre tus libros. Lenta, deletrea
la belleza más simple, esa que a veces
se confunde con la felicidad.

Y con suaves manos
derrama por tus ojos
esa luz interior que sólo alumbra
a los que saben caminar por dentro.

Rafael ALFARO

EPISTOLA O SEMBLANZA

Criptana o paraíso, a vísperas del vernal tiempo
del año que corre.



Carísimo Valentín:

Yo sé si debo, bien lo sabes,
porque a veces las palabras se desbaratan,
se desvirtúan o se hacen altisonantes y altitonantes,
válgame Dios y me libre,
que no es ésta,
ni se le pareciere,
la intención, no, sino que es muy otra y humilde,
aunque, eso sí, fraternal en todo.

Te escribo,
hermano ya,
vate valiente Valentín
Arteaga, pater y padrino mío en la Poesía,
amantísimo de Polimnia,
hijo de Apolo, criptano de origen, rétor de la palabra
divina también,
divino como Herrera y como Aldana,
ébrio de licor dionisios, bardo de oficio, en fin,
te escribo, digo, porque esta es la hora:
las cítaras ya están afinadas y tersas; las tibias esperan
unos dedos diestros; el vino,
el más antiguo, sin mezcla y purpúreo como sangre; el tiempo
como te decía, vernal casi; las vírgenes con sus
cestos repletos de florecillas silvestres y de crianza,
eso sí, a cual más perfume y color;
acróbatas, de fuertes músculos, darán sus brincos;
y coros traídos del Este, entonarán
como arcángeles.

Me adelanto, sin embargo, a todos,
y quiero sea ésta la primera,
la felicitación
más sincera al menos:

Vale.

José-Aureliano DE LA GUIA

VALENTIN ARTEAGA ENTRE ARCÁNGELES Y HADAS



He aquí
un poeta puro,
casto, honesto,
Un poeta
que reparte
el racimo, el vino,
la bodega de su corazón-amor
entre sus hermanos
blancos y negros.
Un poeta
repleto, rebosante de sol,
de luz y lluvia,
de estrellas y constelaciones,
de noches de luna llena,
del inmenso mar
de color
verde-violeta-amarillo
de nuestra tierra.

He aquí
un poeta cálido,
afectuoso,
fraternal,
cordial,
entrañable.

He aquí
un poeta digno
de pasear por avenidas,
plazas,
calles,
jardines,
palacios y parques
del dorado parnaso,
de hacer tertulia en sus terrazas y cafés,
de tomar cerveza, ginebra, brandy o anís
con faunos, ninfas, dioses,
arcángeles y hadas.

He aquí
un poeta-corazón,
un poeta verdadero,
al que yo coronó con laurel y mirto,
con pámpanos y uvas.

Joaquín BROTONS

DESDE EL UMBRAL DE LA LLUVIA

A Valentín Arteaga



He estrechado su mano que da forma a la rima. Miro en el fondo de sus ojos un resplandor de vidrieras que confunden. Un hombre es siempre sus ojos, una mirada inicial que buscas exultante, el niño que vuelve con sus sueños de hombre en sus huellas de barro. He estrechado su mano, suave como el agua que cae tras los cristales del ventanal de su segundo piso. Al mirarle pienso estuviese prisionero de su mesa de estudio, de las librerías a su espalda, de las figuras un poco polvorientas que decoran su habitación, del cenicero que rebosa cigarros, de las placas que recuerdan los premios conseguidos, de la lámpara sobre sus cuartillas.)

Te siento en ocasiones tan lejano en todos, y, a la vez, creador de cada gota de lluvia que resbala por las colinas con un sollozo oculto que quizás recoja alguna estrella. Al otro lado de la mesa de tu despacho, eres igual a un monasterio, y tus ojos, vidrieras por donde se te adivina el miedo y la ternura. Eres un hombre. Sólo un hombre que idealiza la tarde y compone canciones.

(El no cruza el laberinto del portón del olvido. Siempre va desnudo por la vida, y Dios cruza en su carne, en sus ojos de asombro, desolados y antiguos. Todo él, desde Criptana a Roma, pasando por Madrid, Mallorca y Tomelloso, es como un rito gradual ahondando en la verdad que lleva a la ilusión. Su profunda congoja la esparce por los barrios bacantes del ensueño, y se queda muy solo viendo partir la tarde mientras llega el leve rumor de los pasos de su madre. El es torre que otea el horizonte del mar que por acá no existe.

Es polvo porque es blanca reseca; y es luz porque es cal, blancura de los pobres y reflejo del ámbito mágico de lo creativo a merced de la brújula que marca lo irreal. El hombre, rescatador dulcísimo a la sombra de la Iglesia de piedra, se hace cada día más amante del amor, a quien retengo a veces al hojear un libro y perderme al recordar su voz).

Los libros, hombre de ensañadores ojos, han sido siempre mi codicia; los escritores, mi fé; y los versos, la coraza para seguir zanjando lo mediocre. Por todo ello, creo en el arte que libera al crepúsculo y la aurora, en el tridimensional lenguaje que duplica el léxico y su música preservando, virginal, las cosas del planeta.

Creo en tu sonrisa agri dulce, hombre y poeta. Creo en la sonrisa de todos los poetas. En la letras cabalísticas de tantos poemarios sin límites ni fechas. En las noches con lágrimas de luna que desteejen tristezas. Te debo a tí, escritor, y a tantos otros como tú, los latidos de noches imborrables, la emoción que un verso me produce, y, por su vuelo, el soñar con el rubí de un beso que sentir sin materia. Os debo, escritores de ayer, de hoy y de mañana, los trémulos silencios en lo que lo más íntimo se refugia, el esplendor de escudriñar lo eterno, las veces que camino por las calles desiertas con el mudo testigo de un libro. Y mi poeta. Os amo igual que amo a mis hijos. Os amo igual que al amor lejano, y con la misma fuerza que amo esta tierra mía. Pero, ay, poetas que pulís el desabrido sabor de lo vulgar, que nunca nadie os compre. Los poetas no deberían tener patria, ni edad, ni fronteras. Un poeta sólo debiera ser palabra, palabra transportada en los labios de millones de gentes. Siempre, siempre... No me importa si un día se durmieran los caminos; ni que los seres que por ellos pasan se quedaran dormidos. No importa que el arpa quede callada, sin manos que la pulsen; ni que la lluvia no caiga dejando así de edificar el polvo en el barro. No importa que callen las campanas en el aire, ni que enmudezcan todos los pájaros del mundo, no. Poco importa que duerman las cigüeñas soñando a no moverse en torres eternamente verticales. No temo que en las gargantas de los valles se callen los álamos, ni que los ríos se queden en suspenso, no. No importa que se duerman los senos de las madres; que se duerman las bodegas, y los carros y los trenes; que se duerma la tierra. Pero, por Dios, que no se duerman los poetas, que estén siempre despiertos. Despiertos sí, con su canto del que pende la vida, el amor y la muerte, para sacudir así el tedio y la tristeza. Existid todos esenciales, tiritando de sueños y de arte. Continúa, si es preciso, siendo pobres y olvidados, vagabundos misteriosos y despreciados...; pero que nunca nadie os compre. Libertad al fango y la miseria; libertad a la vida, palpitante de risa, llanto, temblor y oscuridad. Libertad al amor que construye sus nidos de poemas; y comed, si menester fuese, un mendrugo cualquiera. Pero no le pongais nunca cadenas al amor y a la palabra. Doy gracias a la infinita fuerza creadora que os colma el don de ennoblecer cualquier idioma.

Gracias al hombre por ser hombre, y a tí, gracias por la fidelidad permanente a tu escritura, y, por esas tardes inéditas de lluvias sin fronteras, con una sola clave, vocal o consonante, en el aire húmedo de tantos surcos con semillas de tus versos. Gracias a esa hora escarlata en la que el crepúsculo se va por la llanura de este pueblo sin montañas, y tú, incansable, aún sigues escribiendo, mirando casi triste a Tonelloso desde tu vieja calle de Veracruz.

Tú, desde este trozo extendido de la Mancha, te evades como el humo en estas tardes mías en las que cae la lluvia y pienso contemplándote que fueses un prisionero de tu estancia, exiliado en tu mesa y en tus libros; y te presiento lejano guardando el equilibrio entre el mundo que sueñas y este que te rodea. A través de tu cuerpo adivino una barca que un día te ha de llevar muy lejos.

Es una travesía de saludo de nubes y de enlazar en las tardes las lluvias que atraviesan los días: tu casa de Santa Ana, los recuerdos de Italia, la marea que sube hacia una isla a la que amas en el mediterráneo. Sueñas con respirar el aire de otras tierras, y sentir el planeta contemplando otras constelaciones; que las lluvias caigan de tus manos.

El tiempo es una isla a la que todos vamos y todos regresamos. Lo cierto es que Dios es polvo y es lluvia, y tú, y yo misma también. Puede que Dios sea este libro que sostienen mis manos dilatando las horas, y tú estrofa de poemas a la que me has prendido, andariego de aire por mi pueblo. A mí me suena cuando llueve tu nombre a piano, a transparencia y un clavel que se mece a tumbos por el camino encharcado que recibe a mis amigos y a mis años. Me gusta cuando llueve porque leo tus libros, y otros muchos, y entre todos lograis que afloren mis alas haciéndome sentir más libre y nunca sola. Entonces resbala mi llanto y mi declive en el espejo de la penumbra de la lluvia, sabiendo que me hallo irrevocablemente enamorado del agua y los poetas. Las gotas que me circundan el alma son una proporción de héroes de papiros y pienso que nunca estuve más loca por convertir mi corazón en agua, ni creo que nunca estuve más cuerda por regresar a contemplar tu frente y tus canas; y verte esconder tu mirada tras la llanura infinita de un folio, que hablará de tí después, encuadernando pensamientos, sueños y añoranzas... Todo lo esconden tus ojos y todo lo estrechan tus manos. Todo menos la lluvia que se te escapa libremente. El umbral es la lluvia y un verso tuyo que me golpea al corazón.

Natividad CEPEDA



CARTA A UN AMIGO A TIEMPO



El día que descubrí la figura de Arteaga, de barro cristalino bajo un toldo de agosto y el sol en lo alto de aquella plaza sentía el asedio de todo un verano. Le vi fresco envuelto en aire aún de tramontana. Sobre una mesa de mármol sus manos me dibujaron Italia, acariciaba el aire con la yema de los dedos hasta llegarme palabras de Fontanas cúpulas de iglesias y años jóvenes de Roma.

De otro gesto borró de nuevo y sobre aquella mesa dibujó Mallorca. Echó andar molinos como si abriese páginas de un libro hasta dejarme en aquella penúltima Parroquia de Torrejón.

Yo escondía el boceto de una revista entre arrugas de camisa, una revista primeriza de aquellas que se hacían con miedos en el cuerpo y avales del cuartelillo antes de salir a la calle. A esa calle vacía y seca de poemas y prosa donde solo llegaban ecos de otros poetas otras cosas sin más ayudas sin esos aires frescos que Valentín traía, tan frescos que a muchos les produjo miedo.

De aquel día hasta hoy los aires nuevos de Arteaga no han dejado de soplar para que muchas velas se rinchén en esta tierra y surquen otro espacio más limpio en busca de ese Dios desconocido que todos llevamos dentro de esa magia que el arte encierra capaz de abrir ojos como siglos y ponerle rumbo y marcha a estos pueblos que tanto tiempo anduvieron dormidos.

Arteaga desperezó su alma ayer hace ya tantos años...

Y se echó a andar los caminos él solo en esta Mancha suya sedienta de otro paisaje. Su palabra fresca ha sido es un pozo artesiano para estas jóvenes vahidas generaciones. Su palabra sigue latiendo como un manantial de esos que no hace mucho tiempo nos salpicaban de música y sombra.

-nosotros siempre tan ebrios de paisaje-

El paisaje moribundo agotado y tú componiendo, derrochando más aún si cabe.

Sigues vivo entre la cal ausente de tu pueblo. Tan cercano en esa distancia prudente y las calles empinadas descubren cada vez que vuelves y te sientes postrado ante aquella luz que derraman los molinos de par en par brazos abiertos.

No sabes cuánta fuerza me avivan tus recuerdos, esbozo un gesto una idea para elevarte y salta el barro otra vez entre mis manos. Te pierdo como siempre en tu silencio mientras nos vamos sumando a tu homenaje hoy que estás vivo entre nosotros antes que sea tarde como siempre.

Andrés ESCRIBANO

VALENTIN, POETA EN EL TIEMPO



¿Te acuerdas, Valentín? Parece que fué... ¿cuándo?

De chicos ya pastoreábamos pequeñas estrofas en las tardes de sol por las eras del pueblo. Las eras de nuestro pueblo son anchas como el mar. Y verdes, como el mar a veces. Son, al final de la escapada, el remanso donde afluyen unas calles con ascendida vocación de infinitos, en permanente y afanosa búsqueda de su propia libertad y desahogo.

A veces nos escapábamos hasta las eras y allí soltábamos los sueños para que crecieran y se criaran a sus anchas.

Y en verano hacíamos navegar nuestra risa de muchachos a bordo de las trillas sobre olas de doradas espigas con el color candeal recién cortado y abríamos nuevas rutas, caminos sin desbrozar, senderos insospechados a nuestra existencia, entonces poco más que un prólogo iniciado, un pedazo de horizonte abierto a unas cuantas pequeñas alegrías.

Fueron -¿cuántos?- años difíciles, duros. Nuestras madres, como todas las madres de aquel tiempo, se dejaban cada noche las pestañas bajo la débil luz amarillenta mientras zurcían, con paciencia de siglos, la ternura desgastada y las ilusiones rotas de todo el día. Y a nosotros, los niños a los que poco a poco se nos iba apagando la infancia a fuerza de carencias y fracasos, nos sobresaltaba el aullido del solano abatiéndose sobre las primeras espigas.

Somos hijos de una memoria común y un mismo viento nos redime. Porque aquí mismo, debajo de esos "terrones que hacen sombra en el haza", se abrazan y se abrasan unas mismas raíces irrenunciables.

Y el tiempo, Valentín. El tiempo vive en nosotros y para nosotros. Somos su referencia única. El tiempo, que nos obliga a bruñir cada día la imagen borrosa de nuestro ayer más cercano en el espejo sin alma. Porque la imagen que damos no es la nuestra, sino la del tiempo que nos habita y ocupa nuestro lugar y hasta termina por parecerse a nosotros.

Desde el Cerro de la Paz hemos visto muchas veces cómo saltaban en pedazos los planteamientos existenciales de tantas y tantas gentes... Pero a tí y a mí y a muchos, siempre nos quedará el acogimiento final de la palabra. Del tiempo únicamente nos libera la palabra. Esa palabra que desde el tiempo anidó en tu cabeza machadiana y en tu corazón de trigo. Porque más allá de la palabra el tiempo ya no existe. O no se atreve.

Porque la palabra vale más que mil imágenes. Se engañan quienes afirman lo contrario. Lo contrario no es más que una visión trucada de la realidad que nosotros mismos reflejamos.

Ya verás cómo el tiempo, medidor inapelable de los paisajes más últimos, nos da la razón a los poetas. Ya lo verás, Valentín.

Raimundo ESCRIBANO

GORRION

A Valentín Arteaga,
escrito camino de
Tomelloso



Se enfraba en vano pensamientos, cuando halló un gorrión herido. Lo recogió y entablilló su ala, mas el ave no pudo retener la vida. La tierra, cobijo de su cuerpo, del don fecundo regalada, al poco se cubrió de aquellas flores.

Clara JANES

EN EL ALBA EL CORAZON



La amistad desprende, amigo, una luz indescriptible.
Masga la soledad y la invade, acrecentándose
el amor al tiempo y el perfil del corazón ausente.
Genera su semilla el árbol más extenso,
la sombra necesaria en los días del desierto
y volvemos, despiertos, a encontrar la ruella,
a encontrarnos, caminando, hermosos, necesarios, recién-
vivos,
limpios como el sol tras la batalla que se pierde en
(las mañanas.
En el alba el corazón nos sabe menos nuestro
como si quisieramos entregarlo, lo más hermoso.

Manuel JULIÁ

TU-Y-YO

A Valentín Arteaga



cuando tú te haces tú,
soy yo naciendo en mí;
cuando yo no soy yo,
no eres tú ya, sin tí.
Hazte tú para mí
que yo seré sin mí
y tú serás un yo
al saberte no a tí
sino el yo que soy yo
si te encuentras mí.

Pedro-Miguel LAMET

PARA UNA TARDE DE MAYO

A Valentín Arteaga



aldepeñas era un ascua de mayo en el bochorno de oro, tarde rota en los geranios, hilos de plata habían tejido sueños y sauces en la orilla, la calma y el espacio atestado por vegetal presencia de todas las salas de espera -estaciones al olvido pintadas por el dardo azul de las camelias, sortija de polvo para el llano y espiga de viento en la llegada.

Y llegó Valentín en aquel calor sin duda alguna, con ecos de llanto, tambores de nocturno (tiempo que la tormenta prometida se hacía espejo y mirada imperfecta de las ventanas o el gato -cazador milenario- jugaba al escondite con un fuego fátuo.

Valentín me regaló un libro de poesía aquella tarde: "Y aún no había raíces", todo él aleteando diminutos espejillos, anillitos forjados en las vetas más profundas de la plata, se escuchaba el chapoteo de los cisnes y el mecerse de los barcos anclados en el puerto azul de los jarrones.

Y resquebrajó el suspiro y el silencio, su palabra, referida a lo imposible, lo utópico, lo prohibido, la hierba que crece sin permiso en las junturas de los libros de leyes, y la lluvia, íntima y sola, cayendo por los bancos abrasados de los parques, mojando el sueño tiñendo la caricia oscura de los tulipanes; lluvia de agua, de sangre, de leche, fecunda; y la tierra allí, libre, gritando sonetos en la espera, rotunda y calma, en el espejo cruel del tierno llanto.

Antonio PRIETO

DE COMO HAY VERSOS QUE VIENEN DE LEJOS

"Dios nubla más que un beso, despierta claridades"

"No caben más enseres, más palomas,
más besos ni más mar en esta orilla"

(V. Arteaga)



l mar y las barcas. El mar que regresa hasta los labios; las barcas y el mar en la patena, que tiene la curva sinuosa de esta orilla. Y todo ello en vasija de arcilla que, al romperse, ha llenado de esperanza todo el barro.

Todo era agua en los comienzos. Y la entraña del mar se agitaba, caótica y convulsa, como un seno llamando a gritos la vida. En el seno del agua las cosas, sin ser, pugnaban por salir y expresarse y tener un nombre. Y la vida llegó al agua. Y el agua, bendita ella, se puso a temblar y a saltar de fiesta y de alegría. Y fue la primavera. La primavera del mundo; la primera. Por todos los rincones del agua hervía la vida. Hervía y bullía y cantaba.

Era entonces el agua una agitación, un hervidero. Y acudían de todas las esquinas, convocadas, las sorpresas. En las simas profundas y primordiales el agua gorgoteaba tocándose en el sueño los turgentes senos en los que el milagro increíble crecía. De las cavernas profundas, de las innumbrables lejanías, subían a la superficie las larvas y las latencias. Por primera vez le llegaban al agua barcas y barcas. De todas partes barcas. Barcas en procesión y en hacimiento de gracias.

Y emergían del agua las montañas y las cañadas, el cerezo y el candeal, la mariposa y el jilguero, la risa entrañable y la paz. La primera neblina sobre el agua se pobló de cabelleras sueltas en la danza y de caras huidizas buscando el primer beso. La brisa del mar ponía el vuelo del primer vestido a las ninfas juguetonas.

Venía el alba, como un hada, tocando de rosa las puntas de las montañas recién nacidas, ensayaba la palmera la inédita sombra, cantaba en el corazón de la encina un rumoroso enjambre y bajo el agua de la fuente reían y reían los guijarros felices.

PARA UNA TARDE DE MAYO

A Valentín Arteaga



aldepeñas era un ascua de mayo en el bochorno de oro, tarde rota en los geranios, hilos de plata habían tejido sueños y sauces en la orilla, la calma y el espacio atestado por vegetal presencia de todas las salas de espera -estaciones al olvido pintadas por el dardo azul de las camelias, sortija de polvo para el llano y espiga de viento en la llegada.

Y llegó Valentín en aquel calor sin duda alguna, con ecos de llanto, tambores de nocturno (tiempo que la tormenta prometida se hacía espejo y mirada imperfecta de las ventanas o el gato -cazador milenario- jugaba al escondite con un fuego fátuo.

Valentín me regaló un libro de poesía aquella tarde: "Y aún no había raíces", todo él aleteando diminutos espejillos, anillitos forjados en las vetas más profundas de la plata, se escuchaba el chapoteo de los cisnes y el mecerse de los barcos anclados en el puerto azul de los jarrones.

Y resquebrajó el suspiro y el silencio, su palabra, referida a lo imposible, lo utópico, lo prohibido, la hierba que crece sin permiso en las junturas de los libros de leyes, y la lluvia, íntima y sola, cayendo por los bancos abrasados de los parques, mojando el sueño tiñendo la caricia oscura de los tulipanes; lluvia de agua, de sangre, de leche, fecunda; y la tierra allí, libre, gritando sonetos en la espera, rotunda y calma, en el espejo cruel del tierno llanto.

Antonio PRIETO

DE COMO HAY VERSOS QUE VIENEN DE LEJOS

"Dios nubla más que un beso, despierta claridades"

"No caben más enseres, más palomas,
más besos ni más mar en esta orilla"

(V. Arteaga)



l mar y las barcas. El mar que regresa hasta los labios; las barcas y el mar en la patena, que tiene la curva sinuosa de esta orilla. Y todo ello en vasija de arcilla que, al romperse, ha llenado de esperanza todo el barro.

Todo era agua en los comienzos. Y la entraña del mar se agitaba, caótica y convulsa, como un seno llamando a gritos la vida. En el seno del agua las cosas, sin ser, pugnaban por salir y expresarse y tener un nombre. Y la vida llegó al agua. Y el agua, bendita ella, se puso a temblar y a saltar de fiesta y de alegría. Y fue la primavera. La primavera del mundo; la primera. Por todos los rincones del agua hervía la vida. Hervía y bullía y cantaba.

Era entonces el agua una agitación, un hervidero. Y acudían de todas las esquinas, convocadas, las sorpresas. En las simas profundas y primordiales el agua gorgoteaba tocándose en el sueño los turgentes senos en los que el milagro increíble crecía. De las cavernas profundas, de las innumbrables lejanías, subían a la superficie las larvas y las latencias. Por primera vez le llegaban al agua barcas y barcas. De todas partes barcas. Barcas en procesión y en hacimiento de gracias.

Y emergían del agua las montañas y las cañadas, el cerezo y el candeal, la mariposa y el jilguero, la risa entrañable y la paz. La primera neblina sobre el agua se pobló de cabelleras sueltas en la danza y de caras huidizas buscando el primer beso. La brisa del mar ponía el vuelo del primer vestido a las ninfas juguetonas.

Venía el alba, como un hada, tocando de rosa las puntas de las montañas recién nacidas, ensayaba la palmera la inédita sombra, cantaba en el corazón de la encina un rumoroso enjambre y bajo el agua de la fuente reían y reían los guijarros felices.

El paisaje entero estaba habitado por una suerte de hechizo, ensalmo o sortilegio que guiñaba el ojo y se escondía, nublaba el pensamiento o lo encendía, ponía burbujas en el alma o racimos de estrellas en las manos.

El embrujo del tacto de la creación, acabado de florecer, lo invadía todo. Y uno tenía la impresión de que chasqueando los dedos iban a aparecer pajarillos, de que uno llegaba en el preciso instante en que acababa de acaecer un milagro, y en el pequeño revuelo que del milagro reciente y grande quedaba sentía uno que también él sabría hacer milagros y que podría intentar ser también creador.

Al fin y al cabo, estaba uno instalado en la raíz misma y novísima de las cosas, donde los extremos se tocan y los opuestos coinciden. El lugar preciso de la metáfora: Cada cosa puede ser llamada con el nombre de la otra, y acude al reclamo. El principio de contradicción no había aparecido todavía. Como en los niños. Las cosas aurorales, eran niñas, y jugaban a ser lo que no eran, siendo exactamente lo que eran.

El día que conocí a Valentín, noté que venía de lejos. De muy lejos. De tan lejos, que no acababa de llegar. Y traía en la mochila unos versos floridos que le subían hasta los ojos. Unos versos recogidos en el paraíso terrenal. Unos versos no acabados. Como el día de la creación, cuando todo el tiempo era futuro. Y en aquel umbral de la distancia intuí que había sido compañero de Dios en el embrujo de la creación. Dios le había besado en la frente: Se le habían nublado los ojos, el mirar se le había ido para adentro, hacia los juncos del ser, que se habían doblado todos, asomados a los espejos del agua, pero en su frente habían despertado todas las claridades del primer día, y le acababa de nacer en el centro del corazón una inacabable infancia, igual que una misa de Navidad. Navidad era su geografía -otra vez la creación-, y era en la infancia del misterio donde le nacían, definitivos, los versos.

Pronto aprendí de qué orilla llegaba, pues, Valentín, para que en ésta no le cupieran ya más enseres, más palomas, más besos ni más mar, era el mar entre dos orillas, el mar de la vida, de la pesca milagrosa y del bautismo. De una orilla a la otra la vela de Valentín, hinchada de brisas y de ninfas, transporta y trasiega, entre velos de neblina, versos de claridades. Lo que él expende, mirando al mar, de allende viene.

Lo que digo no es una apología de Valentín ni una aproximación a su biografía. Es una hermenéutica de su verso, nebuloso y fulgurante a la vez. Como un beso, como una claridad. Digo que hay muchas maneras -casi todas- de no entender a Valentín. Y una sola eficaz: Recoger y despertar el niño que uno irremediadamente es, poner toda la terneza de la carne infantil a temblar y hacer de cada ojo un centinela bien despabilado: Sólo entonces los versos van llegando desde aquellas playas

donde amanece la luz, desde los temblores del agua en gestación, desde la orilla de la Navidad en que la carne tocó a Dios. Que es cuando nació el primer beso y despertó la primera claridad.

Y que nadie se llame a engaño tampoco diciendo que Valentín es de tierra adentro y que los jilgueros que anidan en su corazón son del corazón de la Mancha. Que la Mancha -intensa y extensa infinitud- es un mar sorprendido, asombrado en surcos que son olas extasiadas. Y, lo mismo que los versos de Valentín, el agua -¡el agua primordial!- ha tocado aquí el final de su aventura: A fuerza de mirar de cara al sol del largo atardecer manchego, yéndose a la otra orilla lentamente, por los caminos de las cepas, sonoros y secretos, aquí el agua se hace vino. Como en aquella boda. Como en cada boda, cuando el beso nubla y despierta claridades.

Y es Dios quien llega. El Dios feliz de la inicial creación llega cabalgando en los versos de Valentín. Originaria de los núcleos elementales, contemporánea de las primeras cosas esta poesía es esencialmente mística. Y como tal es embriagadora metáfora. Y se expresa sólo en ese balanceo entre una orilla y otra, entre el agua y el vino, entre la creación y la navidad, que se llama la paradoja: Dios es un beso que nubla y despierta claridades, y entonces se llena de esperanza todo el barro.

Antonio OLIVER



MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN



En este profundo surco de tierra llamado Mancha, donde el rocío no siempre cuaja, los poetas no siempre tienen mucho que decir aunque en su prolongado silencio esconden el eco de sus angustias maltratadas -lo inverosímil es que esas angustias sean reconocidas-. Sabido es que gran cantidad de poetas de esta tierra son filósofos, antropólogos, teólogos... que no han tenido acceso a la Universidad con membrete impreso de imprenta, por ello no está nada mal que de vez en cuando la Universidad de la vida reúna a un grupo de amigos en torno a la incauta palabra para rendir homenaje a quien como "rector" tan gratuitamente los brinda, me está brindando lógicamente a Valentín Arteaga.

Yo soy consciente de que gran cantidad de estas palabras suenan a banales o en el mejor de los casos no hacen honor a la modesta hidalguía del diccionario, vendrán avaladas por la razón y el juicio, craso error este; a un poeta la razón le hace daño, le hiere. El gran valor poético de Valentín es la metamorfosis que sufre su persona, que, mal que pese a muchos santones, dista mucho de ser carcelero de una tierra siempre amada. Esto es bueno ¡Ya está bien de tanto cardo en la cuneta!; de tanto dar vueltas al vino, se nos ha avinagrado, de tanto arar el surco hemos hecho una tierra estéril. Es público y notorio que el hombre bebe, pero también vive y ama y siente y canta y... he aquí un poeta que lo sabe y por eso muchas veces calla mientras sus libros a voces lo proclaman.

No sé si valdrá con esto, mi querido Valentín; me han pedido una colaboración en tu honor y casi me enfado conmigo mismo por no haber tenido la deferencia de haberla hecho pública mucho antes. Pero tú sabes muy bien que al verso le hace daño el análisis en labios que no saben leer y por eso hablan. Admite mi silencio como la adhesión más preciada. Yo no voy hablar de tus libros, de tus versos, de tus escondidos oropeles, porque para eso me bastaría con volver a leerte y hacerte mi sincero compañero de viaje desde la oscuridad al alba. Yo sólo quiero decirte que en silencio hay muchos de tus versos fertilizando la calma.

Quizás más allá de la razón o más acá de la esperanza, no tengamos que hacer homenajes para saber que existimos, pero la tribu es así -ahíta de tantos conjuros, ya no se fía de nada- ni siquiera de la poesía, ¡fíjate!, que es la herida peor curada. Pero no te importe; más allá de la razón o más acá de la esperanza, tú seguirás escribiendo, otros te seguirán leyendo, y verás como el tiempo no te sobrepasa.

Jesús MARTÍN RODRÍGUEZ

TESTIMONIO

Para Valentín Arteaga,
desde Salamanca.



No es preciso poeta para reconocerte que hayas atravesado
el círculo galáctico hacia lo intrasferible.
Ni precisa nombrarle el pensamiento al tiempo tu presencia o tu nombre.
Esto nuestro es un gesto
de sonrisa perenne.
Lo nuestro es denunciarte posible a la palabra
pues te respira el viento y te miran las rosas.
Lo nuestro es confirmar que se cumple tu sínodo
elaborando zócalos estrellas o diamantes o vidrios y amapolas.
Que sigues persistiendo en recoger brazadas de reflejos de luna
y las velocidades de la flecha ligera para recopilarlas
y apretarlas en fajos de armónica cadencia.
Que ya eres apto al júbilo
de superar los sueños y evidenciar fracasos
despreciando las luces enanas de la gloria
y cumpliendo los pactos.
Que tienes permanente la voluntad distinta
y que guardas intacta la sospecha del niño.
Lo nuestro es testimonio de que cubre la égida
el volcán de tu frente.
Acaso traspasaste -por algo eres poeta- las ondas cenagosas
de la Escigia sin verlas. Tu ira era la ira
del mar que se desborda para amar a la tierra preñándola de voces
de dioses o profetas.
Nunca del hombre solo.
Del solo atlante nunca.
Y acaso te regresas desde cada principio porque abarcas las fuentes
y eso no lo perdonan las liras casquivanas de los falsos poetas.
Acaso es imposible alzar el testimonio cuando reinan los grifos
porque ha de establecerse acariciando céfiros sin arañar los aires
y el encuentro más pródigo reclama las vertientes
de académicas fórmulas para ordenar los vientos.
Pero habremos al menos acuñado tu esfinge
en la moneda acústica de un nirvana perenne
para tu dios telúrico.

Erotema o respuesta, ¿de qué remoto acento recibiste el efugio
que solicita el sabio y tú gratuitamente espigas del ocaso?
¿Cómo llegaste al centro de cada geroglífico que cuidan los cansados
cofres donde Pandora encarceló el destino?
No hay duda que contienen elixires de oro las quimeras del verso
cuando se nos resbalan por los dedos suavísimas
esmaltadas de pájaros.
No hay duda que es electo el perfil del poeta
que llamó hermana al ave y heredó sus ancestros.
No hay duda porque siempre se agranda aprisionado.
Por eso es testimonio
declarar que eres libre como la luz y el tiempo
porque tienen tus versos
potestad de gerencia para impartir caminos.

Josefina VERDE

3. La lluvia, raíces y esperanza



Por la poesía de Valentín Arteaga arrecia durante eternidad de eternidades la lluvia; y ésta no clama por otras esperanzas y adivinaciones que no sean sino lograr acariciar la protohistoria infinita de las raíces. Goliardo de sí mismo, celebrante alucinado de la ternura, Valentín Arteaga siempre consagra la ceniza en la liturgia íntima de su corazón. Heterobiografía y paisaje, hermeneútica y conjuro del color y la calor de la poesía de Valentín Arteaga se estudian despaciosamente en las páginas siguientes por críticos y escritores que le quieren y admiran.

ESTRUCTURA POETICA DE "...Y AUN NO HABIA RAICES"



El máspreciado homenaje que puede recibir un poeta es que su obra reviva en cada lector que se aproxima a ella. Un mundo particular de sensaciones y sentimientos se nos ofrece recreado por el poder sugerente y evocador de la palabra.

Si el resultado literario se pretende de calidad, es básica una labor previa de selección y confección del material artístico, pues requiere un determinado esquema compositivo y un proceso creativo que lo materialice.

Nuestra (pequeña) aportación al número que la revista "El Cardo de Bronce" rinde culto al poeta Valentín Arteaga se basa en el estudio de la estructura poética de uno de sus últimos libros, "...Y aún no había raíces".

Todo título es significativo como orientador del contenido de la obra que encabeza. El epígrafe citado no sólo abre el libro, sino que también inicia el primer poema y el primer verso ("Y aún no había raíces, no había estrellas",9). La andadura poética supone un proceso creador que parte desde la nada de sus orígenes hasta alcanzar un resultado exacto, permanente -"Fija estatua"-, donde la palabra se alza plena en la desnudez de su belleza.

El conjunto se divide en cinco partes variables. Sobresale la amplitud del primer, tercer y quinto grupo, así como la alternancia de endecasílabos ("Desentrañar tu tierra más penúltima") con la profusión de versos libres ("Cerrar la luz despacio entre los ojos, contenerse la fruta del aliento", 103). Se establece un vaivén métrico regido por la contención y el desarrollo. Como consecuencia, la sintaxis oracional se condensa en la imagen de un sintagma ("verde parto tus ojos", 56), o bien se desgrana en sucesivas ilaciones versales que alargan el sentido y restan frescura sugestiva al resto. El artista se debate por la búsqueda de la creación poética, lo que comporta un continuo proceso de depuración del lenguaje hasta conseguir su forma prístina.

El versolibrismo, por otro lado, implica un ritmo particular no basado en los medios tradicionales sino en procedimientos léxicos y metafóricos. Los poemas desarrollan unas series semánticas que enlazan los versos y configuran un conjunto unitario. Es lo que sucede en cada una de las partes del libro.

Con el término Alba del I bloque se relacionan vocablos como "claridad", "comienzo", "nacimiento" y con espejismo "aún no había raíces", "no todavía", "nada". La red metafórica sugiere un origen incierto.

La alusión a nombre en el epígrafe II desencadena apelativos referentes a lo verbal ("el nombre fue al principio", "palabra en milagro", "nombre arcilla infinito") o términos como "vocablo", "sílabas", "palabras", etc. Así mismo el amanecer inconcreto de la parte anterior se hace más preciso y la unión que mantienen ambas etapas la propone la paronomasia "vesperal"-"víspera" de los títulos.

Con paisaje, en el III grupo, se añan "bosque", "olivares", "campo" y "nostalgia"; "paternal esposo", "acariciado", "rito", "beso"... con amor. El enlace de ambos campos -"Amor tal vez paisaje"- señala la equivalencia entre los mismos; hay un deseo que se materializa en una determinada naturaleza. Esta, provoca una sed -IV bloque- insaciable de "agua más última", "lluvia y liturgia", "nostalgia de torrentes", "hondo aljibe", "agua interior". Deseos fluviales que desembocan en el espacio ígneo -antítesis sinestésica- que acoge la parte final. "Sol", "llama", "fuego", "vaso rojo"... son imágenes que surgen al rozar la Frontera del incendio.

Vemos como existe una concatenación de ideas que deriva en un léxico específico. No obstante, el poeta acude en variadas ocasiones a recursos rítmicos: emplea anáforas ("no había raíces", "no había estrellas", "no había orillas", 9; "A tierra huele el beso", 69-70; "Llegas de las represas y los diques", "Llegas soltando amarras a los potros", 61-62), enumeraciones verbales consecutivas ("desbrozar", "desandar", "ahondarse", 14; "¡Surge ya, empuja fuerte, sal aprisa!" 16), juegos dilógicos ("¡Se es nada, nada más por mucho tiempo!" 28), recrea paronomasias y aliteraciones ("amor del mar callado", 53; "es zarza azul la boca de la musa", 111). Hay que señalar también el gusto por ciertos vocablos marcados por acentos esotéricos que fuerzan la sonoridad del lenguaje (labrantíos, nombradías, ardentía, mercadería, estrellería).

La tipografía refleja los intereses poéticos. Los espacios gráficos visualizan el contenido: descensos:

Levantada palabra abierta en música
es tu nombre en la tarde.

Cae el campo

en su son, lo deletrea
mi tristeza más lenta, irremediable.

("Palabra en milagro", 37)

la contención expresiva ("Oh, belleza, /hondo imán troceado y reluciente", 40) el valor plástico de las imágenes,

Hermoso faro,
azul venus de sílice, tallada
sirena de este mar, siempre durmiente
palabra en cueros vivos, solo y roca,
quédate así extasiada...

para siempre.

("Fija estatua", 124).

Por otro lado, la portada de cada sección acoge un grabado prerrafaelista. Anuncian el contenido que se expone en los versos siguientes, a la vez que intensifican la belleza visual del libro. Las estéticas se relacionan: la valoración de los primitivos que realizaron los pintores así como la espiritualidad y el simbolismo pictórico de los mismos se vincula con el deseo del poeta de trasladarse a un espacio originario e idílico.

Todos estos recursos muestran el conocimiento de los medios constructivos y un estudiado empleo de ellos, para conferir al conjunto una armonía unitaria.

El marco espacial y temporal presenta sucesivas etapas. La primera se caracteriza por el dominio de la nada ("Y aún no había raíces", 9), a la que prosigue un amanecer y un paisaje edénico no sujetos a la finitud ("Nos hallamos/ sin tiempo, sin praderas", 69). Aparece la mañana y pronto un mediodía cuya luz inunda el espacio ("Se hizo en campo nombre de repente/ y bruscamente el sol se pronunciaba/ de vencejos, de surcos y de pámpanos/ radiantes", 89). Un "sol sin orígenes" brilla con intensidad hasta transformarse en "rojo vaso de la tarde", que posteriormente se hará noche. Se describe, pues, el ciclo vital como imagen del proceso artístico que crece con la llama creativa hasta hacerse forma, pura materialidad verbal.

El sujeto lírico surge desde los primeros versos caracterizado como caminante que desprecia su presente y que se dirige hacia un pasado idílico ("Todo yo estoy volviéndome al comienzo", 12); allí ansía encontrar un nuevo espacio que se materializará en una segunda persona, un tú con valores especiales. "Preexistente y azul", pronto adquiere cuerpo de paisaje ("Su cuerpo melodioso dibujado/ en el viento más leve", 50), naturaleza femenina ("clarísima mujer redescubierta") y calidad musical ("prieta en música", "profunda belleza musical", "jilguero macizo de alegría", "milagro musical"...)

El autor canta a la mujer y a la poesía, elementos indivisibles, ("Poesía eres tú" nos dejó escrito Bécquer). No importa si existe o no un referente manifiesto y real, sino, cómo el poeta se propone con el texto un Ars poética que describa su andadura artística por la poesía hasta alcanzar la palabra el poema, la obra, frutos no sólo de la llama inspiradora sino de un laborioso esfuerzo de precisión.

Analizada la estructura compositiva y los motivos fundamentales, estudiemos la organización de cada una de las partes.

Los primeros poemas proponen un viaje hacia atrás, de ahí la afluencia de verbos de movimiento ("volviéndome al comienzo", "regresándome", "tratando de volver"...), cuyo sujeto es el propio poeta. La meta es alcanzar un lugar inexistente, sin orígenes ("Y aún no había raíces, no había estrellas/ taladrándole al aire su perfume/ reciente, matinal", 9), para lo cual hay que desnudarse de un ropaje de ideas, estilos, modas, etc., que configuran el presente del que se parte:

Desbrozar inscripciones y palabras,
desandar la manada de los dioses,
ahondarse por las selvas, y, desnudos
los cuerpos torrenciales, en las manos
nos taladre el lucero su fragancia.

("Intacta claridad", 14).

Se persigue un ámbito primigenio, aún interiorizado ("Cuánto edén en el alma", 15), cuyo origen es la tierra:

Está hecha de greda rumorosa la especie.
De inerme tierra frágil cada hueso del hombre.
De leve y vasto barro el corazón temblante
de esa honda y antigua soledad que nos llaga.

("Conjuro entorno", 15).

Esta confusión que rodea la nada, así como la enumeración progresiva de animales y plantas nos conducen al Génesis, en cuya descripción del origen del universo se inspiran los versos del poeta castellano-manchego: "Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas" (Gén.I); "Modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado" (Gén.II).

Como el pasaje bíblico, el poeta es un dios que moldea su obra artística; bucea en su interior hasta hallar el espacio puro de la inspiración poética, alejado de influencias externas. Es la fase de búsqueda de unos cimientos sobre los que iniciar la construcción ("Aún me queda/ kilómetros de siglos por hacer/ hasta la dicha entera que me grita/ igual que una ribera milagrosa/ en la que ser final, más aún sin tónicas", 18). El estímulo, no conseguido todavía, se evade tras la evanescencia de un haz luminoso.

En el recorrido desaparece también el caminante actual para transformarse en un nuevo Adán inmerso en la naturaleza balbuciente:

Oh, el cristal de mis ojos casi herido
por este viento arcano y ya tan terso.

Oh mis frágiles dedos, rama verde
de tiernos niños árboles en susto.

Oh vacilantes pies, primera greda
apenas sosteniéndome los sueños.

("Frágil poderío", 25).

Es una figura consciente de su debilidad y pequeñez -captatio benevolentiae-, pero con deseos vehementes de aprovechar su "frágil poderío" para convertirse en artífice de su obra.

La nada abrió esta parte y se finaliza en el mismo estado ("¡Se es nada, nada por mucho tiempo!", 28), mas con una incierta luz perseguida por unas manos, símbolo metonímico del escritor.

Tras el vacío irrumpe con fuerza el principio de un nuevo ser en "Vísperas del nombre". Desde el verso primero se apela a un tú de naturaleza verbal, aún no materializado ("Llega antes tu nombre de que llegue tu cuerpo", 32). Y el dios-poeta se convierte en alfarero de su imaginable presencia a través de una serie de verbos de construcción que sustituyen a los anteriores de movimiento ("labrarte", "cincelado", "construirte", "tallar", 33).

El autor se cuestiona -"¿Podré algún día conocerte cabal?"- la posesión de la palabra perseguida pero todavía no concreta -"pre-existente y azul, celeste eres"-, mientras bucea en el origen verbal, es decir, en el momento en que ni siquiera existía la asociación entre significante y significado:

(...) El nombre por decir, olfatearlo,
llevarse a las manos sin memoria, al menos darle vida.

("Nombre arcilla infinito", 41).

Los versos acogen hipérbatos ("no palabras aún", "color rubio/ de polen suspirarlo"), y numerosos infinitivos ("olfatearlo", "suspirarlo", "vencerle", "vertérselas") que deshacen la lógica sintáctica. Es un reflejo de la búsqueda de un código de comunicación particular y prístino, alejado de asociaciones externas al interés poético.

El sujeto lírico descubre la eternidad del tú ("Hoy sé de pronto que existes de siempre") y se aventura a crearle un cuerpo. En un proceso de ascensión (pies, piernas, breve vientre, senos, hombros, cuello, rostro) va modelando la figura. Roquerío, música, alcor, palomas de clarión, ánfora... son imágenes que le concede, fundiendo su carácter musical, etéreo y terrestre. Surge una Eva inventada, en espera de que "rompieras en tu nombre/ reconciliada al fin con tu belleza".

La "víspera" verbal se transforma en un edénico paisaje en la III parte. El poeta vuelca su amor hacia cada elemento natural, como propone el epígrafe inicial ("Amor tal vez paisaje"). La diosa adquiere un cuerpo modelado a través del espacio, lo que comporta el despliegue de sintagmas metafóricos; así, la mirada es "profunda antigüedad varada en la luna", las manos "alondras torrenciales", "junco claro" el andar; sus piernas "columnas junto al mar", su cintura "ribera de la nieve". Imágenes que potencian una figura etérea, estilizada y undosa, como germen de vida poética que es.

La cercanía del paisaje se sujiere mediante la percepción de las sensaciones. Las abundantes sinestesias que presenta ahora el texto recuerdan la vida y la frescura de aquél: "acariciado campo/ el mundo en mirándolo tú", "a tierra huele el beso y a humo blanco", "huele a luz matinal el beso", "Ventanas verdes hay que traen fragancia/ luminosa del mar", "altas tórtolas bellas madrugan tu perfume"... Tales sintagmas recalcan el valor virginal de espacio y diosa, unión indisoluble.

El proceso constructivo culmina en "Cuerpo final", donde por fin el tú se reconcilia con la belleza y rompe la corteza del nombre. Surge un hoy como delimitación del principio creativo; al mismo tiempo, el yo poético renace como sujeto lírico y accede con la vista a la plena contemplación de su amada. Siguiendo el código petrarquista y neoplatónico la luz penetra en sus ojos y despierta el amor:

Verde parto tus ojos, paternal
esposo de tu cuerpo, yo contemplo
despacio tu figura y tu espejismo
desde esta luz interna que aletea
más allá de mi alma, desde antiguo.

("Paternal esposo", 56).

Ella, humana y divina, despierta los deseos carnales y poéticos del cantor; éste, ansía poseer la belleza del cuerpo que se descubre. Otra Eva, le ofrece un locus amoenus donde estrenar la "tímida fruta":

Es el tuyo,
amor, tu cuerpo prieto de profunda
belleza musical, edén sagrado,
jardín extenso y alto en el que el alma
camina sorprendiéndose de luces,
arcoiris, manzanas y este gozo
de la tarde desnuda, casi eterna.

("Misterio, alzada hoguera", 74).

El anhelo de la unión -difícil y laboriosa- conduce a la "sagrada sed vacía" que describe el cuarto bloque. Como contraste se alza la naturaleza fluvial ("agua interior", "incendiadas olas de la mar", "lluvia los dinteles del cuerpo",) y lumínica de la diosa ("la luz es mi destino. Quiero nincánela/ en el rosal silvestre de mis dedos/ taladrantes, nerviosos", 86). Tierra y agua, aire y fuego, ella simboliza los elementos básicos del origen artístico.

El ansiado encuentro acontece ("Se encontraron en súbita sorpresa/ la amada y el poeta, y conocieron la evidencia de fruta y terciopelo", 90), dando paso a un "Descenso hacia la luz", que propicia, a través de la mirada -de nuevo el tópico petrarquista- el acceso a la "Frontera del incendio". Es esta la última fase, donde se halla la palabra poética labrada entre las llamas de la creación. Un amplio campo semántico relacionado con la luz y el calor recorre los versos ("Desparramado sol", sol nada más el cosmos", "sol la selva, los ríos", sol casi estatua", 97). La amada transformada en "terrible hoguera" inunda el espacio y lo llena de vocablos ("Llegarás -¡corza rápida!- columpiando palabras", "como una sonajera de palabras en fiesta", 101). Se moldea la poesía, se fragua en el contorno versal ("Quemar la geografía horizontalmente, tatuar en la piedra la figura/ del fuego ritual", 104), al tiempo que el rapsoda se consume en el "fuego prohibido", manzana del edén poético.

La pasión y el deseo ("ladrido incandescente", "el roce delictivo de su llama", "fuego en su amapola viva y múltiple", 111-112) solidifican, por fin, en la frialdad resuelta del poema ("fuego casi glacial", ardida nieve"). Todo el proceso materializa en la "Fija estatua", símbolo del resultado artístico y de su validez eterna. La palabra brilla sola y desnuda como una Venus recién amanecida del mar poético:

Hermoso faro,
azul venus de sílice, tallada
sirena de este mar, siempre durmiente
palabra en cueros vivos, sola y roca,
quédate así extasiada...
para siempre.

("Fija estatua", 124).

El poeta inicia el viaje de regreso. Sus manos y ojos, instrumentos del poder poético, descansan del laborioso quehacer artístico, impregnado en "pliego de mar" y con "mensajes maravillosamente azules". Sólo permanece la belleza de la Gracia.

"...Y aún no había raíces" es el resultado de un proceso largo y difícil por encontrar el origen de la Creación poética. Valentín Arteaga nos describe las sucesivas fases para acceder a la armonía artística, sentirla y después transformarla en material lingüístico. No sólo se precisa inspiración sino una técnica y un esfuerzo intelectual muy consciente que regule la pasión y la vehemencia inicial. El galardón es el poema solemne, libre ya del artífice que lo creó.

Carolina CORBACHO

INTRODUCCION A LA OBRA DE VALENTIN ARTEAGA



Es imposible, en unas cuantas páginas, adentrarnos con tino y mirada certera en la vida y la obra de Valentín Arteaga, quien, al borde del medio siglo, ha recorrido un largo camino y dado a la luz quince títulos importantes, cada uno de los cuales viene a marcar un hito en una trayectoria vocacional que ha dado testimonio cumplido de la fecundidad de un poeta cuya soledad no es ajena al implacable curso de la historia.

Valentín Arteaga pertenece a esa generación que, sin haber tomado parte en la Guerra Civil, ha padecido todas sus secuelas. Nacido en la marginalidad de una pequeña villa manchega, Campo de Criptana, en 1936, sus primeras vivencias van a estar señaladas por la ausencia de su padre, desaparecido en el fragor de la contienda, y una lucha sorda por sobrevivir en un medio difícil y hostil.

No eligió la poesía, ésta lo elige a él, y su idilio es doliente, traumático. Estudiante en el Seminario de Ciudad Real, sus superiores le recriminan el talante de joven soñador de que hace gala, recomendándole abandonar. Leía por entonces a los clásicos, a Juan Alcaide y a cuantos encendían en su mirada los primeros asombros de un ánimo inclinado a la belleza, a la fascinación del misterio.

Valentín Arteaga no aceptó un veredicto difícil de entender, amén de injusto. Prieta el alma de ensueños, pasa dos largos años en Criptana, desempeñando varios menesteres, desde maestro interino hasta improvisado alquimista en un laboratorio de harinas, organizando actos culturales y prosiguiendo con sus lecturas. Tenía 18 años.

Más no olvida el poeta su otra vocación, consustancial, y no cesa hasta ser admitido, en 1957, en el Seminario que los Teatinos tienen en Palma de Mallorca. El entorno mediterráneo, una nueva visión de la cultura, y el talante intelectual de estos clérigos, entrarán como un rayo de sol en la vida de Valentín Arteaga, quien, de la mano de Rafael Jaume, entra en contacto con la mejor literatura contemporánea, pasando de los primeros suspiros alcaidianos a una escritura meditativa, a caballo entre sus raíces y la experiencia mística. De esta época data el manuscrito de La esperanza del barro, que obtiene en 1958 el premio "Ciudad de Palma", mientras su autor estudia en el monasterio de Iruzu (Navarra). El libro, sin embargo, no ve la luz hasta 1972, después de haberse licenciado en Teología

por la Universidad Pontificia de Roma y experimentar una profunda crisis, motivada por la dicotomía sacerdote o poeta, superada tras asumir esa dualidad. De ahí que la poesía de Valentín Arteaga tenga una buena dosis de intimismo oracional, por una parte, y espíritu goliardo, por otra.

En los primeros libros de Valentín Arteaga, la herencia de la generación del 50 es clara y manifiesta, especialmente en lo que se refiere a la forma de estructurar el lenguaje, vehículo de una poética de la experiencia que, poco a poco, cual sucede con sus compañeros de la generación a la que, cronológicamente, pertenece, a la del 60, se va decantando hacia el conocimiento y la reflexión. Estamos, pues, en su primera etapa, a la que pertenecen De par en par, Dios en voz baja y, sobre todo, Cuando llueve en tus ojos, publicados entre 1973 y 1975.

Al principio, no obstante, hacíamos referencia a la soledad del poeta. Necesario será no perderla de vista, por cuanto Valentín Arteaga elabora su obra, en este periodo, al margen del devenir literario de su país, impregnándose de clasicismo y mediterraneidad en Roma y Palermo, de donde pasa a Menorca y Barcelona, y, finalmente, a Madrid, donde retoma el pulso a la poesía española, cuando ya los novisimos han tomado el relevo generacional.

Hablé de soledad porque, en este periodo, Valentín Arteaga, y como insinuaba, escribe en solitario. Su poesía incorpora una innegable dosis de culturalismo en feliz maridaje con la luz y el color que le aportan los recuerdos de su tierra natal y sus intensas vivencias del mundo mediterráneo.

Estas características constituyen la tónica general en el momento en que se publican sus libros. Sin embargo, el esteticismo de los novisimos va a acendrar el propio, operándose un afianzamiento estético que induce al poeta a articular su lenguaje sobre el valor esencial de la palabra y la incorporación de un depurado Helenismo cuya brillante imaginería se mezcla con la extraída de la liturgia católica. El periodo se abre en 1979 con ...Y aún no había raíces y, tras Arde el sol como un templo, culminará en Retablo de ceniza (1981).

Como dijera José López Martínez, a lo largo de este periodo "un profundo desasosiego metafísico, una latente preocupación religiosa enmarcan la totalidad de su escritura... todo está determinado por acendrado sentimiento humanístico del tiempo y de las cosas." El propio Valentín Arteaga, confesaba a propósito del último: "Un libro de quejumbre esperanzada. De mucho llanto iluminado. Una profecía para nuestro tiempo y, al cabo y al fin, un acto de fe en el hombre, en la poesía, en los valores espirituales... Es litúrgico en el sentido estético, más que religioso o de celebración cultural. Me valgo de las connotaciones de la liturgia de las horas, del coro de los monjes o del breviario cristiano para denunciar este tiempo nuestro que ha desbaratado el misterio, que está a punto de sofocar la espiritualidad." Se trata, en efecto, de un libro profundo, especulativo y sugeridor, arropado en imágenes luminosas de radiante plasticidad; una suerte de monólogo interior, recorrido por la emoción del asombro, plasmado sobre el papel con colores tibios de preciosa factura mediterránea, en un lenguaje que, recordándonos inevitablemente ora a Cavafis, ora a Antonio Colinas, lleva la fina impronta de su autor.

El profetismo de Valentín Arteaga imprime a su obra un carisma transcendente que, lejos de apuntar al apocalipsis, intenta revelarnos la escotilla salvífica de un buque a punto de naufragar, apostando por un retorno al misterio, es decir, a la reivindicación de lo inmenso, lo que, en una civilización donde todo se puede medir, pesar, valorar, vender y comprar, no puede menos que antojárenos revolucionario. Es por ello que clama por lo atávico: el rito y el mito, que no son otras las connotaciones litúrgicas de su poesía, reclamando para la existencia ese sentido lúdico y ceremonial que la prisa nos va arrancando para convertirnos en verdaderos autómatas, abocados a un futuro que, cual Jano Bifronte, nos muestra por un lado la paz y la molicie, amenazándonos, por el otro, con la más absoluta desolación.

Aún inédito Retablo de ceniza, Valentín Arteaga regresa a su tierra natal. Se trata de un exilio que le imponen razones familiares y que, tras alejarlo del ojo del huracán, de su grupo Síntesis y de otras ventajas que obviamos, lo devuelve, de nuevo, a la soledad.

En Tomelloso, siempre inquieto y contradictorio, se aproxima al llamado Nuevo mester de clerecía, corriente marginal de difícil clasificación dentro de nuestra lírica, goliarda y festiva, heterodoxamente confesional, con la que Valentín Arteaga entra en contacto con Padrenuestro sin más (1980), un libro de encargo sobre la vida de Cayetano de Thiene, circunstancia que, empero, no afecta para nada a la obra, salvo en lo meramente anecdótico, inconveniente que queda superado al recrear el tetrástrofo berceoniano, destilado hasta el punto de extraer sus elementos rítmicos, volatilizándolo la rima e incluso la misma estrofa, resultado de lo cual es un verso ágil, sencillo, libre de cuanto le imprimiera su primitiva pesadez: todo un descubrimiento. Aun en vaso tan adecuado, el vino de la historia resulta difícil de escanciar. Ya lo hizo el propio Berceo, pero eran otros los tiempos y otro era el lenguaje. La tentación prosaísta que siempre amenaza al poema narrativo ha sido eludida con magistral habilidad mediante el recurso a esos toques maestros, pinceladas de color artesanalmente elaborado, que convierten la narración en evocación, el discurso lineal en suave travelling cinematográfico, el dato en sugerencia. Y, una vez más, la recreación del lenguaje clásico, extrapolando a nuestro castellano estructuras tomadas del griego y el latín, proporciona al lector gráciles sensaciones arquitectónicas, como si en cada periodo oracional latiera una cariátide, y en cada acento rítmico moviese un leve viento los donosos acantos del capitel corintio, material de acarreo trasplantado por amoroso orfebre a un elegante templo medieval.

En la misma línea irán apareciendo El mar en la patena y Misa de Navidad (1984). El primero es, sin duda, el mejor y el más lírico de los libros que escribe Valentín Arteaga a mitad de camino entre el regusto lingüístico de los novísimos y el nuevo mester, donde, y así lo he afirmado en innúmeras ocasiones, no está su sitio. Se trata, en cualquier caso, de un texto hermosísimo en donde el poderoso lirismo del poeta derrámase, diluvial, con una sinceridad acaso impropia de su opción esteticista. Como afirmé en el prólogo, "no cabe resistirse al hechizo de estos poemas que dejan inerme al lector con la fuerza expresiva de una escritura firme y, en cierto modo, excluyente, por cuanto en cada verso traslúcese un autor que nos está imponiendo con ternura evangélica su propia y peculiar cosmo-

logía, su intachable poética, valiéndose de un lenguaje cuyo uso prodigioso pone cada palabra en su lugar exacto, de manera que incluso términos prosaicos se ensalzan contagiados por el ensalmo casi demiúrgico de su limpia sintaxis, en la que los lugares comunes, los nombres propios y hasta las eruditas referencias literarias, despojándose del ropaje cotidiano para tomarse música." El libro, ciertamente, constituye una síntesis del historial estético de su autor, cimentado, como la mayoría de sus obras, en el verso alejandrino, que sabe manejar con soltura. Misa de Navidad, por el contrario, reincide en el acento confesional de Padrenuestro sin más, cerrando la nómina bibliográfica de Arteaga dentro de esta corriente, cuyas reminiscencias, no obstante, localizamos en otros libros, caso de La espalda de Adán (1984), símil que alude a la región castellano-manchega, y, en menor medida, al resto de su obra publicada.

Tras este paréntesis necesario, desparramado en el tiempo, coherente, desde luego, con la religiosidad del poeta, retomamos el hilo de su obra profana en 1983, con Umbral de la distancia. Nos encontramos, de nuevo ante un intimismo viril y plural que, lejos de conducirnos a paraísos artificiales o cotos con el rótulo de privados, pretende abrirse, abrírsenos, condenando la soledad, proclamando el amor. Intimismo, sinónimo de introspección, es decir, instrumentos epistemológicos, pinceles con los que intenta el poeta un retrato de grupo que le incluya, un poco a lo Velázquez en las Meninas. Más, el hecho de retratarse, presupone enmarcarse, saberse limitado, sujeto y objeto de un devenir común cuya vasta simbología informará, por tanto, la intencionalidad de uno y cada uno de los poemas, transmitiendo al lector el desafío incitante de la distancia e invitándole, con sublime obsesión, a abdicar de la blanda mollicie del conformismo, en busca de una acaso imposible biografía, perpetuamente en trance de escribirse. Valentín Arteaga nos propone un viaje de ida. El retorno es la meta. El principio y el fin se funden y confunden, peculiar singladura no exenta de peligros y peripecias, donde la decepción, a veces, impone un retroceso dialéctico, un detenerse a palparse y reconocerse, en medio de la duda o el asombro.

Valentín Arteaga transfigura la realidad, se superpone al tiempo en su noción kantiana, y el poeta, que intuye la divinidad, contempla la historia desde una perspectiva próxima al panteísmo, cuyo sentido místico tiñe el discurso poético. Hemos ante una mística de nuevo cuño, portadora de conceptos que la alejan de sus connotaciones primitivas, actitud que comporta, ante todo, una carga testimonial cuya correlación estética se cifra en la metáfora, en lo alegórico, en tanto que coberturas emblemáticas de unos significantes que no se bastarían así mismos para abarcar el ámbito de la intuición o el sueño con los cuales transcribe el poeta sus ansias de infinitud, y es por ello el lenguaje se distorsiona a veces, no en hábiles recursos estilísticos ni a la caza y captura de un hermetismo tendente a la ocultación, y sí, por el contrario, inmerso en una lúdica investigación de estructuras capaces de armonizar fondo y forma, obteniendo de los sintagmas un doble rendimiento, expresivo y melódico, al apoyar en ellos ritmo y significado.

Más aún no nos hemos referido a la presencia de la memoria en la obra poética de Valentín Arteaga. El ejercicio del recordar la informa, sin embargo, con continuos buceos a la infancia y el rescate de todo lo vivido. En Las barcas de la memoria, esta facultad excederá, no obstante, sus límites intelectuales para llegar más

lejos. Estamos ante una especie de metamemoria que hace balance de sí, de su experiencia interna, de los orígenes. Como dice Rafael Alfaro, "el pasado no es sino una transvivencia, algo que persiste a pesar del tiempo". El poeta, en palabras de José González Lara, se nos muestra como "un traductor onírico de lo que adivina o presiente; se confunde entre la bella metáfora para hacerle más libre el modo de contar su aura distante".

El mejor de los libros de Valentín Arteaga es, sin lugar a dudas, Un rostro va en su música (1985), que obtuvo el premio "Florentino Pérez Embid", siendo publicado en la colección "Adonais". Sorprende, ciertamente, que cuando los llamados novísimos, esa generación que devolvió a la poesía el gusto por la palabra, empiezan a dar señales de agotamiento o a ser contestada por los poetas más jóvenes, Valentín Arteaga opte por un lenguaje, noble sin duda, que apunta a la contención, renunciando a rebañar unos odres bastante esquilados y decantándose hacia posiciones donde la brillantez expresiva no oculta sino resalta esa maraña de interrogantes que asedian al poeta desde el instante mismo de la concepción de la obra.

Un rostro va en su música llegó oportunamente. La Poética del silencio, la música callada de que hablara María Zambrano prosigue campeando por sus fueros, signo inequívoco de que, no obstante la oleada de metapoesía que nos asaltó a finales de los setenta y aún antes, existen planteamientos irresueltos de los que autor ninguno puede inhibirse, de tal manera que Valentín Arteaga se enfrenta otra vez al enigma de la poesía. Nuevamente, en efecto, se acerca al santuario y, con heterodoxa devoción, descubre sus cortinas y alcanza la contemplación del rostro sagrado. La verdad está dentro. La música, un lenguaje para la introspección. Valentín Arteaga ha vislumbrado el rostro de la poesía. Una visión fugaz, mística; un éxtasis. A veces, la Belleza parece identificarse con lo absoluto. Lo que aprehende el poeta de ella es tan sólo la música, emanación de esa actitud de asombro reverente cuya culminación tangible es el poema, es decir, un minúsculo trozo de inmensidad, una nota flotando en el pentagrama, que pasa y "queda luego sólo memoria,/ el polvo sobre el mueble". Consecuentemente, el autor, se evade con la música. No se trata de esa charanga huera de palabras babélicas en que algunos se apoyan para salvar escollos ocasionales, sino un remontarse hasta algo que ya el propio fray Luis de León había intuido al hablar de la música de las esferas, un remolino de insondable armonía, siempre más allá del alcance de las palabras mismas, en cuyo vértice es posible palpar la poesía, entendida a lo largo de este libro como un goce estético gratuito, fruto -quien sabe- de una misteriosa revelación que proclama la primacía de un vago irracionalismo frente a los "mecanismos unificadores" y, desde luego, alienantes de eso que algunos críticos han dado en denominar "razón racionalista", con lo cual, en alguna medida, si aceptamos la tesis de -entre otros- Carlos Bousoño, Guillermo Carnero y Pere Gimferrer, cabría emplazar al Valentín Arteaga de Un rostro va en su música en una posición rotundamente crítica respecto a los valores usuales de nuestro entorno social y cultural, abriendo así el poeta de La Mancha toda unaperspectiva de alcance incalculable para el futuro de su propia obra.

Del mismo año (1985), aunque escrito con anterioridad y estrechamente emparentado con El mar en la patena, data el último libro de Valentín Arteaga: Cuando regresa el mar hasta los labios, un libro desgajado del que citamos en primer lugar y del que bien podría constituir una segunda parte, desarrolla una teopoética de la liberación, de búsqueda de los orígenes. Como todos los suyos,

éste también posee una fuerte carga heterobiográfica. Porque, como dice el autor, su obra, entre otras cosas, es una heterobiografía, un expresarse en los demás, en las cosas, en lo absoluto. El poeta, al fin y al cabo, es la voz y conciencia de la tribu, aunque ésta cuente por millones sus efectivos y camine sin norte bajo la inmensidad del cosmos.

Sería apasionante preguntarnos acerca del futuro de la obra de Valentín Arteaga, es decir, acerca de su obra en el futuro, que no es lo mismo. Sumido en un silencio sólo roto por su labor de crítico y ensayista, el poeta de La Mancha nos sigue derribando los diques del asombro, fiel a su compromiso con la belleza. Lo demás pertenece al misterio.

Domingo F. FAILDE





La estructura del poemario Un rostro va en su música se compone de un momento inicial -"Paisaje casi obertura"- y tres partes -"Música de amanecer", "Música de mediodía" y "Música de atardecer"- en las que el autor, mediante la luminosa macrometáfora música-rostro de mujer nos transporta a un universo misterioso exultante de belleza, desde el alba hasta el poniente, siguiendo el curso de la Naturaleza en su cotidiano discurrir. Valentín Arteaga, como en muchos de sus libros, sigue la vía intuitiva de la imaginación creadora para acceder a aquellos ámbitos en los que no se puede penetrar por vía racional. De este modo trasciende y universaliza ese mundo interiorizado concebido para el goce de los sentidos, el cual nos es transmitido por medio de un lenguaje poético bellamente elaborado. El libro discurre con el lujo verbal y la emoción lírica ya características en el poeta de Criptana. Es la capacidad creadora de la palabra que nos regala ese inefable deleite para el espíritu y nos conduce al disfrute de la belleza, representada por ese rostro misterioso y la música, símbolo que se desprende del conjunto intensamente vivido y sin abandonar en ningún momento la vía estética asumida. Todo el esplendor de las cosas parece concentrarse en un rostro femenino no concreto, sino encarnación universal de lo absoluto, que viene a configurar esa "patria de la hermosura" que el poeta nos revela con indiscutible maestría.

El mundo mágico recreado por Valentín Arteaga irrumpe como un milagro deslumbrante de transparente sensualidad, en el que las cosas celebran la dicha de existir en una especie de alucinante ritual pleno de ternura.

El libro está escrito en endecasílabos blancos dotados de una musicalidad y un rito interno claramente perceptibles, efectos conseguidos mediante una perfecta disposición de los acentos rítmicos, distribución de las pausas, anáforas, emparejamientos sintácticos en posiciones equivalentes comparables o paralelas.

Uno de los procedimientos de estilo más frecuentes para significar dentro del sistema lingüístico es la sinestesia o fusión de impresiones correspondientes a diversos sentidos. Sin salirnos del poema inicial del libro encontramos varios ejemplos de esta figura: "Se oye su resplandor subir", "dulce ritmo", "alta música", "transparentes sonos", "dulces cerámicas". Otro recurso de estilo muy abundante es la metáfora, que adopta múltiples formas. Así, encontramos metáforas de reclamo, en las que el término metafórico sustituye a un contenido mencionado anteriormente: "Música de mediodía, va tu rostro/llenándose de sol, madura hoguera/ de belleza animal"; metáforas copulativas, en las que el término metaforizado se identifica con el término

metafórico: "El viento es jarra de mano", "la boca es el diluvio", "la tarde es la memoria del paisaje", "el cuello es dulcísimo arrecife"; metáforas del genitivo: "ojos de quilla hipnotizada", "la orquesta del paisaje", "las olas de tus mejillas", "el árbol de los dedos"; metáforas por aposición: "tu rostro, pan de gracia", "la emoción, jarra de vino". Pero la metáfora más frecuente es, sin duda, la del verbo, pues este elemento gramatical es básico en la creación de ese cosmos jubiloso y deslumbrante, cuya contemplación produce el feliz arrobamiento de los sentidos: "Desnórtanse cancelas", "Su luz hiere las aves", "la aurora se va desenvolviendo", "el sol madura sonos", "mientras se raja el campo en verdes cántaros", "mariposas inermes desnadeja el color del estío", "el silencio subraya las orillas de tus cejas", "la playa se arrodilla", "me desnudas las olas y los ojos", "trinan en los alféizares luceros", "la tristeza se empoza como un árbol de júbilo en las sombras". Es una rica red de significantes verbales que remiten a una amplia gama de referentes, los cuales constituyen un universo plural y multiforme.

Otra figura que alcanza gran relieve en este poemario es el símil. Las comparaciones de dos términos para fundir conceptos dispares resultan siempre reveladoras, sorprendentes: "La frente semeja una terraza", "un misterio dorado como un aire de lluvia corporal", "un rostro igual que un love story", "el mar huyendo como un pétalo de luna", "la paz igual que un candelabro".

La elección de una palabra entre diversas posibilidades paradigmáticas se efectúa con sumo cuidado, con el acierto y la maestría de un poeta artífice del lenguaje que sabe manejarlo en todo momento con la elegancia y el rigor necesarios para crear la obra de arte. El léxico dominante podríamos agruparlo en varios campos semánticos fundamentales: términos relacionados con la materia inanimada que van configurando una asombrosa arquitectura cósmica, un edén maravilloso que actualiza y descifra progresivamente ese rostro misterioso: porcelana, cerámicas, vasijas, piedra, ánfora, búcaro, bancales, greda, rocas, agua, cantaros, pedernal, cuarzo, brocales, mármoles, arena, cal. Términos relacionados con diferentes momentos del día: aurora, mediodía, alba, crepúsculos, amaneceres, ocaso, atardecer... Términos relacionados con la luz: resplandor, encendido, transparente, arde, luminosas, fulgor, relámpago, arcoíris, vidrieras, deslumbre, traslúcido, iris, ventanal... Términos relacionados con la música: música, melodía, ritmo, sonos, cadencias, orquesta, obertura, oboes, pentagramas, coro, campanas, concierto, salmos, laúd... Términos relacionados con el cuerpo de la mujer, especialmente con el rostro: rostro, ojos, párpados, labios, pómulos, mejillas, cejas, boca, frente, cabellera, manos, pelo...

Es importante destacar también el uso de *o* ambivalente, no con valor disyuntivo, sino identificador: "su luz última o vasija de bronce", "mar o patria de hermosura", "rostro o música", "sube el día igual que un cuerpo o dios", "Una serenidad de golondrinas o recuerdos antiguos transparentes", "este instante de música o de río".

La rica y original adjetivación también contribuye en gran medida a realizar ese mundo lírico que aletea constantemente. Tanto los adjetivos especificativos como los epítetos describen cualidades sorprendentes de los objetos que componen el andamiaje apoteósico de la belleza, la sinfonía armoniosa de la Naturaleza intuída: "resplandor unánime, súbito imán, proales irredentos, rostro torrencial, extática ansiedad, terca evidencia, seda inconsútil, roca ruborosa"...

En el plano sintáctico merecen ser destacados los numerosos encabalgamientos que rompen la correspondencia entre la estructura métrica y la estructura sintáctica con el fin de realzar alguno de los miembros del sintagma. Los más frecuentes son los encabalgamientos suaves: "Esta dulce/geografía ascendida hasta sí misma/. "Tanta historia/sagrada como arde, cunde, aviva".

También debemos resaltar las frecuentes reduplicaciones de diversos elementos sintácticos que intensifican la emoción lírica y la expresividad: "Nazco, nazco", "Sólo, sólo/amplíase la luz". "Vedle, vedle". "Rostros, rostros".

Este variado conjunto de recursos estilísticos determina la intencionalidad de crear una obra de arte mediante la función poética del lenguaje, que viene a ser su verdadera quintaesencia. Valentín Arteaga ha hecho, una vez más, un uso magistral de esta función creadora y hemos de agradecerérselo con toda sinceridad.

Luis GARCIA PEREZ



VALENTIN ARTEAGA:

LA ARDIENTE CEREMONIA DE LA PALABRA



amos a extraer para este homenaje unos folios pertenecientes a nuestro libro, de próxima aparición, Aproximación a la poesía manchega; unos folios que, dadas las limitaciones de espacio, se centran exclusivamente en lo que podríamos llamar la etapa central de la poesía de Valentín Arteaga. Esta etapa se abre en 1979 con la publicación de ...Y aún no había raíces y estará marcada por el culto a la palabra, por el culto a la belleza. Un uso desbocado de la metáfora, un fuerte hedonismo vital teñido de sensualidad pagana, un lenguaje torrencial y una cadenciosa musicalidad convergen en lo que va a ser el centro motor de estos versos: la belleza. En esta etapa pueden incluirse también libros como Arde el sol como un templo (1980) y Retablo de ceniza (1981), aunque es ...Y aún no había raíces el poemario más denso, tal vez el más brillante de todos.

El poeta abandona aquí su tono testimonial por una parte y su tono devocional por otra, y pasa a ser una suerte de hechicero, un alquimista del lenguaje, que se entrega a la creación febril de mundos poéticos basándose en el poder connotativo de la palabra, en la riqueza sugestiva de la imagen. El resultado es que el lenguaje pierde su carácter referencial y emerge en el universo poemático una realidad icónica que poco o nada tiene que ver con la realidad externa. El poema se convierte en una unidad significativa autóctona cuya semántica se agota en el poema mismo.

Dentro de esta línea estilizadora encontramos un tipo de imágenes particularmente interesantes: la imagen desanimizadora, que consiste en describir los cuerpos vivos, especialmente el cuerpo humano, a base de metáforas que proceden de la naturaleza inanimada. Los seres quedan privados de su dimensión corporal y biológica y reducidos a un estado objetual. La finalidad básica de estas imágenes reificadoras es el enellecimiento. La operación es una especie de taxidermia lingüística mediante la que se consigue petrificar el cuerpo, inyectándole un formal literario que lo hace incorruptible. Una gran parte de estas metáforas desanimizadoras provienen del mundo mineral: "labios de sílice callado", "caderas de ánfora", "tu cuello mineral", "los pájaros de roca", etc...

Privándolos de su condición animada, los seres quedan también privados de su dimensión temporal. La vara mágica de la belleza, al tocarlos, los dota de un carácter estatutario, de una rara peren-

nidad, los eterniza. Llegamos, pues, aquí, a otra de las constantes de esta poesía: la abolición de la temporalidad. En Valentín Arteaga, que permanece blindado tras el cristal diáfano de la belleza, la angustia de la temporalidad desaparece. Se destruye incluso la sucesión lógica de las secuencias temporales y se produce una fusión de presente, pasado y futuro:

"Lo que vendrá pasó, lo pasado es futuro
que se recuerda".

La irreversibilidad del tiempo se quiebra y se hace posible tanto caminar hacia el pasado como recordar el futuro que aún no ha sobrevenido. La aspiración del poeta es crear un ámbito "atemporal y mítico" donde el presente se constituya en una totalidad integradora, en un ámbito absoluto donde "todo tiempo pasado, todo es tiempo futuro, todo es tiempo presente". En definitiva, lo que el poeta persigue, tras desterrar la idea de la existencia objetiva del tiempo, es crear una eternidad habitable, una eternidad real y soñada:

"Nos hallamos
sin tiempo, sin praderas, eternas
los dos".

Encontramos, pues, a Valentín Arteaga, en busca de un presente eternizado por una parte y en busca de un pasado absoluto por otra. Un pasado que en ocasiones es su propia infancia personal, y que otras veces se trata de un estado originario, preadánico, de la naturaleza. Late en estos versos una añoranza de los remotos tiempos primitivos, un ansia por retornar a un comienzo primigenio y cósmico, un anhelo por regresar a los orígenes. Lo que subyace aquí residualmente es la idea del mito cosmogónico, la idea de que existió alguna vez una estado de pureza en la humanidad. Para recuperar esa pureza prístina lo que Valentín Arteaga hace es proyectarlo todo ritualmente al origen:

"Nace el hombre de sí, con insistencia:
Su sueño es regresar. Volver las palmas
sedientas de sus manos al principio."

A un principio en el que, según el poeta cree, debió de existir la paz universal, la "protohistorica desnudez", la inocencia primera, la pureza incontaminada. Al poeta, a quien antes veíamos liberándose de la ley kármica mediante la abolición de la temporalidad, lo vemos ahora tratando de liberarse, ascéticamente, de todo cuanto pueda impedirle el traslado a ese tiempo sin tiempo de los orígenes; lo vemos desnudarse para entrar a ese recinto sagrado donde sólo es posible adentrarse desnudos, porque la desnudez (la adánica desnudez) es, obviamente, un símbolo de pureza:

"Oh, si pudiéramos...
adentrarnos desnudos otra vez, casi animales, puros
dioses quizás
y adolescentes..."

El poeta se configura como una especie de hechicero de la palabra, un cantor oficiante que derrama su magia verbal sobre la tribu, una voz totémica que concibe la poesía, ante todo, como un hecho ceremonial, como una liturgia lingüística, como un rito sagrado que puede revestirse de paganismo o de fervoroso sentimiento cristiano. La poesía de Valentín Arteaga es una auténtica ceremonia

de la palabra. Al poeta no le interesa tanto el mensaje evangelizador de sus versos como la embriaguez estética que producen. Entona su cántico convencido de la solemnidad ritual que lo dignifica. De ahí que Valentín Arteaga no sea un poeta mesiánico ni siquiera en las obras que temáticamente se aproximan más a la visión humanitaria que los poetas mesiánicos tienen del hecho poético. Sus versos, más que una pretensión catequística, tienen una pretensión estética; más que dirigirse al corazón humano se dirigen a los sentidos, a la imaginación, a la sensibilidad.

Otra de las recurrencias que presenta la obra de Valentín Arteaga, sobre todo en esta etapa central, es la fascinación por el fuego: "Cataratas de fuego me obsesionan", ha afirmado, consciente de ello, el propio poeta. Nos encontramos ante una poesía llameante, en permanente estado de ignición. Todo en la naturaleza se hace combustible: el viento, el mar, el paisaje calcinado de la Mancha... Cualquier estado de la materia, sólido, líquido o gaseoso, puede transformarse en una súbita hoguera de fascinante hermosura. La presencia del fuego puede tener, por un lado, una finalidad estética, puede ser un lujo verbal, un elemento embellecedor y mágico que intensifica la visión irracional, onírica, de su mundo poético:

"Cuánta tirante hoguera, cuánta noche
inundada de sol, ardidadas aves,
dibujándonos luces en las manos
que se ansían quemar de tantos árboles
como te están ardiendo, bello fuego".

Pero el fuego tiene, además, una clara función ritual. Es como una perenne lámpara votiva, como una antorcha inextinguible, como una llama cirial que arde mientras el poeta oficia la ceremonia de sus versos. Es un elemento mágico-ritual dotado de poderes no destructivos sino purificadores. En su búsqueda de la pureza original, Valentín Arteaga sitúa a la naturaleza toda bajo la acción de ese fuego omnipresente para, después del rito de la cremación, recuperarla ya purificada.

Pedro A. GONZALEZ MORENO





La poesía de Valentín Arteaga la encontramos en el horizonte del discurso poético iniciado por Petrarca. La poesía petrarquista consiste, como ya es sabido, en la producción de la noción de "alma bella". Este discurso no ofrece variaciones esenciales hasta el día de hoy. A partir del siglo XVII nos encontramos con que la noción de "alma" es apartada por la ideología burguesa que destierra de su propia lógica interna todos aquellos rudimentos característicos de su primera fase. Esta noción de "alma" es desplazada por la elaboración de la noción de "sujeto" por parte de Hume. En el siglo XVII-XVIII se destruye el modelo de un "mundus intelligibilis" platónico como principio anunciador de lo sensible, lo eterno como fundamento y fin de lo temporal. La ideología "clásica" burguesa lleva a cabo una demolición de todo aquello que se conoce como "tradición metafísica occidental" y que abarca, como sabemos, desde Heráclito a Leibniz. La noción radical de "sujeto" se convierte en la idea eje de la ideología burguesa a partir del siglo XVII, y la noción de "alma", que había sido la infraestructura de esa misma ideología en su primer periodo, será el eje de lo que a raíz del siglo XVIII se conoce como ideología "pequeño-burguesa". Los elementos subyacentes de esta ideología que retorna a los orígenes pueden resumirse en la noción que existe de un "alma", un "espíritu", un "yo", etc. previos a la experiencia. En esta dimensión se sitúa la poesía de Valentín Arteaga.

La infraestructura ideológica del discurso poético arteaguiano es la expresión teórica de lo que suele llamarse neoplatonismo, el cual nos remite a los textos platónicos como modelos frente a la ideología positivista que domina las relaciones sociales en esta segunda mitad del siglo XX. No es la primera vez que señalamos elementos platónicos en el discurso arteaguiano, pero si hablamos de neoplatonismo en los textos de Valentín Arteaga no queremos decir con ello que el pensamiento platónico sea un material anterior al momento de su plasmación textual. El neoplatonismo es el "armazón" teórico de una determinada infraestructura ideológica que necesita elaborar una alternativa nacional frente a la ideología positivista que impregna las estructuras de nuestra sociedad. Las ideas platónicas que sirvieron de armazón a la matriz burguesa en sus inicios, son reelaboradas hoy, dentro de la variante idealista de la ideología pequeño-burguesa, en el discurso poético de Valentín Arteaga y dan lugar a la tematización de su poesía.

En el discurso arteaguiano asistimos a la elaboración de la noción de "alma" como "ente" anterior a la experiencia frente a la noción radical de "sujeto" empírico-positivista. Esta noción

las resonancias bíblicas y el ritual religioso hasta la terminología de la Mancha más manchega. Valentín para dejar en cueros vivo su poesía, la adorna con un retoricismo inédito e inhabitual.

Catorce libros publicados hasta el presente, como catorce estertores, avalan la obra de este poeta seminal y libre, obra que ya comienza a ser estudiada y considerada dentro del panorama de la lírica española del último tercio del siglo XX, y a la que yo ofrendo el cardo de bronce de mi admiración más sincera.

Pascual-Antonio BENO



Producido ya como "objeto ideológico" el proceso del "despertar" del "Alma" a través de la dialéctica de la "luz" que evoca la fuerza creadora y se identifica con el "espíritu", se engarza ahora, en la serie de "Música de mediodía", al signo "luz" el signo del "sol" que es la imagen de la "visibilidad" del "Absoluto" y oníricamente es el portador de la conciencia que llega a las "almas" al ser "despertadas" por el fluido de la luz y del calor. La cadena significativa de la "luz" es la formulación de la fuerza productiva. La luz se transmuta en fuego: "los colores del espíritu en llamas". El fuego del alma debe ser siempre mediodía, pues aquí es donde la luz alcanza su cénit: "es el perfecto momento/de mirarte, agradecer/ la sazón de tus labios, y lo hago/envuelto entre tu música dorada". La dialéctica productiva del "agua" es paralela en todo el proceso de la "luz", pero ahora es cuando se produce un engarzamiento total entre ambos elementos: "...Un agua en llamas". En este momento del devenir de la "luz" se producen una serie de nociones encadenadas como efecto de la dialéctica productiva de la "Luz" y del "agua". Nos referimos a las nociones de la espera y de la nostalgia. En el cénit del resplandor del "Absoluto", cuando la contemplación tiene lugar en el momento perfecto, entonces es cuando surge el miedo. El miedo es el efecto de permanecer en "ese quicio/de la memoria rota": "...Si, en viniendo/la memoria, incendiase tu mirada/ esta espera en que vivo miedo abajo/de que quizás no exista tu fulgor". Ante este miedo "el alma" anhela, desea conocer, aunque sea imperfectamente. El anhelo o el deseo del "alma" se expresa en versos como éstos: "...Si el tiempo, seco de raíces, se fuera/ a desplomar entero como un árbol/ante tu sol". La "visión" no es posible y esta dificultad produce la noción de la "espera": "Precioso es esperar. Se espera siempre". La "espera" es el efecto de la imposibilidad del contacto. En los poemas de "Música de amanecer" encontrábamos versos como: "No tocaré este rostro, no lo haré/ hasta que pasen siglos, crucen rosas;/no se cuarteen los mapas de ternura/y el cosmos sea verdad, no tenga miedo/el río a que lo bese, y la manzana/desnude su pudor...". El "armazón" teórico lo encontramos en Platón: el mundo sensible no es en realidad un "verdadero" ser; no es ser, sino sólo idea aparente. El mundo de las ideas es el verdadero mundo, el que "es" en verdad. Mientras el mundo sensible no sea el mundo de las ideas no será posible el "contacto". El pensamiento se enuncia en el momento del amanecer como "ancha selva", como oscuridad, y ahora en el mediodía se inunda de "luz" cuando "el sol (...)me sube al pensamiento". Así es como el alma recobra la conciencia, y ello produce la noción de la nostalgia: "Tú eres ahora manos de nostalgia". El "alma" tiene ya conocimiento de su exilio: "Da pena/ sentirse en el exilio". El proceso de la dialéctica del discurso arteaguiano llega ahora a su cénit: "Creo tu desnudez"; "Me desnudas/las olas y los ojos"; "Abrimos puertas/ al misterio". El "alma" va adquiriendo forma y el "Absoluto" es traslucido. El goce de la liberación se transforma en la dificultad de expresarse: "un agua en llamas/se choca entre los dientes, la escollera/del corazón". Puesto que el contacto no es posible hasta que el alma retorne al mundo de la Idea, el goce de la liberación lleva a la nostalgia: "Tienes huellas/de viajeros y naufragos". Al no ser posible el contacto en este cénit, el poeta nos invita a que "vivamos ese momento incontinente": una invitación a gozar del presente porque su fugacidad implica la necesidad de aprovecharlo.

El problema del conocimiento es inseparable del "despertar" del alma que recupera la memoria. El día funciona como signo de la luz en movimiento y en la "tarde" se hace "memoria del paisaje". Valentín Arteaga concibe la vida en su poética a través de los signos del movimiento: el agua, la luz, los ciclos del día y de las estaciones.

Todo ello como signo del devenir del alma que es principio vital. Las estaciones -estío, otoño, invierno, primavera- son signos del movimiento de la luz. En la plenitud del atardecer se produce el encuentro: "Lo invento, pienso/sueño en él, él me sueña, piensa el mío. Encuentro que no es otra cosa que conocimiento. Una vez que el "alma" recobra la memoria el "yo" arteaguiano se inunda en la contemplación: "yo me lleno los ojos con su música, sus vasos/atúrdense en la sangre". Después "nos queda sólo su memoria" y penetramos en ese momento en el que irrumpe una vivencia primigenia: "un vendaval de rostros por las calles del invierno en que voy, todos vamos/oyéndonos tan dentro...". La atracción del "Absoluto", el amor tiene su contrario en el desamor... La memoria es necesaria para seguir esperando en la esperanza de Dios, para que se mantenga el resplandor que trajo a nuestra conciencia el recuerdo de esas ideas que contemplamos en la preexistencia del alma junto al "Absoluto". Mientras llegamos a "la tribu a la que vamos cada aurora/llevados en volandas por la música" seguiremos o "volvemos a revivir las cuentas" recordando "milagros no nacidos".

La elaboración de la idea de "Absoluto" y de la del "alma" como realidades anteriores a la experiencia que tienen lo eterno como fundamento y fin de lo temporal incrusta el discurso arteaguiano en la problemática de nuestro tiempo. Bástenos mencionar tan sólo un ejemplo recogido del diario El País que en su edición del 16 de febrero de 1987 se hace eco del "Encuentro Abrahámico Internacional" celebrado en Córdoba. De la información ofrecida entresacamos las siguientes palabras: Partiendo de un análisis del mundo actual, "amenazado por un suicidio planetario", los participantes del encuentro han atacado duramente el positivismo "que ha hecho de la ciencia y de la técnica fines en sí mismos" y el individualismo, "que rechaza la existencia de valores absolutos, transforma la sociedad en un jungla e instaura el reino del miedo y el equilibrio del temor". El discurso poético de Valentín Arteaga es una toma de postura frente al positivismo y el individualismo cuyos principios implican la negación de la transcendencia y de la escucha de Dios y el desprecio de los valores éticos y del sentido de comunidad.

Román SERRANO LOPEZ



4. El resplandor y la patena



Mediterráneo y manchego Valentín Arteaga tiene la facultad de poner todo el mar en la patena, los caminos a Deyá, la cristalería vespertina de Criptana, el altar en la llanura, y "transmutar al silencio en armoniosa concentración de claves", darle la luz a su apellido, no ser otra cosa más que la ascensión misma de la palabra, aureolar el resplandor, porque "al calor del lenguaje la esperanza del barro se consume". No hay esperanza sin abundamiento de luz, y esta se aclara más cuando el cosmos va hacia el arrodillamiento ante el misterio.

A Valentín Arteaga



Como la luz argenta los olivos
y los hace inmortales
bajo este cielo, cúpula
alzada, de Valldemosa,
camino de Deyá, donde descansa
Robert Graves para siempre,
el mar a un lado...

Como la luz es cierta
esta mañana de domingo, y rosa
la flor de los almendros,
y hay cipreses
de larga sombra oscura,
y, abierto, el mar expande
su claridad azul,
y en torno tuyo
sólo hay lejanía...

Como la plata bruñe los olivos
bajo la luz de enero,
y todo es verde, solícito y hermoso,
y viéndolo estás tú,
dulce, serena, callada,
inútilmente...

César Augusto AYUSO

CELEBRACION MENTAL DE VALENTIN ARTEAGA

ANTE EL ADVENIMIENTO DE UNA ESTROFA



u balbuceo, ya ciego de furias
suaves mi corazón, ya lazarillo
del deseo que traes hasta los surcos
que disimulan mi entusiasmo.

Apenas
insinuarte en mí, y ya este hermoso
sudor hasta la cruz que a tu misterio
lloveré en la patena
del aviso redondo de tu arribo.

¡Ah, mi adviento en un ansia!, para más
luego decir a Dios más pronunciado,
más cristal el cristal alejandrino,
más sometido a tí mi pensamiento,
tú, mi más sometida hacia el poema.

Insinuarte en mí, ya silabario
disparado a tus sierpes.

(¡Ah Criptana
de los pechos de sol!: redúceme
a mi primer panal, el de tu boca,
para que más en mí, salmo despacio,
gota de cal y mieles, gota a gota,
le aclares mansamente a mi estatura
sí es que corre o si vuela o crece obesa
fuera del tiempo...)

¡Ah música
de tu cuerpo!, estrofa hasta dolerme,
que ya, recién viniendo, me haces tránsito
a tálamos de nutria en celo...

Cúplete
en la feliz coyunda
de una amante pelea hasta la aurora,
holocausto de mútuas redenciones.

Tú, naciendo en mí por tí nacido;
yo, nutriéndome en tí por mí nutrida,
para ser -uno en otro prisionero-
libres hacia un total de texto único
donde rimar con Dios, Dios con nosotros.

Carlos BAOS GALAN

ESA LUZ QUE NOS OFRECES Y ACEPTAMOS COMPLACIDOS

Homenaje a Valentín Arteaga
poeta de la luz y del amor de amigo.

"Con la cordialidad que procede
del misterio de la palabra poética"

(dedicatoria en
"Un rostro va en su música")

"¿Qué hay detrás de este rostro? ¿Qué misterio
envuelve su caudal como unos velos
de música encendida?"

("un rostro va en su música")

"Quiero encontrar la luz, poder mirarla
hasta quemar la tierra con mis ojos"

("...Y aún no había raíces")

"Y vivir es hermoso igual que una naranja"

("Cuando regresa el mar hasta mis labios")

(V. Arteaga)



La sinceridad de tu palabra, espejo de una vida
iluminando la senda que compartimos con amor
en el más alto grado de entrega hacia ese otro
que nos ayuda alcanzar la felicidad válida
hacia lo eterno que nos aguarda.

Conocemos los fracasos y pecados irremediables
cometidos a diario por la fragilidad de humanos,
pero hay un rayo de luz nueva todos los días
que buscamos desesperados para romper la cadena
y no cesamos en el empeño que nos identifica
como luchadores del verso conductor hacia la paz.

Valentín, llegas con el alma en la voz
y nos dices: "Que la vida es hermosa como una naranja"
que quieres encontrar la luz hasta quemar la tierra
con tus ojos. Y nos haces cómplices de esa búsqueda
compartiéndola felices en verso y vida,
entregando en tus manos nuestra soledad
para convertirla en diálogo abierto de amor
en la plena confianza de tu compromiso de hombre bueno
que todo lo hace posible con tan sólo el deseo
regalando el sosiego en el pozo de un ser aislado
en la necesidad de otro yo para el camino,
ese que encontramos en tí como el talismán
portador de suertes y caricias hacia la luz.

Desde nuestro puesto, pedimos a Dios,
en la libertad que nos otorga la común amistad,
que siga guiando tus pasos de gigante enamorado
y nos permita seguir gozando de esa tu aventura
del verso y del amor, que de tí, estamos recibiendo.

José-Carlos BELTRAN



A VALENTIN ARTEAGA, EN TOMELLOSO

Por esa soñadora valentía
de sacerdote y de poeta en vuelo...
y por su generosa manchegufa.



e Campo de Criptana, altar manchego,
tesorero de trigos y molindas,
empapado de Dios, de lluvia alzada,
de par en par sus manos de poeta,
Valentín Arteaga llegó un día
a Tomelloso a repartir belleza.

(En realidad llegó de todo el mundo
de vendimiar las viñas de la tierra,
de resumir los vinos de la vida
y del amor -su lucha verdadera-
que Valentín se trajo a Tomelloso
como una pura, universal cosecha)

Y aquí está con sus versos viadores
en su obrador, abierto a cuantos quieran
picar del gran racimo la uva hermosa,
la uva más salvífica y fraterna.
Valentín Arteaga: Dios te salve
y nos salve sentados a tu mesa.

Eladio CABAÑERO

A VALENTIN ARTEAGA



Valentín, tú que sabes
transmutar al silencio en armoniosa
concentración de claves,
¿no has visto a la celosa
lumbre ejercer su alquimia luminosa?

Prender en la madera
áspera, seca y sin calor de vida
mira al fuego, y espera
a verla convertida
en fronda rumorosa y encendida

en la que cada llana
finge contra la clara luz del día
ya la hoja, ya la rama,
en fugaz geometría
que pintada en el aire se diría,

y advierte cómo sube
su fantasma, abolido
por ser adverso al fuego, como nube
sin agua y sin sentido
que borra el viento apenas ha subido,

y contempla la oscura
materia del tizón, del que se eleva,
como de una escritura,
esa luz siempre nueva
que oscuridades transmutadas lleva,

sin desdeñar la viva
brasa que, pedrería de un instante,
del zafiro deriva
al rubí y al diamante,
constelación, si breve, palpitante,

y mira finalmente
cómo a ser tierra vuelve la ceniza
todavía caliente
y cómo se desliza
entre ella un soplo que a la llana atiza.

De igual modo, a tu fuego
prendes tú, Valentín, en tu madera
interior, que arde luego,
y cuando reverbera
poema es lo que su nada era.



Ángel CRESPO

COMO UN HILO DE LUZ

Para Valentín Arteaga



Como un hilo de luz era el contacto
que proyectaba vías,
lugares donde estuve rebosante,
odres que me dejaron un velamen
para alcanzar las cimas.

Como un hilo de luz fue la caricia
que me retuvo inmerso entre tus ojos
donde brillaba un aire no sujeto
al origen y causas de vaivenes
del mercurio encerrado en el termómetro.

Como una catarata luminosa,
surgido de mí mismo y remansada
en un vuelo acuñado de futuro
y atmósfera cargada de esperanza,
fue el contacto-caricia luz-destino
de toda la pujanza concentrada
por el mar poderoso, reclamante
de una tierra fecunda.

Andrés DURO DEL HOYO

DE LOS CONSEJOS QUE ME DA MI MADRE

A Valentín Arteaga, con cariño.



Retén la luz y dale tu apellido;
reconócela, asume la paciente
tozudez de su amor sobre las cosas
y el brinco de sus juegos en el agua.

Desnúdala y que te desnude. Una
a una, enséñale las escondidas
claves de tus poemas y hazte niño
también bajo el bautizo de las tuyas.

Aprende a caminar según su paso.
Muéstrale -tú que sabes- la manera
de ceñir las abarcas a sus pies de cristal.
Dale tu fuerza ahora
y apóyate en su hombro cuando crezca.

Que también de nosotros
puede aprender la luz un buen oficio
y adir los pocos versos que nos queden
cuando ya no seamos
sino memoria escrita y risa recordada.

Si eres bueno,
quizás ella te adopte como padre.
Déjale medio armario -sé que usa poca ropa-
y un lugar en tu pecho donde pueda dormir.

Y luego, en el verano,
cuando una tarde llueva
como llueve en los pueblos de la Mancha
-que parece que nunca hubiera habido
tierra con tanta sed-
saca la luz al patio a que se moje.
Verás qué bien te huelen las manos cuando vuelvas,
con la luz a tu lado, a casa, a merendar.

Federico GALLEGO RIPOLL

ASCENSION, LA PALABRA

A Valentín Arteaga, poeta, y,
como tal, presentido amigo.



Yo soy otra ascensión que la palabra
hecha carne en mi invierno: ascensión, ala
para elevar, para decirme aurora
que ya lo soy por tí que eres mi soplo
de vida: aurora de oro y otros ritmos
o colores; y yo diciendo aquí
que todo es bello -ramas, cifras, ruinas
acaso-, hasta las sombras y los gritos;
diciendo que el decir es bello, todo
el decir: como un chorro (el árbol) que abre
hojas de luz o sueños, ascendiendo.
¿No veis cómo es azor desde la raíz
el árbol? Es azor y nube, alondra
donde el sol se reclina para el beso
frontal de la alegría, mi alegría
por la palabra que abre el coro leve
de mi voz que se parte, se desgrana
-¡ya arde!- y gime en fronda, y es, soy, somos
tal vez lo que la música en el fuego
de la mañana herida por el astro.
Ya hay ascensión, dolor, ya hay palabra.
Ya todo se conmueve y de aire ejerce,
de música, de comunión con todo:
ejerce de ascensión en la garganta.

Vicente GARCIA HERNANDEZ

TU PALABRA

A Valentín Arteaga, como homenaje y agradecimiento
por su palabra poética mágicamente bella.



La palabra es la llama que desvela
ignotos universos de misterio,
mágica luz que inunda los caminos
deslumbrantes de gozo y fantasía.

Es mar y caracola, noble heraldo
de la imaginación. Alza el vuelo
por rutas del asombro hacia la cúpula
feliz de la belleza sorprendida.

Es música ideal, amigo arpeggio,
cincel enamorado de la aurora,
primicia transparente regalada
que rescata el fulgor de la existencia
cual solemne repique de magnolias
en un rito fecundo sublimado.

Es íntima sorpresa, fiel alondra
remontando la altura de los siglos,
serena melodía derramada
que llama al corazón con insistencia
y nos deja fragancia en cada sílaba
lo mismo que una lluvia de corolas.

Hay un sauce de amor inmensurable
como nieve feraz en sus cabellos,
un halo de emoción en sus mejillas
cual reguero de espigas entregadas.

Quiero escalar tu voz hasta el regazo
ferviente y generoso de tus versos,
asirme al resplandor de tus verdades
y habitar paraísos de misterio
que contemplo en el mar de tus poemas.

Quiero encender mi savia lentamente
en la luz que aureola tu palabra,
enjoyar mi memoria con los besos
de este sol de esperanza rediviva
y fijar la retina de mi anhelo
en el bosque feliz de tu mensaje.

Luis GARCIA PEREZ

Fiesta



Esta boda de plata,
Valentín Arteaga, buen amigo,
es fiesta que nos ata
a tu vino y tu trigo
en amistad y en comunión contigo.

El mundo, tan maltrecho
desde la piel hasta lo más profundo,
tiene aterrado el pecho;
y si no me confundo
la amistad es el bálsamo del mundo.

Amistad y poesía
dos tierras son en donde el bien se labra.
Dios bendiga este día
tuyo y nuestro, y que abra
en zumo el gran limón de la palabra.

Al calor del lenguaje
la esperanza del barro se consume;
palabra y ser: viaje
hondo y junto, que abrume
gota a gota cayendo de la pluma.

Veinticinco misterios
llevas viajando, Valentín Arteaga,
redactando cauterios
que alivien tanta llaga,
para que el corazón se satisfaga.

De corazón te digo
que has hecho bien, y el bien es lo que has hecho:
hoy te vemos, amigo,
clavado en el barbecho,
lamiendo al ser la herida de su pecho.

Félix GRANDE

5. El retablo y la ceniza



Valentín Arteaga no se resiste a que, alguna vez, la belleza pudiera morir. "Nombramos su calor, nunca la llama eterna". El piensa que llegaremos un día a sorprender la aurora. Desde el Cerro de la Paz de su Campo de Criptana se ven las islas. En otras ocasiones penetra en la alcoba del verso y le nacen espinas en los dedos. Debajo de los álamos desnudos y otoñales el poeta, apoyados sus ojos en los párpados de otros poetas amigos, vislumbra que el mundo es un retablo de ceniza, que alguien puede querer asesinar a la esperanza, ahorcar la poesía o pretender echar al suelo las hornacinas y los retablos, algo horrorosamente terrible.

AHORA QUE HAY RAICES...

Para Valentín Arteaga,
jardinero en tierras primigenias.

...me duele todo demasiado, incluso
mi yo interior, que me obliga a ser como él
quiere, sin escuchar otras razones, también mías.

"Debes sonreír, ahora",
"Tienes que ir a esa fiesta",
"Invita a cenar",
"Envía flores"...

Como un autómata, pobre ejecutivo en vías de reconversión inmediata,
lleno de compromisos y concertada ya la cita con el infarto,
voy..., subo..., entro...,
me inclino..., beso..., saludo...

No soy yo el que lo hace, aunque inexorablemente
la tarjeta con mi nombre, mi firma, mi toque personal
y hasta mi presencia, están ratificando la evidencia que,
sin embargo, no demuestran nada, aunque pueden probar todo.

¿Cómo decir que es un espejismo? ¿Quién lo creería?

Las raíces testificarán contra mí en los tribunales del bosque
alegando que he reducido la vida a representación, con apariencia
de arraigo en este suelo, y de integración con la espesura vegetal.
De nada valdrá mostrar la invitación que me entregaron las máscaras
para unos días de carnaval, ampliables a una vida de farsa y pantomima.
La existencia se ha convertido en espacio escénico donde representar
estados de ánimo, de poder, de conciencia, que cubren los sentimientos
auténticos, torturando la realidad hasta reducirla a mueca y quejido.

"Convéncete, esta es la realidad,
siempre es así,
no busques nada
fuera de esto, porque no hay tierra para otras raíces".

Entre abetos y nubes, con tempestad y miedo, lloran los dioses
a las Walkirias -¡Hojo tono! ¡Hojo tono! ¡leiaha! ¡leiaha!"-
Aquí, aquí estoy. Soy yo, pero ¿quién es ese que afirma su esencia?
¿Cual de todos mis posibles yo reivindica ahora existencia autónoma?
Sobre los tonos de la canchalgadura de brúnhilde aparecen figuras

(más
inertes, desglose de una personalidad con tendencia a la superposición
de sensaciones unipersonales globalizadas entitativamente.
Las reconozco pero no me identifico porque sólo fueran manifestaciones
ocasionales de mi existencia, elementos de un bodegón cubista
-"naturaleza muerta con difunto y estatua griega al fondo"-
mientras el yo subyacente a todas esas experiencias se escurre sibilino
como la inspiración que abandona cada madrugada al artista cuando
se desvanecen en su espíritu los efectos de los estimulantes nocturnos.

La palidez del alma que refleja el semblante rima
con los rostros fuertemente maquillados de los actores "extra"
para escenas alucinantes de película surrealista en versión original.
Hay que peregrinar al valle de los asíóceros para que el alimento
ofrecido a los difuntos haga renacer a la vida del cívico, que es
la inmortalidad a la que aspiró el que queriendo amarlo todo
no supo entregarse a nadie, aunque ensayó minuciosamente la inmolación.
El sacrificio se hizo como respuesta a una lejana llamada de la sangre.

Las raíces tampoco han sido capaces de aguantar tanta responsabilidad
como les exigía el jardinero, ávido de fama y galardones.
Siguen ahí, a flor de tierra, dicen que soñando con otros frutos;
sin embargo -no podía ser de otra forma- ellas, hoy, están muertas.

"EN ANSIAS ESTAS DE TU DULCE REGRESO,
PERO UN DIOS TE LO VA A HACER PENOSO".

(Odisea, XII, 100-101)

Francisco-Javier CAMPOS



UN POZO EN LA MANCHA

Para Valentín Arteaga



Todo era luz y sed y el hombre era
un ceniciento buscador de agua.
Caminos y caminos. Militares
piedras. Galopes invisibles. Rotos
espejos en el fondo del paisaje.
Y un hombre con la cuerda entre las manos
a punto de bautismo y lluvia niña.

Salpicarán su lumbre los rebaños,
lentas agujas herirán cortezas
y en el alfar se ablandarán las formas.

Todos somos rebaños y terrones
y vasijas de forma perseguida.
Todos somos un belfo, un cepellón,
un recipiente ansioso, un gris goteo.
El milagro está al filo del pretil,
al cabo de la cuerda, iluminando
los escondidos predios deseantes.

La vida es siempre un hombre que se acerca
a un pozo con la sed en las pupilas
más que en los labios, en la boca, una
cuerda y al otro extremo la esperanza
toma forma de herrado y luna rota.
La vida es una cuerda que sujetan
unas manos de hombre que sediento
se aproxima al brocal de cada día
buscando un poco de agua.

Leopoldo de LUJIS

EL JUDIO ERRANTE

Por si Valentín Arteaga
se topa con él en Criptana.



Desde su bofetada al Cristo
camino del Calvario
vaga a través del mundo
prisionero de los siglos
cruzando calveros y espesuras
a la espera de que el Señor
en el Último Día venga
a señalarle el sendero
que le saque de la perdición.
Si hacia los cuatro puntos cardinales
vió mil veces destruidas las ciudades
y fuera de sus escondites a los inocentes
marcados como esclavos
al fin en el Día del Reencuentro
todo será reconstituido
con palabras de consolación
cuando los pies del Mensajero
vuelvan allanando los caminos
a todas las razas dispersas.
Mientras tanto de entre los escombros
un manantial rezuma agua viva
impaciente del brindis
aunque un mango como de puñal
brille aún por entre los cascotes
o tal vez la hebilla
de un viejo correaje
que un jorobado bolsea en el zurrón.

José MASCARAQUE DIAZ-MINGO

IMAGO CINERIS

A Valentín Arteaga

"Paraísos no hay más que los perdidos
-lo dice Marcel Proust-
y el poema el espejo donde se reflejaban."

(Fernando Ortiz)



caso a la pasión cegara la belleza.
Mi fe en los aledaños puse de aquella vida
Inútil, es posible, y ni siquiera eterna,
Quizás un halo efímero, si fue soplo de dicha,
Un trémulo estandarte sobre la playa incierta
En que el fuego circunda la historia y su ceniza.

Rebose la palabra racimos de belleza.

Infausta, la memoria brota de la ceniza,
Daga azul en el tiempo, como aquella belleza
Omnímoda que planta sus volutas e, incierta,
Viaja por la intemperie rugosa de la vida,
Asciende a la espadaña de ese soplo de dicha
Leve, que parpadea bajo la noche eterna.

En las ascuas del verso crepitara la vida.

Nombramos su calor, nunca la llama eterna
Tras la que el mundo zarpa, periplo de ceniza,
Intuyendo detrás de su brillo la dicha.
Nocturnos navegantes en pos de la belleza,
Alcanzamos islotes salpicados de vida,
Rolando por sus pechos con la marea incierta.

Turbia la voz que indaga los lienzos de la dicha.

Estamos abocados a la estación incierta;
Abocados, en fin, a una ponzoña eterna:
Gozar sin resplandor una pálida vida,
Alondras pestilentes de la helada ceniza
Cósmica; pervivir tan sólo en la belleza
O ahogarnos bajo el peso mínimo de la dicha.

Nítida la palabra sí, ambigua, oscila incierta.

Instantes de estupor: si fugaz sea la dicha,
Mudable ofrece el peplo a la ventisca incierta;
Pero, a veces, estalla, y expande la belleza
Esmeraldas y aromas. Como una fruta eterna,
Renace. Como un sueño, sacude la ceniza.
Entrégase al amor y se embriaga de vida.

Cadencia es la canción, y su música eterna.

Estamos en el fondo, vislumbramos la vida
Desnuda e inconstante: velo de la desdicha,
Emite sus señales con nubes de ceniza,
Rasgando la neblina de su túnica incierta.
O acaso es que nadamos en una duda eterna,
Asidos a la frágil borda de la belleza.

Morirá la belleza como acaba la vida
O la dicha perece en su ensenada incierta,
Rodando por la eterna senda de la ceniza.

Domingo F. FAILDE



¿SERA ASI EL MORIR DE UN POEMA?

"Quede clara constancia de la inutilidad
del crepúsculo. Iremos a sorprender la aurora"

(Valentín Arteaga)



Concluido el desfile de los sentidos en su propio cristal de
(saturación,
todo lo abandonamos por el soplo de un abismo profundo,
extraña sombra que, en olvido de superficies y colores,
nos ahuyenta del cerco con los pensamientos de un loco suicida.
Como si los reflejos de luto esfumado en un gesto póstumo,
mortuorios celajes que vistieron mis ojos de largo,
pudieran, como en la vida, atestiguar ilusorias raíces
en una lápida de humo rememorando todo un cuerpo en lo escrito.
Silueta que en su imagen perfecta tan sólo existiera
en una visión al producirse mientras huye alejándose.

Sin embargo, quizá, dentro, en lo coleccionable
y su memoria que protegen mi libertad, permanezca
una huella en su impotencia callada y gentil,
o, en levantamiento de visillos con ese temor a la muerte,
desfigurados recuerdos aniden, por ser invocada en escena.

Pero es sabido que, aun agotando todo un lenguaje en su cárcel,
jamás recobrase pudiera tal desnudez y su encanto primero,
si nunca más fuere besado aquel rostro en este indigno poema.

Miguel GALANES

ADAGIO AZUL EN TORNO DE SU HUIDA

Oh bienaventurado, que sin ira,
sin odio, en paz estás, sin amor ciego.

(Garcilaso de la Vega)



Alzara un árbol dulce de promesas su cuello.
Mi voz, cuando recuerda, se hace estertor herido.
Icaro fui. Las alas, hecatombre del vuelo,
Quisieron tras la muerte tierno hallar un camino,
Una patria de luz, de jazmines, de sueño:
Era su piel ya entonces acequia hacia el olvido.

Resabio sin amor el pecho y desaliento.

Irme pensé algún día para enterrar su olvido
Detrás de la levísima ceniza de otro cuello;
Orfebre el labio aún del metal de su sueño
Vanamente poblara de sed la angustia herido.
Altiva verdad de antes, al borde de un camino,
Lábaro de agria sombra, desangróse sin vuelo.

Entre tanto dolor el corazón cautivo.

No es sencillo decirlo, pero amo aún su vuelo
Tal estéril despojo de lumbre es el olvido,
Ignorando que acaso sus ojos no camino,
Noche son, negadora, ajusticiado cuello,
Algo como un pesar, ola por donde herido
Rueda y en soledad el naufragio del sueño.

Tanto vano dolor y el corazón cautivo.

Entro a veces en muertes que son tan sólo sueño
A rescatar la sábana de frialdad de su vuelo,
Gigante, porque brasa firme es sentirse herido
Antes de que la torpe soledad y el olvido
Convoquen a un ocaso infinito su cuello,
Oscura sea entonces toda luz o camino.

Negro aire sin amor el pecho y desaliento.

Inútil aguardar la voz de otro camino
Más puro, que nos lleve remotamente al sueño:
Periplo son terrible los días sin su cuello
Entonando a la brisa algún irreal vuelo,
Resto siempre de un turbio desconsuelo u olvido,
Entre el más tierno acoso todo alcanfor herido.

Cruenta hiel sin amor el pecho y desaliento.

Esperanza perdura tras este cuerpo herido
De encontrar todavía sin embargo un camino
En paz, una palabra que conduzca al olvido
Recta, fatal discordia para el disfraz del sueño.
O nunca hubo temblor y sólo espectro el vuelo
Ante el temor de hundirme en la red de su cuello.

Mas de su cuello herido cautivamente vuelo.
O cruel de su camino dolor y sueño olvido,
Rodando sin amor el pecho al desaliento.

Manuel NARANJO



"No quieres habitar tampoco el mundo que
creas porque eres un poeta y tienes miedo".

(Francisco Pino)

A Valentín Arteaga



scribes sobre la rama seca que cabalga el aire
con bramidos de amor hacia el vacío.
Pluma de águila o cometa en guerra contra el fuego.
Sombra bajo el palacio y amarga serpiente de ira
rastrean tu silueta por las almenas de la noche.
Qué dioses han caído como nieve destrozando las túnicas
que cubren tu muerte en la palabra.
Ven a la tierra donde arde con humo de misterio el árbol
y sostiene un mundo en cada herida.
Pero nadie llega hasta el silencio de tu espanto.
Todos los hombre se hunden en un sólo cadáver de lluvia
caliente sobre el océano que el sol abrasa.
Otra vez penetras en la alcoba del verso y te nacen
espinas en los dedos.
Poeta, estás condenado a la mentira de tu espejo.

Ana María NAVALES

PALOMAS

A Valentín Arteaga,
en propia mano.



No hay mantel, ni manjar, ni pan reciente...
Alacena interior, ¿qué le preparo?..
Saquemos del almarío el alma misma
para que nuda y generosa almee.

Con duelas de recuerdos bien trabada,
nao perdida, sin rémoras, sin remos,
equilibra hacia tí vientos y calmas:
me he comido tu nombre cada día.
¡Ay, cuántas tempestades y silencios
desde aquella hecatombe de brújulas,
de jarcias,
de broncíneos anclajes hozando primaveras!...
Cada cual en su tabla por el mar infinito
con la lengua tajada y las plumas apenas...
Mar incontable: mundo total sin necias celosías.
Aquí recuperamos la inocencia,
restauramos amores prohibidos,
vimos SU faz sin tiaras.

.....

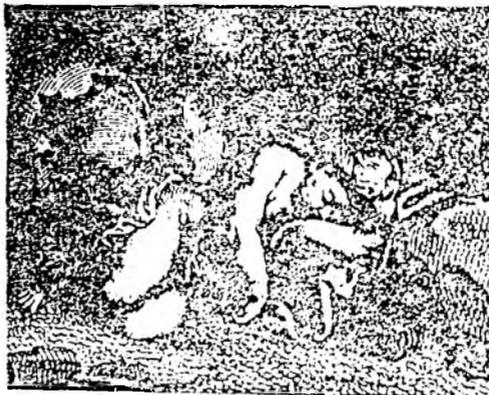
Una paloma nos llegó de Roma
hace ya tanto tiempo...
zurea y se entretiene
por los estantes de mi biblioteca
y come de la mano de mi esposa y de mis hijos.
(carta-paloma-magia-carta astral-
corazón envitrado y palpitante-
sacramento feliz: signo y palabra).

Las mariposas, bebiendo aceite,
posan esta noche
antiguos horizontes encalados,
escalados contigo.
Reseca bruma del incendio veía
el sol, incinerado en su rescoldo,
y el "Cerro de la Paz" se desvanece
la solitaria brecha...
Juventud respiramos con compases
en la anónima tierra que te tuvo.
Vilanos blancos. Rodadoras hojas.
Secos manzanillones arrastrados.
Súbito vuelo de pajar sin techo.
¡Cuánto tiempo segado!

Rebuscador de fósiles y huellas
propias,
en órbitas exactas de imperdonable roria,
rompo mis almanaques para inventarte fiestas:
celebrems las bodas de las rosas comunes.

Con alas irisadas te acongojo
y ronco es mi resuello.
No consientas que manche tus estancias
con el plumón canoso y decadente.
Atenaza de olvido la pechuga.
Abre la quilla.
Arranca las entrañas.
Y sin leer de nuevo,
arruga este papel, solo envoltorio,
y cómete su almendra sin gusanos.

Juan José MALAGON



NACI YO DESDE ADENTRO

Homenaje al poeta Valentín Arteaga



ací yo desde adentro
o es que la vida fluye desde fuera,
igual que al olmo
se me han caído ya todas las hojas,
y en tierra están, son lodo y sufrimiento,
pero el tronco resiste al hacha de los días,
los dolorosos vuelan e incluso los alegres
con halo de arco iris,
no volveré a ser pájaro
que los hierros golpea con la loca cabeza
y aletea sangrando
pero no escapará: la jaula es infinita.
Es la vida un deseo
como el sueño de un lobo que vagó solitario
en la cerrada noche,
sin luces, sin estrellas,
ciego de nieve y nunca el camino encontraba.
Conozco la amargura de todos los caminos.
Mi alma es la que canta
que es un río de sangre sonando en lo más hondo
de ti, sordo profundo, raíz de lo que ha sido,
acaso no la escuchas?

Juan RUIZ PEÑA

UN HOMBRE SOLO ESCRIBE

A Valentín Arteaga



Un hombre solo escribe en la tarde unos versos
debajo de unos álamos desnudos, otoñales.
El sol es una fruta madura y melancólica
sobre la paz de un cielo azul e incabable.
Entre furtivas ramas de encinas y de álamos
los pájaros ensayan la libertad de un canto
y unas ovejas balan desde lejanos cerros.
En la tarde infinita de silencio y de octubre
un hombre solo escribe, náufrago del otoño,
unos versos que hablan de amor y de tristeza,
de soledad, de olvido, de dioses olvidados.
Un hombre escribe el mundo debajo de unos árboles.
Todo el otoño escucha su voz y la obedece.

Manuel S. CHAMORRO

AZAR Y AFAN

A Valentín Arteaga



a humillación
es el signo de los tiempos.
Para una voz lejana
un recuerdo presente.
Fragmentos de una máscara
que el azar reconstruye.
Temblor y oscuro afán.
Fiesta vedada.

Carlos VITALE

6. Templo ardiendo al sol



De tanto y tanto solearse el corazón y la palabra de Valentín Arteaga frente al día alucinadamente abierto, pone "entre campo y pueblo sus altares". Los poetas son los "ojos vivos del alba" y "desconfían de los crímenes del agua bendita". Por eso están en contra de la noche. De ahí que para Valentín Arteaga arda el sol como un templo. Toda la vida de par en par es ceremonia para nuestro poeta. Ay, entonces, de quien debarate la existencia. La existencia, al adentrarnos en la poesía y la poética de Valentín Arteaga, se nos revela evocadora y sacramental, o todo es metáfora, un abecedario que señala a más allá aún.

HABLO DE TI, VALENTIN ARTEAGA



Este es "un inocente poeta temeroso"
que camina, "alucinadamente solo",
por los predios del corazón
y va y viene, sentidamente,
desde la infancia y la memoria
hasta el jardín donde calienta
la soledad vivida
y el amor que reparte
a pechos que lo entienden
y a los que tal vez nunca, tristemente,
sabrán de su concierto original
ni del ansia de entrega enamorada
que alienta por las venas de sus versos.

La palabra es su fuego y su diamante.
El canta y "arde el sol igual que un templo"
y se cubre de rocío noble
el bosque enmarañado de la vida.

Hablo de tí, Valentín Arteaga,
labriego del linaje de las sienes,
misacantano permanente y tierno
de la sed y los sueños
que le ponen al hombre
un eco de razón en las pisadas.
Fustigar las espaldas del silencio
que hace triste las noras
libar el polen de lo puro
para la miel de los hosannas,
decir el otro claro nombre de las cosas
que el hombre olvida o no vislumbra,
ponerle música al paisaje
azul del sentimiento,
es el heredado oficio de la sangre,
es el gesto y la ley, es el clamor
que rige en tus sembranzas
de delirio y abrazo permanente.

La palabra es tu fuego y tu diamante.
El aroma del salino va contigo.
Tu ruta tiene siempre
ganancia de luceros inauditos.

Vicente CANO

A VALENTIN ARTEAGA, EN SU HOMENAJE



Hay un alegre pájaro que canta
en la escondida jaula de tu pecho,
un pájaro de sol que nos deslumbra
y nos resbala corazón adentro.
Hay barcas que te cruzan la memoria
-el sosegado mar del pensamiento-,
mientras en el umbral de la distancia
arde el sol como un templo.

La esperanza del barro es un camino
de par en par abierto.
Y nos brindas retablos de ceniza
y nos rezas, sin más, un Padrenuestro,
mientras pones el mar en la patena
como quien pone en la mejilla un beso.

Habla Dios en voz baja y en tus ojos
llueve la luz y llueven los conceptos.
En la espalda de Adán has descendido
altas hogueras, aurorales fuegos,
y has sembrado el buen trigo en esta tierra
sin rendirte jamás al desaliento.

El amor es así, diaria entrega,
"sacerdotales lágrimas en cueros"
-como has escrito tú-, desnudo barro,
firme esperanza en el umbral del cielo.

Sigue siendo poeta. No nos niegues
la música sonora de tus versos,
que en este mar de sombras que es la vida
vale un poema lo que vale un sueño.

Julián MARQUEZ RODRIGUEZ

INVENTARIO Y DESINVENTARIO DE FRAY LUIS DE LEON

Para Valentín Arteaga,
en su homenaje al poeta y al hombre.



uerto. Escondida senda. Mesa y casa.
Un día puro y alegre. Dios al lado.
La envidia que le tuvo tan cercado.
Decíamos ayer. No hay tabla rasa.

Un púlpito, Un candil. ¿Quién acompasa
el monte y la ladera y el tornado
que trajo cárcel, ceño de arrojado
y el tiempo de dolor del que traspasa?

Salinas cuando suena. La mentira.
El aire que los árboles orea.
Una invasión del mundanal ruido.

Noche del sabio, alta y dulce lira.
Oh nave en paz de aquel que no desea
mientras siempre a la sombra se ha tendido.

Luis JIMENEZ MARTOS

NUESTRO PRIMER ENCUENTRO

A Valentín Arteaga,
por abrirme las puertas de la Mancha.



e algún valle infinito arena azul
te he traído en los ojos,
y he contado
cien obeliscos de aceite, y un viñedo
de eternidad,
y un sol de adobe en mi viaje.
 Como un palacio amarillo
la llanura
va tropezando en la luz, y el cielo es firme
como un gigante de cuarzo
y en las nubes
hay blancas tumbas y heráldicas libélulas.
 Sigo entregado
al jardín de la llanura;
ni un solo árbol
te nombra. Un viejo pueblo
con soportales
me acerca a un templo dulce,
donde se alzan
tus brazos como cálices.

Alejandro LOPEZ ANDRADA

LA HOSTIA

A Valentín Arteaga



DECLAMÉ para mí todo el efecto
de esa ligera refección.
Y me dieron, a cambio,
un campo desnortado.
He creído con énfasis que detrás
de la sagrada especie surgía el mundo
de las llaves y las visiones,
de las abiertas puertas y los resplandores.
No exactamente ocurrió así.
Lo que supuse vino a ser
un vago otoño
repleto de celajes indecisos
conjurando el alisio y la celada,
y unos rescoldos apagándose.
Más si no hallé la beatífica resaca
tengo en mis manos orbes exquisitos
y en mis sueños sabores indecibles.
Mi paladar es áspero y bebo de las fuentes
cuando he de sofocar la sed rabiosa
que precede a la hostia de la duda.

Amador PALACIOS

DONDE LOS CARDOS DE METAL

A Valentín Arteaga



scribir no es en tí, lo fácil -supongo
inútil la advertencia-.

Lo que cuenta
ahí, donde los cardos de metal,
son las ganas
por compartir el hambre de ignorarlo.

Lo tuyo es
afán intramuscular, pura querencia:
Por orillar de inhiestas señas el desierto
-incruento
de tanto y tanto solearse-,
y beber de la costumbre su deshielo.
Por remansarse a sorbos en la sombra
y en la llanura
agarrarse al aire en su desaire.

Y arañar al instante su inocencia,
su desastre.
Para saber detenerse
en el detalle, y desandar su huella
-hueca y desnuda como el eco de tus pasos:

Un día de estos le echo un pulso a la distancia
y me planto en Tomelloso:
He pensado ya una excusa de más que sobrado peso:
ver si damos con el "Retrete" de Antonio, si vino de
(Pietrasanta...

Y, por si sí o por si no, ignorar del camino
el camino de regreso
(casi risa sin olvido),
más allá del tibio resplandor de las encinas solitarias
cuando un amanecer de invierno.

Rafael QUILEZ

SIGNOS

Para Valentín Arteaga



I

an y vienen las aves a su sombra,
el delirio al disparo. Y han asido
las ramas del olivo al pico de la vida.

Los árboles heróicos huyen de Dios
hacia desfiladeros y atalayas
para tocar el gesto de la agonía.

Ciudades que sueño doblan a revuelo
calles por veladores y terrazas
que ruegan crecerse en tejados de nieve.

Jazmines del estío, yucas minerales,
el avión del alba busca al hombre
que prenda la maleza en su heredad.

El crepúsculo del tiempo nos contempla,
si pronto Roma caerá por su designio
y la razón ocupará Jerusalem.



II

Así la lluvia, que es leal y breve,
besa el barbecho y la plaza sola
o dibuja la armonía de la piedra
pero arrecia en venguaval como las furias.

Vendrán los dulces jóvenes y libres
desde el país que golpea el eucalipto
a la orilla del balandro que se ha erguido
contra vapores y aspas de fragatas.

Al pie de la cándida criatura,
ventanales que rompen la tiniebla,
pozos que ciegan la ley del desierto
o ecos que repican la canción celeste.



III

Lejos de la rueda que teje el luto
y de los cráteres que ocultan maleficios
y vuelven del revés el don del fuego
como venganza de los dioses enemigos.

Nítida acequia y no la ciénaga
donde extravía su porvenir quien huye,
viejas palabras que en campana cuelgan,
veletas del alba que su norte pierden.

Ni de la razón, un prisionero,
el cadáver de la verdad se contradice.
Del poder que no sea débil, desconfía.
Y de los crímenes del agua bendita.

Juan José TELLEZ

VALENTIN ARTEAGA



Pasó entre campo y pueblo sus altares.
En cerros levantó sus torreones.
En los labios le queman oraciones.
En el pecho poemas y cantares.

Más allá de bodegas y vasares,
de los patios de sol y los balcones,
del molino, la vid y los terrones,
levantan su esplendor altos pilares

por los que va pasando la figura
de un poeta dos veces consagrado,
que en el nombre de Dios el mal perdona

sabiéndose imperfecta criatura.
Para que no le tiente algún pecado,
el verso le flagela. Y le corona.

Sagrario TORRES

MANCHEGO

Para Valentín Arteaga



quédese a su antojo en la Meseta, caballero,
rey y señor del tiempo y sus nostalgias.
Si llega don Miguel,
acoja con suave mosto su andariega
pasión, sosiegue su memoria en pan candéal. Que somos
de antiguo, dicen, tristes, lentos, tardos ((¡Dios los pudra!))
Yo digo somos ojos
vivos del alba,
tal vez un solo canto en nuestros labios.
Pregunto, ¿acaso saben los que mueven
sus días velozmente
dicha o suerte final?
Las cinco de la noche aquí, en la Mancha,
miro sin voz, canto una aurora:
las cosas y su sábana inmortal,
alma hacia el cielo.

Octavio UÑA

7. La memoria y las barcas



Las barcas de la poesía de Valentín Arteaga navegan por el mar de la memoria. A bordo el mañana es ayer, pero el pasado no tiene aún raíces y los vésperos son siempre amaneceres regresando hasta las palomas de un beso que no se dió. En el futuro transparecen "los mirtos del recuerdo", como si de una profecía se tratase. Desde la eternidad una diosa, que quizás no existe, repatría hasta su nombre un patio con columnas. Valentín Arteaga, el otro que él no es, o fue, o no será, se apoya sobre cualquier capitel roto, porque no hay poesía sin memoria y en las barcas el espíritu de los dioses va a bordo de un viaje no perecedero. Jamás está el corazón a la deriva.

PALACIO DE FERNÁN-NÚÑEZ

A Valentín Arteaga



on el nardo de cal de septiembre llega una brisa humilde de casas blancas y tapias de corrales hasta el ducal balaustre neoclásico. La escalinata cortesana, el jarrón opulento para los mirtos del recuerdo no han olvidado la fanfarria de los palafreneros, el pie breve de encajes de una Rohán, la apostura goyesca del embajador. Por aquí se bajaba a los jardines pulidos y geométricos, al agua encorsetada de las fuentes, al sueño de la Venus desnudando las yedras del barroco. Las galerías emparradas del laberinto llevaban a la gruta artificial goteante de líquenes testáceos, escenario apartado para el furtivo abrazo y el merodeo de los escotes. Altos, en hornacinas aveneradas, los bustos de los cónsules vigilan taciturnos, las sienas de laurel en córnea floración mármorea.

Ahora hasta las columnas jónicas y el rojo pompeyano de los estucos solo llega un trajin campesino, un fanear de rústicas labrantías y el vuelo tardo de los mochuelos desde los olivares de Abencáez. A contraluz se eleva con el humo de los tejares y las jaras de hornos la gótica grafía de los cardos, la rúbrica de vencejos y campanas. Se oye el latido germinal y profundo de la tierra, el brote vivo y cereal, la rueda operaria en el hábito del camino...

La tarde, azul y melancólica, se acoda en el blancor de la balaustrada.

Pablo GARCIA BAENA

SUBO EMBARCO VIAJO EN UNA DESDIBUJADA BARCA DE
LA MEMORIA PARA RECORDAR A VALENTÍN ARTEAGA



oy los periódicos daban
una noticia triste ha muerto
Andy Warhol cincuenta y ocho
años nacido en Pittsburg
y yo debo enviar una nota
o proyecto de borrador de poema
porque me escriben unos jóvenes
(sólo con esa edad pueden llamarme
distinguido poeta y de usted)
de Tomelloso harán un homenaje
a Valentín Arteaga en una revista
de título atrayente el mes de mayo
lo mismo hay que mandarles
un poema que prosa un artículo
acerca de la obra del castellano-
manchego (según dice la carta)
antes de crear autonomías
era manchego solamente
nacido en Campo de Criptana
y cuando se presente la revista
acudirán algunas personalidades
de la nación y otras regionales
(Sigue la carta ya citada) esperemos
que todos estos sean creadores
artistas obreros y pocos políticos

Andy Warhol falleció mientras dormía
hijo de polacos homosexual católico
genio del pot-art que en enero
del ochenta y tres presentó en Madrid
una exposición de "pistolas
cucnillos y cruces" rey de lo pasajero
príncipe del pot-art estuvo
en la capital española con un séquito
coherente y gran dosis de arrogancia
pero tengo el compromiso
de hacer unos versos debo
buscar en las estanterías
libros de Arteaga títulos
bellos endecasílabos "cuando llueve
en tus ojos" "arde el sol como
un templo" "cuando regresa
el mar hasta mis labios" nacido
en Campo de Criptana según nota
biobibliográfica "añ Torrejón de Ardoz
en la memoria" sol de tarde
en el salón de la parroquia jóvenes
atentos quizá algo interesados
por la charla literaria
al despedirme yo tenía un amigo
nuevo "Arteaga luz, un helenista
manchego" dijo de él otro sacerdote
y coterráneo Pepe Mascaraque
que también hacía versos
y en Campo de Criptana nombres
de los molinos paseando sus calles
aquello es Tomelloso la llanura
el sol la cal de las fachadas
a Valentín ahora le hacen un pequeño
homenaje (dice una convocatoria)
sus amigos y uno de ellos hojea
libros de Arteaga Valentín en las horas
vacías de sonido de la madrugada
y Andy Warhol ha muerto

"¿Por qué pienso en el mar y te recuerdo?"



Alfonso LOPEZ GRADOLI

SÍNTESIS

A Valentín Arteaga,
poeta sobre todo.



Llegan cargadas todas tus barcas;
faltan redes,
te rebosan de peces los labios
con su música.

Apenas viñas, signos
del labriego que has sido.
Labras de Dios los surcos en labios con ojeras,
en cinturas que llevan mensajes peregrinos.

Apacientas guardando al rebaño del lobo
mientras un lobo ulula detrás de tus espejos.

Cruzan rubias metáforas, corderas recientes,
paisajes de la Biblia rebosando tus ánforas.

Hombre de mundo -hombre sobre todas las cosas-
repites la patena -limpia como esta sangre-,
repites el asombro de algo que no has tenido,
la comunión del hombre lanzado hacia el hechizo.
La desgracia del pobre, la timidez del pájaro;
la desbordada estrofa, siempre, de tanta musa
que desborda tus cauces estando Dios al fondo.
Estando el ángel siempre del verbo y de la música
regalándote el premio a tanta valentía.
A tanto agraz no dicho, intuído tan sólo,
mientras los corporales los doblas con cuidado
sobre este torbellino que irisas con palabras.
Sobre esta plateresca poesía de siempre
que ha de quedar,
no cabe
duda,
de tu memoria.

De tus pájaros siempre
lanzados al revuelo
del ángel que camina.

¡Cómo tira el arcángel redondo de la sangre
al banquete prohibido de las uvas!

Cómo los peces todos se agitan en tu barca
a pesar de los dogmas y las redes.
Yo te bendigo, hombre; te bendigo, poeta;
absuélveme tú a mí, si así lo consideras.
Si mi dedo no hiere demasiado tu herida.
Tu frustrado embeleso fabricando gaviotas,
sueños que nos contagias.

"De par en par"

"Un rostro va en su música"

"Padre nuestro..." tan solo...

Tan olvidado siempre de todos los mortales.

"De par en par" te dejo

mi corazón; mi casa...

Mis brazos que esperaban tu amistad desde siempre.

Este negro bolígrafo que ayuda a recordártelo.

Las mariposas todas que vuelan en mi sangre.

El asombro que brota tras de leer tus libros.

El tímido lebrel de mi palabra.

Mi fe de no creyente.

Esta eclosión clarísima de Dios que se insinúa
regalando muchachas.

Soltando por las calles sus melenas y risas,

sus verdes anagramas tachonados de ojos,

sus faldas jugueteando con los dedos del viento.

Tu Mancha, que es la mía, llamándome a la lucha.

A ser tu Sancho Panza labrador

de la pena.

Antonio MATEA



TAL VEZ LA SANGRE ESTALLE ADOLESCENTE

Homenaje a Valentín Arteaga,
amigo y maestro.

"La tribu allá en su valle hace el amor.
Dime dónde naciste, tú, el signado"

(V. Arteaga)



ES hora de regresar, hermano, al mar,
del cual jamás debiéramos haber brotado;
estoy cansado, mis manos apenas
pueden sostener todos los cuerpos que murieron,
los ojos vacíos como nichos de sombra
que estercola la muerte,
las venas a las que sólo acuden
pájaros muertos a beber sus lentos
charcos de agonía.

ES hora de regresar, amigo,
de llevarnos nuestras tristes pertenencias:
el beso a la muchacha que un día amamos,
los versos escritos en los arroyos de la infancia,
las lágrimas que desembocaron en sepulcros,
y el pecho desnudo para que en él la sangre
estalle adolescente y salpique a los hombres,
y a los cadáveres su zumo de metales coagulados,
de cipreses que arañan estremecidos
nubes de angustia, cielos poblados
por ángeles de hierba iluminada.

Y tú sabes, poeta, que regresar es morir,
volverse sangre, tal vez crecer,
como crecen los sueños, como crecen las lágrimas
que al mar corren a sembrarse,
como crecen las espumas hasta herir
firmamentos imposibles,
como también crece el dolor, cual si se empozara
en nuestra alma una jauría de instintos.

¡Aí si el amor pudiera cifrarse en una tumba!,
si el dolor que se anuda en nuestro pecho
en geometrías de angustia, fecundase
el corazón de los muertos,
si pudiera arrancar de raíz los árboles
y sembrarlos en el cielo,
si despertar los hijos de la muerte
que encierra nuestro pecno.

HERIANO, amigo, poeta y maestro,
tú has comprendido mejor que nadie
la violenta necesidad del regreso,
que tiritita de vísperas,
del regreso ineluctable a la mar.
Los nombres sufren, hermano mío,
y lloran solos en avarienta oscuridad
y beben su soledad con la avidéz del náufrago,
en islas de carne desgarrada,
jardines muertos, lunas de sangre.

ES hora de sembrar nuestro corazón de manos,
y de esperanza,
de que estallen los gritos, las cadenas,
¡la sangre, por Dios, que estalle la sangre!,
que tiffa el mar de huérfana osamenta,
de humanidad,
que inunde calles, arboledas,
ensucie estrellas,
anegue ciudades,
abismos,
cruces...
y que morir al fin sea regresar a los huertos de la sangre.



Manuel MORENO

LOS DIEZ DEDOS QUE MIRO CUANDO DESPUNTA EL ALBA

"...y tus manos alzadas tocan dulce la luna,
y tu cabellera colgante deja estela en los astros"

(V. Aleixandre)



A Valentín Arteaga

Que juntar habría todas las amapolas, los derramados pétalos,
imprevistos corales, las esquirilas pregonando en las lomas toda la
paz que tienen tus poemas!

Y...

¡Habría que tener tu transparencia, dichoso corazón dime
pronto el nombre de tu barco, cabalgata de luz por estos campos redondos
como un beso!

¡Oh tu canción azul de versos en las manos cauces dulces inundan,
dasen cal en los rostros, subterráneos pozos que alzáense
en la pirámide triptico de los dioses!

Dejan dársena tus estelas, ¡ni una nube ilusoria te tocara las
naves, muchos haces de siembra son tu palio y el osario te
abrazan, verde junco de Dios cielos arriba!

Arcadas de mil pájaros tu popa va dejando, ¡vayas más lejos mariposa
de brillos molinera, espiral donde un niño hace amor
sinfonía, arpa que da su túnica en misterioso vuelo!

Tu tienes atesorado el gozo, -columpio en la patena más clara
de este sol-. Destellos de honda algarabía. Lluve aún primavera
en tus ojos, los diez dedos que miro cuando despunta el alba.

Tal la ribera matinal del espacio, el cayuco deslizas, -ondulea la
tierra el timón-, más arriba la espuma voluntaria crece agua
bebedora de luces.

Toda la altura hase abierto, nube recorre lo exterior de la
tierra. Tú, diario en tu cristal, tenaz das tu destello, mástil
que vela el cierzo, abanico encantado que a todos nos convoca
y tercamente insiste. En tu faro esperanza la gaviota tiene.

El verdor pregonado, paz y viento, -la tierra en la mejilla hace
el ocre campana y toda la sinfonía anuncia de memoria...,

¡serás siempre anticipo,
lienzo de primavera!.

Pilar SERRANO

COMO SI DE UNA PROFECIA SE TRATASE

A valentín Arteaga

"Sube su nombre entero por la yedra
rozando la sorpresa..."

(V. Arteaga)



l frágil canto de tus dedos
alimenta uno a uno tus versos.
No saben el sol ni la luna
ni los puntiagudos astros de la noche
amasar un pan blanco
para ocupar aquellas alacenas de cal y de verano.
En la quintería de la llanura se estremece la lumbre
frente a unos ojos huérfanos.
En las acequias ruedan cántaros y arpegios.
El mar te habita en los labios
y hojeo tus poemas si me besas.
Llego hasta las islas perennes
sobre una barca de nácar y fuego,
llego a ocuparte la memoria
con el sacrilegio de esperarte sin tiempo y sin prisas.
Disparo mis ojos hacia tí
como dos bengalas de esmeraldas
para adornarte el rostro.
Los almendros de tus manos
se tomaron cítaras
sobre el salterio de las letras.

Y así, quieto frente a mí,
me adivinas luces, voces, llantos y amoríos
como si de una profecía se tratase.

Trinidad SERRANO

A Valentín Arteaga



no hube de equivocarme
cuando hablo de tu ausencia
en la estrepitosa espuma
que ciega y no llega
por prenderte.

En la brisa falaz
bebo
el engaño de un supuesto.

Juan Carlos VALERA

DESDE LA ETERNIDAD

A Valentín Arteaga



Me repatrio en mi nombre. Retorno mi mirada
nacia aquellos recuerdos que sostienen mis cejas.
Con tus barcas saliendo por la aurora escribiste
mil libros de ternura callada y reverente.

Desde la eternidad donde depositaste
mi cuerpo terrenal no profanado nunca,
hoy respondo a tus versos con la lluvia a raudales.
Soy un mito de lumbre por tus cuatro costados.

Tú no les mientas nunca que fuí tan verdadera
como la vida misma. Desde la eternidad
te sonrío en silencio y tu entrega bendigo.

Jamás reconocimos los surcos del misterio.
Ni un solo pensamiento taladró la palabra.
El cuerpo no existía. Fuimos dioses los dos.
Pero jamás mordimos la manzana del aire
por puro amor tal vez, por puro amor intacto.

Solamente besaste mi voz desde el poema.
Ni la mejilla nunca te rocé con mi aliento.
Las vidrieras del miedo separaron los sinos.

Fue un sueño realidad detenido en su música.
Me escanció una vendimia todo un llanto de amor
mientras tú te alejabas a tu exilio despacio.
Se interpusieron ruertos, coca-colas azules
inventariando el llanto callado de perderte.

Sin paisaje y sin lluvia retorné a mis retablos
que * milan las llanas que jamás nos prendieron
la hoguera de la sangre. Ahora aquí ya te espero
hasta que deje el canto de escribirte poemas,
y vengas a este patio de columnas conmigo.
Inmortales los dos como lo son los dioses.

Alicia VALLE



8. EI mar de par en par



*"Al Parnaso se entra por el Angel del Mar".
Ya dentro vuela el tiempo sobre el olvidadizo
reino de la muerte. "Morir: la coartada que
se inventan los ojos por descansar..." Mientras
escriben sus amigos poetas esto y lo otro,
Valentín Arteaga siente que le regresa el
mar hasta los labios, como una antigua caracola,
como un nombre, y no enmudece nunca la lira
de sus olas, porque el mar de la palabra
de Valentín Arteaga acaso no sea el mar,
sino lo infinito general sin orillas. De
par en par. Tiene su poesía la apertura de
los paisajes lejanos, o Dios brilla antes
que el mar, y aún despues. La palabra no
pone jamás puertas a oleaje. Este no tiene
otro oficio que enumerar los latidos del
privilegio que no consiente naufragios.*

CAER EN EL INFINITO

Para Valentín Arteaga



Cierto que no quiero
ni siquiera enterarme
de cuán profundo es
y cuán olvidadizo el reino de la muerte.
Me niego a pactar con ella.

Quedar de mí un nombre
y alguna que otra cita?.

Las mentes que tan sólo de citas
se alimentan
no son el mejor pulso
para espíritus como el mío.

Luis de CAÑIGRAL

EL ESPIRITU DE LA EROSION

Al poeta Valentín Arteaga
en su homenaje



on las aguas
quienes juegan a ser
amantes suicidas.
Es el pájaro negro quien acosa
cuando una luz vaga
parece ser verdadera si sonríe
el ser amado. Es la mano sutil
quien trastoca las agujas del reloj,
asediando nuestro pasado.
Morir es verdadero, pero ésa,
la mentira vaga que hay en todo,
ésa, no desaparece; vive,
habita el oído de toda criatura
y se razona
mil veces
con la misma pena.

Raúl CARBONELL

SÚPLICA

A Valentín Arteaga
gran poeta y amigo.



QUE vuele el Tiempo y acabe
tanto huracán aterido;
que no me vuelva a traer
la tristeza en que vivo.

Secos mis ojos: no lloran.
Junto los labios, ya fríos,
para no gritar un nombre,
que se acabe, consumido

Atrás se me vaya el tiempo,
atrás dolor que ya vino.
Lento lo asumo, me hiere
atosigante y maligno.

Las horas van arrancando
del alma ronco alarido.
Que pase el tiempo y se lleve
sus pedazos al olvido.

Carmen CONDE

((de la Real Academia)

ESBOZO DE UN HOMBRE

A Valentín Arteaga



El mar. El mar. Un caminante coge la escoba de San Martín de Porres y barre todas las olas del mar. Cuánta sed de poesía y cuánta sal en sus ojos. Sin duda viene de lejos: de un molino de viento donde riman los oros rabiosos de la Mancha, de un pecho o una planicie sin más árbol que el hombre.

De par en par la luz. Valentín Arteaga ha dejado su barca varada hacia el Sur. Los peces y la música que acuden en tropel con la marea, directos se dirigen al pan de sus manos. Avanza lentamente hacia el horizonte con un puñado barroco de nubes, un fanal de trigo, pámpanos sedientos y litúrgicas campanas. A lo lejos, casi de espuma, se alza entre las olas el cuerpo inquietante, femenino de la Poesía. Cuánto revuelo de besos, ola arriba y ola abajo, qué marejada de labios.

Clerecía -dijeron- era el santo y la seña, amor el hombre y ternura su mano. Al Parnaso se entra por el Ángel del Mar.

Mercedes ESCOLANO

ONCE INFINITIVOS

A Valentín Arteaga



I

Recuperar la vida
es guardar el silencio.
Decir adiós. Soñar.
Soñar hasta que la luna despierte.

II

Ir de la brisa del agua a la piedra
como va el hombre
del amor a la nada.

III

Huir. Huir. Huir solo
hasta la noche,
hasta la azul caricia
de unos frágiles dedos.

IV

Saberse feliz un instante.

V

Partir desde la nada
a buscar infinito
o volver a la nada
y encontrar una flor.

VI

Tener que cambiar de paraíso.
Cerrar la puerta
hasta otra vida.
Hasta la otra ola.

VII

Buscar sísifos. O ausencias.
O batallas repetidas.
Hallar nada
y esperanza.

VIII

Morir: la coartada
que se inventan los ojos
por descansar.

IX

Bosteazar piélagos o dioses.
Dejadme
que de la muerte reniegue.

X

Sacudir las estrellas
hasta alcanzar
los ojos de los ojos.

XI

Enseñarle la lengua
al espejo. Y gritarle:
Estoy perdido.

José A. ESPEJO

"...como estoy
a dos puentes de fe de la esperanza
de amarte..."

(V. Arteaga)

A Valentín Arteaga



o quiere el mar que te presente,
que no sepa tu nombre. Así no hablara,
y por mis piernas olvidase yo
cómo engalanar la puerta del patio
que queda abierta siempre, a la altura
de las manos que nunca se conocen,
cuando adorno las uñas por si acaso
y sólo la bruja me cede sus hechizos,
y corro a darte los buenos días
no vaya a ser que el susto me descubra
con los labios abiertos, que no sea preciso
vestirme de gala para recibirte
mientras Venecia sabe que del agua me llega
todo el alborozo temprano de tu voz,
y mis manos reciben una góndola delgada
y la piedra y la luz confunden tu silueta,
apenas tiembla la noche en tu sonrojo
cuando descalzo la lluvia como el primer día,
o el puente se entrega por tus ojos de niño
como un pan muy tierno descomulgándose.

Invierto tu presencia. Descorro tu redondez
y escojo el tinte castaño de tus ojos,
y me excedo en mirarte, ni siquiera ordeno
a los duendes que se fijan en tu pelo
pues ya tiene el aire antes de tí
la sensatez precisa para enhebrar mi boca,
y completar un pórtico de dicha
por debajo de mi vientre restaurado.

Narcisa ESPINOSA

SENTADO SOBRE EL POLVO...

A Valentín Arteaga

"Ay, cruel tragedia
divina y terrenal, que no termina
de dar con la ternura, rosa en luto
la voz bajo esta sombra que en los pliegues
del beso esconde el miedo y la ceniza"

(V. Arteaga)



La noche apunta con sus filos de espera.
Mi cuerpo desciende
por llanuras de viento donde el mar
escribe su novela triste.
Desterrado he sido
por imprevistos grabados de olas.
Surge la bóveda de la promesa
surcando la respiración del sol
mientras su ternura se viste de limpios deseos.
El silencio calla
por encima de un mundo vigilado
por leones asomándose con sus cinco sentidos abiertos.

El germen de la conciencia
dulcifica la sangre que, desnuda, muere.
Mi verdad no es más oscura que las tinieblas de otros.
Mi libertad sería un arte
si obtuviera el embeleso
de la independencia abrazada
al resplandor de la pureza.

Cicatrizo mi fuego
cuando construyo mi edificio real
junto al ánimo de mis sentidos,
y mi voluntad busca libertad en el espíritu.

Sentado sobre al polvo de la confusión,
pienso en las falsas dedicatorias
que la vida me ofrece con su duro suelo.
Desde el corazón de un almendro
escucho la tempestad de mi fiebre
perdida entre las piedras.

Siete paredes distintas crucé
al intentar mi fuga.
Viajé por un mundo de signos
y ruidos de locura. Y una capa de calor,
hilvanada de esperanza,
movió sus nubes cayendo
en mis pasos a la deriva.
La vertiginosa mirada del huracán
agitó sus hachas y lanzas de fuego.
Una rama posó sus hojas en mi frente.
Su tacto de algodón
alegre y suave, acarició la nebulosa
de mis años perdidos.

Fuy millonario de luces profundas.
Nunca grité con tanta fuerza.
Una profunda llana
soleó mis heridas de soldado moribundo.
Más allá, sobre una mina de alegría,
esperaban las alas de mi barco
resucitando ante la desaparecida noche.

Mariano ESQUILLOR



FRAGMENTOS DE "ORFEO"

A Valentín Arteaga



Un niño nace para vivir joven siempre.
El niño comienza a andar y los pájaros
en su cabeza se posan,
en sus hombros. Lo lamen los animales
con mansedumbre. Crece sin tener maestros.
Nada sabe. Sabe todo.
Todo sabe.

Sabe nada.

Sabe hablar como los mirlos
y canta cual ruiñeñor.
A leer y escribir aprende
un día, como jugando y ya nunca
recibirá más lecciones.

.....

Silva el viento a su lado y las nubes se acercan.
Se ensanchan los caminos,
se abren puertas a su paso,
cobran vida las piedras,
los campos se estremecen como el lomo de un gato.
Lo saluda la larga trompeta de la lejanía.

.....

Su voz es voz de bajo, voz de barítono y voz de huracán.
Su voz se columpia como un balancín,
acaricia los higos
acaricia el sueño y despierta a los convalecientes.
Su voz de aeroplano silencioso, extendiéndose como el
(agua,

se unta como el foie-gras.
Voz de lejanas equivalencias,
voz hueca rellena de traviosos duendes,
voz de cuento infantil,
voz con dentadura de platino,
voz de cuerpo entero que suena en todos los sitios.
Manos sin guantes
donde los animales acuden a beber,
manos como apoyadas en el pomo de una puerta,

que acariciaban las vertebras de los montes.
Pecho como caparazón de molusco, que tiene
movimiento de balanza.
Ojos de faro y de muchacha asustada,
de llanura y escarpada, de escaparela y de perla,
ojos repletos de sal.

.....

Nansas estatuas de humo
a su paso, son las fieras.
La ciudad es un bosque,
el bosque es un palacio.
La muralla es un río,
el río una colmena,
la colmena un paraguas,
el paraguas el sótano,
el sótano la nube,
la nube es una estatua
la estatua tiene sueño
y dice: "No sé nada,
estoy muerta del todo".

.....

La noche era la tarde
y la tarde la lluvia dentro de una moneda.
El clavo era una vela y el barco una cerilla.
En la calle se acababa el verano,
pero el cálido invierno
daba un balido triste
dentro de cada oreja.
La musa del domingo no llevaba vestido
y sus honros sin guantes
estaban junto al río ahogándose a pedazos.
El pan sobre la mesa decía: "No es tan tarde".
La puerta se callaba presa de aburrimiento.
El sillón de madera tenía cinco patas.
Permanecía inmóvil para observar la luna.

Antonio F. MOLINA



EL GENEROSO CAZ, EL VERSO AMIGO...
(DOS SONETOS DE GRATITUD PARA VALENTIN ARTEAGA)

"...El poeta despeña como un caz su ternura"

(V. Arteaga)



I

O quisiera quedarme a medio vuelo,
sin repasar aleros campesinos,
para ver más de cerca los caminos
y sentir más afán de altura y cielo.

Te tomo como ejemplo. Tu majuelo,
el generoso aroma de tus vinos,
la luz simbolizada en los molinos,
la rapiz que te clava en este suelo...

Fiel a la tierra, -claridad pristina-,
tu pan de amor se amasa con harina
del mejor candeal de la llanura...

De tal manera, buen poeta amigo,
nos has dado tu verso con el trigo
y has desbordado el caz de tu ternura.

"...Poned aquí el oído sobre esta caracola..."

(V. Arteaga)



II

Gracias por todo, Valentín. Hermosa
es la palabra de tu noble entrega,
el poema que hierve en tu bodega,
la fragancia sincera de tu rosa...

Las cosas son así, mas, cada cosa
debe ser contentada. Se trasiega
tu bondad en el verso. Y en la ciega
confianza de tu luz, mi mariposa...

Porque están Dios y el mar en tu patena,
porque el cardo te salva y te condena
sobre una tierra casi siempre sola...

Porque tu voz es canto de alborada
acudo presuroso a la llanada
para escuchar la antigua caracola.

Rafael FERNANDEZ POMBO

POEMA ROMANO A VALENTIN ARTEAGA

"No sé quién habré sido, ni hacia dónde
regresarán mis pasos"

(V. Arteaga)



Te recuerdo en los puentes del Tíber apoyado.
Las cúpulas truncadas cruzaban tu memoria,
los árboles del Pincio, las rojas rebanadas
de las sandías, todos los puestos de las flores.

Los dos, juntos, nos íbamos cada cual a sí mismo,
mientras Roma en la tarde quemaba su belleza:
Tú, manchego segando la sed de tus tinajas
transparentes y azules que el verano disloca.
Yo, en la lluvia sonora de un cipresal absorto,
mostrándote las diosas de imposibles liturgias.

Te recuerdo, devuelto a tu costumbre antigua,
emparentado siempre con tu tribu solar.
Mientras, yo tomo aún a tus altos poemas
sin saber si te fuiste o estás disimulando
tus sueños acodados en los puentes del Tíber.
O la Mancha es un barco nunca anclado en tus versos.

Desde esta luz te escribo para desmemoriarte
ese ardido futuro que deshojas aún,
casi gemelo mío que inventas la esperanza
de la pureza íntima que existió alguna vez
entre los dos, poetas sobreviviendo acaso
de ese fuego que cruza por tu literatura.

Cayetano IRANZU

PALABRA EN TRANSITO

A Valentín Arteaga



SOBRE tierra de nadie bate de amor sus alas
el poeta, ave que nunca quiso ser estatua,
cárcel o desván, ave que es velero y ápice
de lo durable, fragmento de ácido y océano,
diván varado en la memoria, ciega urgencia
de vagar,

de batir de amor con alas que se elevan,
que remueven toda ausencia en el aire acumulada,
que urgen al agua y al asombro del agua, prenden
la tierra toda de quimeras, y a las horas
hieren con preguntas, y a los cuerpos lavan
con respuestas,

palabras, devenir del verbo
sobre tierra quemada, presencia toda del hombre
buscando la enormidad del mundo en los rincones,
en los labios tan livianos de su tiempo
que va encendiendo con preguntas,
con preludios,
con palabras.

Enrique PELLICER

TESELAS SOBRE EL VIENTO

Para Valentín Arteaga

I. VENDAVAL



Se alzaron poderosos desde lo más profundo de un cráter donde estaban bien sujetos. Rotos fueron sus grillos en pedazos. Abrieron fauces imponentes y extendieron tentáculos informes, viscosos, lúbricos, en torno al cuello de los árboles. Precipitaron las cúspides de nata, volcaron naves como relojes sobre crestas de océano, barrieron los desiertos de sus sitios seculares y derrumbaron los muros del palacio más sólido. Eran legión. Todos uno y diversos en su voracidad sin freno. Se multiplicaban escindidos de sí mismos como con prisa. Nadie comprendió a tiempo las temblorosas frases inconexas de la anciana sibila, cuando mascaba frenética el laurel junto al fuego sagrado. Ninguno supo traducir los jeroglíficos grabados en el friso sobre la columnata de acceso al templo. Ya daba igual. Ya tarde. Volaban tejados cual palomas, impelidos hasta el confín del mundo; ríos como fantasmas desplegaron sus sábanas sin luna; cayeron al abismo desorientadas águilas ciegas; olvidaron su memoria vertical las setas y peñascos itinerantes rodaban dando tumbos, cuando un cúmulo de cabras grises entrechocó sus cuernos por el cielo.



II. VELETA

Giro sobre mí. Permanezco en la cumbre de tanta vertical. Más arriba de los siglos, giro. Sobre caminos y avenidas, giro. Por encima del odio, del amor y de la muerte, giro. Desconozco la derecha, el número y el septentrión. Tampoco sé quién soy. Tal vez un dios menos me hizo, pero no le pertenezco. No soy sino del aire.



III. VENTOR

El Cántico espiritual es el anemómetro de San Juan de la Cruz.



IV. VIGIA

Cada mañana llegas a las rocas del cabo y, desvestido el chándal, corres kilómetros de arena a la orilla de un mar que despereza azules, verdes, grises, blancos... Emprendes la carrera veloz hasta el sitio de siempre: el chiringuito donde, luego, a medio día, confundido entre cuerpos de nivea, tomas un vermut con los amigos... Ahora el sol no es de papel cuché y en esta soledad de bruma, sólo tú eres arteria móvil, músculo tenso, sístole muda, espiración fogosa, epidermis lacada, huella única en la playa... Mientras corres, a veces, empuja en tu espalda un aliento cálido o sube por el vello de tus piernas un suspiro audaz, pero otros días sopla de frente como una fuerza pegada a tu torso, adherida a tu vientre... que quisiera impedir tu arribo a la meta... Entonces, una vez detenido, con la mano por visera, interrogan tus jadeos al mar, al sol, a las cabezas de los pinos... por qué esa excitación íntima de poderío y gozo... No lo averigües... De noche, mientras duermes, yo seguiré silbando al amor de tus sueños...



V. VACIO

A tierra.-Me arrebató las nubes y no llueve.
El agua.-Enmudeció la lira de las olas.
El fuego.-Sin respirar, mis ascuas son ceniza.
El poeta.-Ya no podré volar. Se apolillaron mis alas.

José María TORRIJOS

EPISTOLA SENTIMENTAL A MI PROPIO

Para Valentín Arteaga



Le recuerdo que no he visto a Esquilo
En Epidauro

Soy mi propia tragedia
Y soy feliz en mi desdicha
Pero a tí no te interesa
Ni a mí tu personal persona
Y el ruido de tu voz

Este aire no es el mar pero aloja
Máscaras imposturas Alguna vez
Pisaré la escena de Epidauro
Es probable que nadie me aplaudirá
Solo acongojado mi máscara la mejor

Enrique TROGAL

9. Vasar y empotro de Jaraiz



En el "Vasar y Empotro de Jaraíz", cuando es primavera y madrugan florecidos los linderos del paisaje de la Mancha, o por las solapas de su anchura se torna el cardo a hacer peregrinación y emblema del deslumbramiento, colocamos estas palabras de Valentín Arteaga junto y ante la solidaridad que nos regala el homenaje de los poetas de **España**: "No hay que nombrar, hay que besar con la calentura del alma el lenguaje, que se entrega en la suprema y absoluta sorpresa de serse... Toda mi tarea de poeta se realiza en la ternura". En la tertulia de nuestra cocinilla de Tomelloso nos entretenemos, pues, ahora también, con la comunión amorosa que las palabras poéticas proporcionan. El Grupo "Jaraíz" advierte cómo por las lumbreras del alma se le llenan de luz sus bodegas, nueve números, nueve tinajas, nueve vasos de amistad lírica para nuestro compañero y paisano Valentín Arteaga.

ACERCAMIENTO A LA POESIA DE VALENTIN ARTEAGA



La poesía de Valentín es, ante todo y antes que nada, estética. Con el reducido inventario de los fonemas de la lengua logra ritmos y efectos musicales imprevistos y nuevos; con las palabras del idioma, manoseadas y gastadas por el uso, crea un personal universo de sensaciones. Sabe recrear el lenguaje transformando lo denotativo en connotativo por obra y gracia de la plurisignificación.

El poeta debe ser testimonio de la existencia, pero mucho antes que esto tiene por misión la de crear nuevos mundos estéticos y sensoriales.

Valentín Arteaga ha logrado a través de su extensa e intensa bibliografía una obra madura y relevante y sobre todo ha creado un estilo propio y personal, un estilo que yo me atrevería a definir como "nuevo misticismo sensorial".

La poesía de Arteaga es eminentemente erótica, de un erotismo vital y contemporáneo, pero que se alimenta, no obstante -no se sabe por qué extraño cordón umbilical- con la profunda y desasosegante pasión amorosa de San Juan de la Cruz -el mejor poeta del amor y el mejor amante de los poetas-. Y se alimenta también de la exultante sensualidad del *aisna sismaton*, del Cantar de los Cantares. Más, como ya he dicho, se trata de un erotismo nuevo y diferente, alejado de mimetismos y de meras influencias líricas.

Es la poesía de Arteaga, le pese a quien le pese, una poesía profundamente religiosa y trascendente, cuya meta final es siempre el ansia del encuentro con la Belleza Absoluta, si bien el recorrido pudiera parecer a veces, heterodoxo y paganizante para aquel que no sabe extraer el significado profundo de la parábola que lo sustenta.

"Dios tiene ojos de mujer, de niña, de niño. Mi poesía es religiosa, porque en el fondo, anhela asistir, enfebrecida, ilusionada, al nacimiento de las cosas esenciales a base de acarreo absolutos de vocablos, de sintagmas, de versos que ineludiblemente deben convertirse en símbolos" -dirá Arteaga de su poética- para añadir más adelante "Sólo en la imagen y en la metáfora radica la poesía religiosa, que no tiene nada que ver con el mesianismo y, menos, con el texto político de la ideología que sea".

La poesía de Arteaga consiste en una oblación, en una especie de santidad lírica a través de la experiencia, la cultura, la vida, el arte, la propia biografía para confesión y arrebató. Y en ella cabe todo, desde las empujadas calles de Cíptana, borrachas de luz, a los paisajes de Italia, dorados de clasicismo latino, a las playas de Menorca. En la decantación de sus versos se conjugan

de "alma" es el eje del discurso poético arteaguiano que se eleva del substrato platónico para legitimarse. Todas estas imágenes, aunque vividas inconscientemente y elaboradas en poéticas anteriores, se elaboran explícitamente en la poética arteaguiana que consiste en la elaboración y reelaboración de la noción de "Absoluto" (esto es: Dios) y de la noción de "alma" como parte integrante del "yo arteaguiano" concebido como realidad físico-espiritual. Esta poética se diferencia de otros discursos poéticos actuales, etiquetados de diversas maneras, estrictamente en la producción de esa noción de "Absoluto" que es la que determina toda la lógica interna de sus textos. Exponer esta lógica en las dimensiones de este trabajo no es sencillo, pero sí intentaremos, al menos, su esbozo.

De toda la producción poética de Valentín Arteaga hemos elegido el poemario UN ROSTRO VA EN SU MÚSICA porque en él se elabora con toda nitidez la noción de "Absoluto" y la noción de un "alma" como "entes" previos al mundo sensible. El poemario consta de cuatro partes perfectamente articuladas entre sí y en las que van surgiendo esas temáticas aparentemente "animistas", pero que en este discurso surgen como determinantes de esa variante idealista de la ideología que suele llamarse pequeño-burguesa. En el inicio del poemario hallamos ya términos claves en la poética de Valentín Arteaga: sol, ojos, luz, agua, etc. No son términos abstractos, sino términos que poseen una significación concreta a través de la lógica que los determina y en la cual se inscriben. El rostro que se diseña tiene todos los elementos inherente a un retrato humano: cabellos, frente, cejas y ojos, mejillas, boca, dientes, pómulos. El retrato -según Platón- no nos da una nueva imagen de ese "ser" que representa, pues la imagen ya la tenemos; tan sólo nos da ocasión para traer a la conciencia, a nuestra conciencia, los contenidos que ya poseemos a priori. El rostro que se manifiesta como "un diseño en el aire revelado" no es el verdadero, porque lo verdadero -también según Platón- es la idea misma y no el modelo que conviene en ella. Sabemos que el neoplatonismo concibe la producción ideológica como "Extracción de la Idea oculta en la Materia". Esta es la clave que determina la estructura productiva del platonismo poético, y del mismo modo podemos afirmar que también es la primera clave de la dialéctica productiva del discurso arteaguiano. El rostro se enuncia como materia: "rostro en piedra", "rostro de roca". Materia en la que la Idea está oculta. Todo esto implica el siguiente proceso: a) necesidad de extraer la Idea: b) necesidad de esculpirla: c) necesidad de un escultor: d) necesidad de una labor de extracción.

En el discurso arteaguiano, en última instancia, el escultor es el "Absoluto" que se manifiesta mágicamente como "un diseño en el aire revelado", pero también lo es el poeta: "yo soy maestro/de ceremonias sólo". El proceso de extracción lo inicia el "Absoluto" magnéticamente: "...súbito imán/de belleza en la nada..." o "...desnudo el mar/tira de nuestros ojos...". El "imán" es la expresión de la fuerza divina que "induce a las almas" a que se manifiesten, mientras que "aguardamos/profundas añoranzas, los países/del corazón antiguos...". En la serie de poemas de esta parte denominada "Música de amanecer" se produce como "objeto ideológico" el proceso de la "llamada" y del "despertar" del "alma". El movimiento de atracción se designa en el discurso poético arteaguiano con el término "amor": "son los ojos/los que tienen que amar ante el estruendo/del cosmos que diluía"; "Todo es amor ahora. Sólo, sólo/amplíase la luz./La llamo./Me obedece." A esta llamada del "Absoluto" responden, tanto el "yo poético" como el "alma" y el proceso del "despertar" culmina: "...¡Nazco, nazco!/ Ella también despierta incontenible/en medio de los astros y su música".

"CUANDO LLUEVE EN TUS OJOS", DE VALENTIN ARTEAGA

(Comentario crítico en el día de la presentación del libro, Torrejón de Ardoz, 26-mayo-1976)

Si no se considera édito un trabajo literario leído ante un grupo de amigos y fieles que acuden al acto de presentación de un libro, yo tenía inéditas desde hace once años las consideraciones a cerca del amor que originaron en mí las primeras lecturas de "CUANDO LLUEVE EN TUS OJOS", de Valentín Arteaga. Ante este silencio y porque, cuando estos días preparatorios del homenaje que el Grupo "JARAIZ" va a rendirle al poeta criptanense a través de su "CARDO DE BRONCE", releo trabajo y libro, estimo, en la confrontación de ambos, que no sería desacertado extraer de la presión de mis carpetas los citados folios para darlos a la publicación impresa tal y como en aquella tarde de mayo surgieron oralmente en el hermoso y limpio ámbito de la iglesia que Valentín regía entonces en Torrejón de Ardoz, invitando, además, a que algún estudioso pudiera dedicarle su tiempo y trabajo, en desarrollo más amplio, a un tema tan sugestivo como puede ser "el amor en la poesía de Valentín Arteaga".

Yo dije entonces y publico ahora que...



Lo primero en hacer es dar las gracias a Valentín por haberse acordado de mí para esta presentación de su libro, y, segundo, corresponder a todos por haber venido a escuchar nuestra palabra.

Pero resulta que esta generosidad, esta petición de Valentín me ha puesto en un aprieto, porque no considero nada fácil hablar de él aquí, donde el que menos de vosotros lo conoce mejor que yo, y sabe de su obra más que suficiente, para comentarla. A ratos pienso que ha querido ponerme a prueba con la razón ya apuntada y, como repetiré más adelante, por la dificultad que entraña presentar y comentar un libro como es "Cuando llueve en tus ojos", estando escrito por un sacerdote.

Ya en el primer poema "Pregunta liminar", no introduce de golpe en una duda que vamos a conservar durante toda la lectura: ¿Frente a qué clase de amor nos encontramos?

¿Amor hombre mujer?

"¿Qué hay dentro de un beso, qué palabra como frágil estuche ensimismado esconde la caricia o la pronuncia?"

¿Amor teologal? Porque casi siempre se halla sediento de un logro inalcanzable: la verdad que no está en la soledad del alma:

...porque un día
me digáis si un abrazo puede acaso
restaños el mal y bien lavarnos
la soledad del alma."

¿O busca el amor-humano?:

"El amor, digo yo, tendría que darnos
a los demás, los pobres, los que nunca
conocieron la luz ni los geranios
ni las barcas, ni a Dios, ni el mar tan liso."

¿Qué amor persigue entonces el poeta, el sacerdote, el
hombre?

Porque no es fácil separar los tres caminos, yo estoy
por afirmar que su amor va más allá de las individualidades, que
tiene un horizonte tan amplio y tan limpio como la tierra y el cielo
de su pueblo natal; que no en valle los cimientos de la infancia
tienen validez en el rascacielos de la vida. Y eso que en este libro
ni palpita ni vive para nada ni nunca el paisaje ni las tierras,
ni el clima de la región manchega.

Lejos, lejísimos queda la influencia de la llanura térrea:
apenas algún afloro de gavillas, mieses, vendimias o carros que
transportan y que recuerda el poeta de tiempos circunamente pasados.
Ni siquiera la lluvia de la meseta, esperada tantas veces, nos puede
recordar un paralelismo o influencia en el libro. Por vez primera,
Valentín se nos aparta de los ámbitos a que nos tenía acostumbrados.
Llanos de Valdepeñas, Tembleque, Tomelloso y algún cerro criptanense,
con su sol y su sequía, con su viento y sus seres curtidos, hallan
una metamorfosis marina, marinera, unos campos con bosques, árboles,
muchos árboles, y sobre todo agua: lluvia. La lluvia es una permanente
metáfora que todo lo cala y lo rocía, lo envuelve, partiendo desde
el propio título.

"Veo caer la lluvia en tu mirada.
Ve el paisaje entero estar calándose
de lluvia hasta los huesos y los árboles."

¿Es el llover en los ojos del alma un símbolo de lágrimas
por algo inaccesible, prohibitivo? No lo sé. Posiblemente no lo sabré
nunca. No lo sabremos. El libro, con su gran claridad de palabra,
es una incógnita temática y de replanteamiento: "Arteaga -dice Angel
López Martínez- nombra al amor desde el sentimiento, desde su ser
sin tasa, y lo expande, y nos lo muestra desde todas las arboledas
de su alma. Amor Alma, amor hombre-mujer creado y traslúcido que
existe a través de la lectura oculta, amor ennoblecido y limpio que
permanece".

Otro símbolo: la isla. Esa isla que también existe, que
palpita en todo el libro, que es escenario, con sus tupidas arboledas,
su viento y su lluvia... ¿Es el nombre-sacerdote isla para el amor?
¿Es, acaso, árbol que rodeado por los demás árboles-seres, soporta
y sufre la sombra?

"El amor, isla sola. El cuerpo, fruta
madura de tristeza..."

.....

Amor es un dolor, una distancia,
como un destierro dulce, como un río
que se estrella en las venas, un ocaso
volviendo con la lluvia al sufrimiento
cotidiano."

Valentín ha dado un giro total, con el presente libro, en relación a sus anteriores; nos ha puesto en un aprieto a quienes hacemos crítica o presentación (como en este caso), de libros. Qué fácil fue para mí hacer el comentario de "Dios en voz baja":

"Poeta -decía entonces- de cuatro libros publicados levanta en casi todos la espada de su verso en favor de una humanidad que se deshumaniza, y en constante anhelo de Dios como meta. Hombre y sacerdote, eleva el sueño de sus vocaciones hasta la altura de la razón, embelleciendo la poco espiritual etapa que la ha correspondido en suerte a nuestras vidas. Nada iluso, con los pies sobre la tierra, dirige al cielo la mirada y el pensamiento convertidos en alma y espíritu".

Pero resulta que ahora Dios se nos hace amor-Alma. Y Alma lo escribe con mayúscula "porque -dice-, en la historia de Adán, Eva se llanaba de verdad, Alma. Después, en el jardín, fue la lluvia. Y en este surrealista y largo poema enamorado, Eva, cuando acude, construída por el anhelo, trae en sus ojos la lluvia, y esta lluvia es amor. Pero habéis de saber que siempre que llueve hay muchísima lejanía corporal entre el poeta y Alma".

Y es que para Valentín, como para Santa Teresa, Dios está hasta en los pucheros de la cocina. Se asoma al mar, a los caminos, a las casas de pueblo, a las arboledas y a los llanos; lo busca en las madrugadas, en las noches de sombras o de lunas, en las mañanas de luz con las que llena su poesía; lo encuentra en el ser pobre, en el humilde, en el hombre... o en la mujer:

Yo te he esperado
en cuanto bello había y sorprendente
por los campos de Dios.

Y Alma, en éste surrealismo de "Cuando llueve en tus ojos", puede ser una fantasía de mujer real, algo impalpable que acerca a Dios; pero nunca realizable amor.

Nunca te abrazaré. Es imposible
abrazar la cintura de la lluvia.

Un tanto becqueriano, pero del Bécquer de las Leyendas, de las persecuciones irreales y misteriosas, de los rayos de luna, de bosques umbrosos y fuentes escondidas, no de las Rimas, aunque Arteaga nos esté hablando y escribiendo en verso, nos envuelve y nos rodea, a veces, en su misterio:

Dime:
¿de dónde eres? ¿desde donde llegaste
a este campo extendido de tu nombre
para sufrirlo tanto? ¿Qué llanto de alfarero
mezcló en tu clara greda sus lágrimas sonoras
para hacerte vasija de musical tristeza?

=====

Eres

luz misma t . No me es posible
abrazarte, romperte ni pensarte.
Te vas de t . Desnuda,
transparente te deslizas,
rayo de sol, de luna, pura llana
fugaz, un parpadeo
de lucero imposible.

Y nos hace pensar en el amor hombre-mujer arriesgado,
tenido y deseado: "Tiras de mí con fuerza", nos dice en el principio
de uno de sus poemas-fragmento, y lo termina "Te quiero tanto, que
sin tu amor me talo y descortezo". O en otro: "Quiero,/ Alma, sembrarte
a Dios/ y luego/ esperar/ el prodigio de tu vientre".

Pero no ha de invadirnos esta idea, no hemos de pose-
cionarnos de ella; ha de pasarnos como una visión, como un relámpago:

Sólo aman los ojos, Alma.

=====

Lo demás, son silencios, son palabras
de tierra sobre tierra
deshaciéndose.

Y nos acerca al milagro lentamente, nos demuestra que
acariciar la tierra, besar, haber mirado el trigo, crecer la luz
en las manos, ver los pájaros, y el mar, y el ocaso, los niños en
la playa, el beso de algún día, o si el alma de Alma, acaso, se le
ofreciera virgen, no sería todavía el amor.

Por supuesto que no ignora que en todo ello hay una ternura,
una validez, una vigencia que intimida y arrastra, que confunde al
ser; pero no basta. Es insuficiente a la plenitud de su total conciencia
con la palabra amor, según entiende y la interpreta el poeta. Hay
algo, otra cosa, otra razón, otra fuerza más amplia y potente, partiendo
en todo momento desde su alto puesto de observación, desde su sensibili-
dad de hombre que sueña con un mundo casi perfecto, humanamente bello
y comprometido con la verdad de Dios y de los hombres. Sus grandes
arboledas, mares, islas, montañas, sangres vertiendo fuego, latidos
alimentando nostalgias, nos simbolizan todo un tema de amplio Amor.
Alma es de pronto "piedra para el descanso, piedra para subir a Dios",
es entonces camino, medio, vehículo para llegar a un fin:

Después que existes
todo es andar a Dios
solo y desnudo.

Sencilla y conscientemente el camino y la meta est n
firmemente marcados: el fin es Dios, Dios extendido, prodigado,
repartido, el Dios que es humano amor en cualquier parte. Est  en
en Alma y en el alma de las cosas y de los seres, que no es otra
razón que ALMA con mayúscula.

Ni el propio poeta puede singularizarlo; le es imposible
unificarse en aquel primer pensamiento a que nos induce al lector:

Si ahora
te besara, me besarás, mujer ¿Qué
ocurriría?
!Estaríamos solos para siempre!

Presé una soledad total: la oscura soledad de sus yo
apartados, alejados. Y ha de poner cespéd al camino, recorrerlo y

Creces, Alma
en milagro
.....
en extraño mirar, verde
vendimia; tanto creces
que Dios está muy cerca
y me sonríe.

Y ni aún esto le basta; le es insuficiente. al fin-amor
que pretende: es necesario una mayor entrega. Se la exige, y la exige
en plural petición:

De rodillas
pongamos nuestro amor
mientras El cruza.

Y escrito este El así, con mayúscula, creo que nos aclara
todo y sobran las palabras del comentarista.



Nicolás DEL HIERRO

NOTAS SUELTAS DEL HOMBRE VALENTIN ARTEAGA

MANCHEGO Y POETA



oincido al apuntar estas notas, con la lectura y repaso de mi trabajo sobre la aportación castellano-manchega a las letras españolas, preparadas ya para su publicación, y que, indudablemente, contará con su nombre en la cita de tantos que se añaden en una segunda parte sólo, por el momento, en trance de apunte. Y, por realidades, su trayectoria, forzosamente, se ubica en ese "trasiego" de voluntades múltiples con que he venido señalando la inquietud y la aventura manchega.

"Incardinado" en unas islas, sirve su vocación religiosa en el tumulto de un pueblo grande madrileño, y recalca -que no por descanso ni localismo- en La Mancha del Tomelloso, lugar de extrañas incidencias literarias. Y al afán de cada día, añade connotaciones literarias de las que resulta mentor, director y aun mecenas espiritual. Cardo de Bronce titula una publicación, bellamente preparada, donde florecen nombres y conductas, letras y valores significativos. Vilano en trance de frutecer enreda su trasporte al viento colándose en cada línea o verso por las rendijas del ojo que lo lee todo. Valentín Arteaga, prebitero, poeta, conductor de extrañas aventuras literarias.

Autor ya de tantos poemarios donde el amor se prenda y engrandece, atiende apariciones, recoge cartas y aun las envía por no sé qué múltiples esquinas y locutorios del mundo. EL hace buena la trenza que más que atar une, requiebra y se te une. Lo tuviera también por paradigma de mi entender que somos los de estos parajes, abiertos siempre, en camino por los caminos del mundo que nunca nos es ajeno. Y bien quisiera, si supiese, sacar orígenes al apellido y sentar las ancestrales raíces. Pero lo mucho suyo está por la poesía y entre poetas hemos de colocar la silla.

Me dicto de memoria. Y pienso en nuestros encuentros de Torrejón, Madrid. Pero hallo que es Tomelloso donde puede recoger cada instante y darle lugar a la amistad que me retiene a mi mismo en su sonrisa. O me lleva a traerle, acá mismo, palabras del encuentro. A mi rincón luego llegan sus libros. Que a Valentín le cuadran porque si amigos, preocupaciones, listín interminable, apostolado continuo entre púlpito y cuartilla. Ojalá siga constante labrador y peregrino, esas dos cosas paradójicas que hacen del manchego asiento y recorrecaminos.

Carlos DE LA RICA

ARTEAGA Y LA GENERACION DE LOS SETENTA



No se me oculta la dificultad existente en designar quiénes y qué requisitos deben poseer los escritores de una determinada generación. Por supuesto están superados o desprestigiados los métodos generacionales aplicados al estudio de la literatura. Y, totalmente de acuerdo con José Luis García Martín, nos parece que no es decisiva para esta clasificación la consideración biográfica. Más bien estamos en la línea de la publicación del primer libro, junto a cierta línea poética que une, subterráneamente, a poetas -en este caso- de lo que venimos dando en llamar de una misma generación.

Sea lo que fuere, que para ello están los críticos y estudiosos -yo no paso de ser un obrero de la poesía-, el caso es que Valentín Arteaga publica su primer libro "La esperanza del barro" en 1972, mas no es sólo esto. Es que ya desde esa primera entrega, salvo en muy contadas ocasiones, Arteaga logra sus mejores momentos cuando sentimiento y palabra nacen unidos, siendo ésta la que conmueve todo el poema, por lo que -como dijera el crítico Pedemonte y más tarde también el poeta Fernández Calvo, con otro motivo- no sería impropio incluirlo en la que se ha llamado, precisamente, "Generación del lenguaje" y que corresponde con escritores que publicamos nuestra primera obra alrededor del año setenta.

Independientemente de la fecha de nacimiento, hay numerosos poetas, en cuya enumeración no me entretengo no por su longitud, sino por miedo a olvidarme de muchos que publican también su primer libro sobre estos años, y cuyas características -dentro del peculiar estilo de cada uno- son, en cierta manera, semejantes en cuanto a lo que se ha llamado "Generación del lenguaje".

Dentro de nuestra región, pero con voz en el concierto nacional estamos - si no emplease el plural, sería falsa modestia, y modesto no lo soy, mas si hablo de mi obra, como dice Torrente Ballester, lo hago en cuanto conclusa y publicada, no en tono valorativo- Valentín Arteaga, Rafael Alfaro, Nicolás del Hierro. Y ya un poco más lejos -no por calidad, indudablemente, sino por tendencias regionalistas en la línea alcaidiana- Morales Bonilla, Vicente Cano, González Lara y Julián Márquez -¿me habrá fallado la memoria?-.

Sin embargo, por su emoción-palabra, hoy resalta la voz, el verso de Valentín Arteaga que, no sólo se aleja voluntariamente del tópico manchego, sino que su verbo, su verso, su voz se hace emoción independientemente de lo que pueda haber en sus raíces de "paisanaje". Creo que esto y su publicación en aquel año lo incluyen por derecho propio y con todo merecimiento en la generación de los setenta. Generación, por otra parte, poco estudiada y que en nuestra provincia ha dado buenos poetas, dignos de tenerse en cuenta, aunque, como le ocurriera a Alcaide, el vivir lejos de la Capital suponga un inconveniente. Mas, desde aquí, queremos llamar la atención sobre un poeta y una generación dignos de estudio, no ya a nivel provincial, sino nacional porque su obra está ahí, abierta, lúcida, exacta y rigurosa entre el sentimiento, la imagen y la palabra. Equilibrio logrado con estudio, trabajo, elaboración e inspiración. Para que todo esto no resulte gratuito me remito a los libros publicados por Valentín, aunque resida en un pueblo y éste se llame Tomelloso.

Francisco MENA CANTERO



LA POESÍA DE VALENTÍN ARTEAGA A TRAVÉS DE LA CRÍTICA



o es mi intención aportar una visión novedosa de la poesía de Valentín Arteaga, antes bien, pretendo ofrecer un conjunto de consideraciones que diversos comentaristas han hecho sobre sus libros y su poesía.

La forma de sistematizar esta selección ha sido atendiendo a la cronología de la obra del poeta. Todos los comentaristas parecen coincidir en la existencia de, al menos, dos etapas bien diferenciadas en la poesía de Valentín Arteaga: antes de la publicación de "...Y aún no había raíces" (1979), y después de la publicación de dicho poemario.

De la primera etapa he escogido tres notas que nos permiten situar la primera producción de Valentín Arteaga dentro de la totalidad de su obra.

El primer comentario se lo debemos a P.A. González Moreno: "En sus primeros libros el poeta Valentín Arteaga hace uso de una estética que se caracteriza por la sencillez, por la austeridad expresiva, que se corresponde con una determinada ética personal que se ve en el hecho poético un acto de irrenunciable compromiso: renegar de la poesía que se pierde en eufónicas florituras y tomar como objetivo primordial de su verso a los hombres que sufren, a los desvalidos, a todos aquellos sobre los que ha recaído la desgracia o la injusticia".

A propósito de esta primera etapa L. García Pérez apunta lo siguiente: "Valentín Arteaga nos presenta una poesía entrañable, seriamente comprometida con el hombre, con la grandeza de las cosas sencillas, mediante la cual nos muestra su fe en los campesinos que arañan la tierra sedienta, los pobres que vanean la aceituna, las muchachas espigadoras... (...) La Mancha es una totalidad vivida intensamente, a pesar de esa prolongada y nostálgica ausencia del poeta. Todo el amor fraterno, toda la esperanza se vuelca sobre el hombre que sufre en esta tierra de distancias y de olvidos".

Completa estos comentarios sobre la primera etapa uno muy breve de Florencio Martínez Ruiz: "La poesía de libros como 'La esperanza del barro', 'De par en par', 'Dios en voz baja', y 'Arde el sol como un templo gira en torno a un humanismo íntimo, a un latido cordial en el que los paisajes y los lugares eran una compañía sugeridora. Y, en todo caso, la firmeza de unas raíces'".

Antes de pasar a ocuparme de los comentarios sobre el libro que parece marcar un hito fundamental en la poesía de Valentín Arteaga, quiero ocuparme de un libro que posee el carácter anticipatorio de buena parte de la obra posterior del poeta; se trata del libro "Cuando llueve en tus ojos" (1979). Según P.A. González Moreno: "En esta obra encontramos rasgos que van a ser predominantes en libros posteriores, tales como una intensa sensualidad y un pronunciado carácter esteticista. Encontramos también una clara simbología erótica que nos deja un regusto sanjuaniano cuando Valentín Arteaga transforma el Alma en una mujer y canta sus perfecciones corporales o sexualiza su relación con ella en la línea de la más genuina tradición de la poesía mística".

En el año 1979 se publica "...Y aún no había raíces" en la colección "Síntesis". Todos los comentaristas de la obra del poeta han señalado este libro como el que marca una nueva etapa en la poética del autor.

L. García Pérez ha escrito: "...Y aún no había raíces" es una constante alegoría que discurre de un modo armónico, profundamente poético, para establecer un paralelismo de gran belleza plástica entre el nacimiento de las cosas y el despertar consciente del poeta a la realidad vital, en una permanente búsqueda de los orígenes del bien y del mal, de las raíces de la felicidad y el dolor, del mundo onírico de la influencia, del hombre y las circunstancias que condicionan su cotidiano vivir".

En un acertado comentario, P.A. González Moreno nos ofrece una visión distinta: "Con la publicación de "...Y aún no había raíces" se abre una nueva línea estilística marcada fundamentalmente por el culto a la palabra, por el culto a la belleza, y donde la metáfora, por encima de todo instaurará su dominio. Un fuerte hedonismo vital teñido de sensualidad pagana, un lenguaje torrencial y una cadenciosa musicalidad convergen en lo que va a ser el centro motor de esta poesía: la belleza. (...) El lenguaje pierde su carácter referencial y emerge una realidad icónica que poco o nada tiene que ver con la realidad externa. El poema se convierte en una unidad significativa autóctona cuya semántica se agota en el poema mismo; es decir, el poema significa el poema o no significa nada. La teoría jakobsoniana tiene una aplicación ejemplar: el signo lingüístico, despojándose de todos sus valores comunicativos, atrae la atención sobre sí mismo y se convierte en un signo poético. La palabra queda imantada de belleza".

En esta etapa podemos incluir los poemarios "Arde el sol como un templo" (1980) y "Retablo de ceniza" (1981).

Para P.A. González Moreno la publicación de "Umbral de la distancia" supone otro nuevo giro en la poesía de Valentín Arteaga: "... verifica un nuevo cambio de actitud en la poesía de Valentín Arteaga. Un doble cambio que se aprecia en el abandono de su postura febrilmente esteticista, en la búsqueda de una expresión más intimista y depurada, y en una interiorización de su universo lírico que le permite bucear en las profundidades de su subjetividad. (...) Esta nueva óptica bajo la que el poeta lo mira todo tiene su correlato estilístico en la sintaxis, que, lejos ya del periodo amplio que predominaba en obras anteriores, se caracterizará ahora por el uso sistemático del punto, de la pausa fuerte, lo que da al verso un tono entrecortado, a la par que, en la medida en que el poema va

liberándose del lastre verbal, va impregnándose de afectividad, de un sereno acento reflexivo y melancólico".

Entre 1983 y 1985 Valentín Arteaga ve publicados varios libros que completan su numerosa biografía poética. Siguiendo un orden cronológico, no muy rígido, vamos a presentarlos a través de las referencias de los críticos.

De "Misa de Navidad" (1984) ha escrito Rafael Alfaro: "El poeta pierde la noción de tiempo y de espacio para hablarnos alucinadamente. (...) El poeta regresa al paraíso de la infancia, cuando era inocente e inmortal, casi sin darse cuenta de que es un coto cerrado para siempre. Su retorno exige el pago de un peaje que es la nostalgia, tal vez la tristeza. (...) Otra cuerda de la ternura en esta poesía es el culto a lo femenino. (...) Todo el libro está marcado con el sello inconfundible de lo cristiano. Valentín Arteaga goza en el uso del simbolismo litúrgico en un sentido bisémico: espiritual y poético".

Una referencia muy distinta encontramos en un comentario de P.A. González Moreno: "... volverá a la devoción religiosa, en realidad nunca olvidada, y al amor altruista, a su vieja preocupación por los desamparados y los pobres".

Del libro "El mar en la patena" (1984) ha escrito Florencio Martínez Ruiz: "El mar en la patena" exige una polivalencia de lecturas si es que no queremos reducir el libro a un solo nivel metafórico: la patena como ara de la ofrenda de la propia existencia, el mar como una realidad sin orillas, el poeta revestido al cabo de sí mismo, vuelto a la soledad donde debía. (...) Con alguna licencia de expresión este libro cabría atribuirlo a un goliardo, o por lo menos a un trovador de la corte de Aquitania. (...) Este libro -de cuya importancia tardaremos en darnos cuenta- incluye en su letanía mediterránea una fe dionisiaca en el propio hombre. Todas las cosas celebran la alegría de existir en honor de Valentín Arteaga, que se deja diluvialmente conquistar por su atractivo sensorial, en una interacción anímica y textual de extraordinaria eficacia".

Para otro crítico, el poeta Rafael Alfaro, este libro "ofrece una poesía rica y sugerente, en la que se mezcla lo intimista con lo culturista, el valor humano con los mas variados elementos estéticos. El verso crea un clímax de equilibrio y armonía mediante la combinación del endecasílabo y los alejandrinos bien medidos y usados con libertad y sabiduría".

En el año 1984 se publica "Las barcas de la memoria" en la Biblioteca de Autores Manchegos. Publicación que fue especialmente celebrada por los críticos habituales de Valentín Arteaga.

L. García Pérez deslinda el poemario de la siguiente forma: "... se compone de cuatro secuencias o momentos en los que el poeta, mediante un proceso creativo, manifiesta su profunda alegría existencial, una sincera complacencia al recrear los momentos vividos, que afloran en su alma sin que se produzca ninguna huída o rechazo del pasado, ningún tipo de aflicción espiritual. La memoria es el resorte que convierte el pasado en íntima realidad interior nuevamente vivible, traspasando los límites del tiempo fugaz que nos rebasa. Valentín adopta una mística realista, extrovertida hacia la realidad del mundo y de los seres, para participar de la realidad del mundo y de los seres, para participar de la alegría de existir en sí".

En cambio Nicolás del Hierro hace una reseña que apunta hacia el misticismo: "En las barcas de la memoria" se adivina la existencia de un amor en forma de mujer, sombra, pequeña sombra de su temática. ¿Y cómo es esta mujer? ¿Corpórea? ¿Incorpórea? ¿Etérea? ¿Palpable? ¿Divina? ¿Nos hallamos, pues, ante una nueva fórmula para conseguir el amor como idealismo, o es un ensayo místico tal si San Juan de la Cruz y Santa Teresa escribieran en y de nuestro tiempo?".

Rafael Alfaro escribió: "Las barcas de la memoria" llevan en su equipaje un tema amoroso indefinido. A veces pensamos en un amor recordado, en un amor soñado, en un amor olvidado pero presente, eterno como el eterno femenino al que se refiere Goethe. (...) La memoria no es aquí una virtud del pensamiento que vuelve los ojos atrás. Es un sentimiento de que el antiguo muchacho pervive en el poeta, está integrado en el hombre. Sabe que echar sus barcas al mar es hacer presente el tiempo vivido y por vivir. Por eso nos estremece esa continua superposición temporal a lo largo de toda la obra".

Otro crítico, en este caso Domingo F. Faílde, quizás de todos ellos a quien más le tiembla el corazón cuando se acerca a la poesía de Valentín Arteaga, escribió en su día a propósito del libro que nos ocupa: "Al leer "Las Barcas de la memoria", uno toma conciencia, en efecto, de que la verdadera poesía no se exhibe en vitrinas de museo arqueológico y sí, por el contrario, navega por el tiempo y a bordo de la vida, insuflando su aliento a la realidad y, en definitiva, salvándola del naufragio cotidiano. (...) Valentín Arteaga cruza hasta la hermenéutica que descifra el misterio de toda su obra en este libro cálido, síntesis de un ya largo camino recorrido, mostrando los arcanos más recónditos tanto de su historia como de su poética. (...) La poesía de Valentín Arteaga no puede comprenderse sin el concurso salvífico del amor, el eros eleático y demiúrgico que vivifica el mundo. (...) He aquí que la mujer se nos ha convertido en deidad y que los enjalbegados zaguanes de Campo de Criptana -atávico recuerdo del autor- transfórmanse en columnas, signo de lo sagrado, con lo cual se origina una atmósfera mitológica, culturalista, capaz de trasponerse a espacios tan distintos como los delicados jardines de Siena o las grandes y bulliciosas arterias de Madrid".

De una crítica de Angel Crespo, sumamente culta y atenta al poemario "Las barcas de la memoria", quiero entresacar las siguientes notas: "La exaltación sublimadora de lo femenino subyacente a la mejor poesía de amor, cuando menos desde el siglo XIII, tiene un indiscutible origen religioso no exento del turbador pero atractivo aroma de la mitología de la gnosis, en lo que los espíritus celestes son varones, hembras o andróginos. (...) La inspiración del manchego ha partido, al parecer, de un retazo de su biografía que, si no me equivoco, habría de situar en su primera juventud. (...) No parece que la innominada inspiradora de Arteaga sea la estudiante extranjera protagonista de una ingenua historia de amor, sino el personaje en que -a ejemplo de todos los poetas enamorados- hubo de convertirla sin remedio. (...) En "Las barcas de la memoria" se funden la objetividad de la realidad recordada y su idealización poética. Quiero decir que Arteaga no se limita a cantar a una amada convertida ya en diosa por el secreto poder metamorfoseador de su conciencia artística sino que, antes al contrario, entreteje constantemente los hilos de una realidad distintamente recordada con los de la visión sublimada de un lejano acontecer, y el efecto, tan original como sorprendente, de este entrabramiento es el que producirá una trama de lino en la que la imagen de la mujer revivida por el recuerdo hubiese sido recamada por sutiles hebras de oro".

En 1985 se publica "Un rostro va en su música" en la colección Adonais, por lo que este libro, teóricamente, va a tener mayor difusión que los publicados anteriormente a valentín Arteaga en diversas colecciones de poesía.

El crítico P.A. González Moreno, situando este libro en la cumbre de la poesía de Valentín Arteaga, escribe lo siguiente: "En "Un rostro va en su música" encontramos un auténtico poema polifónico donde vienen a entremezclarse muchos de los rasgos de su poesía anterior: la búsqueda impenitente de la belleza, los símbolos de la lluvia y el fuego, la sensualidad febril, la afirmación de su vitalismo, la magia desbocada del ritmo, de las imágenes... y añadido a esto hallamos dos nuevos símbolos que va a arrojar luz sobre su universo lírico: La música por una parte, y por otra un rostro enigmático que fascina y deslumbra".

Finalmente va a ser esta crítica, certera y cargada de intencionalidad, de Domingo F. Faílde la que sitúe el libro en su justo sitio: "Y sorprende, tras la lectura de "Un rostro va en su música", que cuando los llamados novísimos, esa generación que devolvió a la poesía el gusto por la palabra, empiezan a dar señales de agotamiento -no obstante su vigencia casi indiscutida-, Valentín Arteaga, desdeñando la altisonante grandilocuencia de muchas voces, opte por un lenguaje, noble sin duda, que apunta a la contención, renunciando a rebañar unos odres bastante -creo- esquilados y decantándose hacia posiciones donde la brillantez expresiva no oculta sino resalta esa maraña de interrogantes que asedian al poeta desde el instante mismo de la concepción de la obra. (...) Valentín Arteaga se enfrenta otra vez con el enigma de la poesía. Nuevamente, en efecto, se acerca al santuario y, con heterodoxa devoción, descubre sus cortinas y alcanza la contemplación del rostro sagrado. Ahí está la belleza, y ahí está la incapacidad del lenguaje para desentrañarla, para comunicarla, por encima de lo convencional. Belleza que, por momentos, parece identificarse con lo absoluto. Lo que aprehende el poeta de ella es tan sólo la música, emanación de esa actitud de asombro reverente cuya culminación tangible es el poema".

Alejo MORTAL



VASAR Y EMPOTRO DE VALENTIN ARTEAGA

por José María Torrijos

1.- DE PAR EN PAR, Ed. "HITO", Campo de Criptana, 1983.

Este libro del poeta vio la luz entre aspas de molinos. Desde la Mancha a Dios, con billete de ida y vuelta, hubiera resultado una intrahistoria de la llanura, si no estuviesen sus versos trascendidos de amor por el hombre, más allá de la especulación noventa-yochista. El autor convoca "a la inmensa mayoría" con tonos de la mejor estirpe entre León Felipe y Blas de Otero. Lejos el folklore de cartón piedra, pues "es la hora de cantar el Campo de Criptana del martirio". Las musas no están para floripondios y nenúfares, sino para el martillo y el yunque. Tampoco es Dios un dios a la medida, "un ídolo de cal, de yesón torturado", sino un látigo de ternura, "como un níspero agraz que te escuece en la boca". Imposible es mostrarlo "porque es como un piropo que se pega a mi piel".

2.- ...Y AUN NO HABIA RAICES, Ed. Algar, S.A., Colección "Síntesis" Madrid, 1979.

Se ha extendido después un paraíso inocente (fragmento de él es la azul portada idílica) como un tapiz exótico, fastuoso. El poeta busca a través del bosque una manzana, un nombre, un columpio, un párpado hacia la luz. Todavía no tienen nombre ni apellidos las cosas, los árboles carecen de raíces, pero el amor se adivina más allá de la zarza azul, como un fuego fatuo del día. Llega calladamente, apenas pisando el musgo del bosque. La fatiga a través de estos campos genesíacos no es sino sed de ese nombre que confirme todos los nombres y de un cuerpo que ponga la rúbrica a toda la creación.

3.- EL MAR EN LA PATENA, Ed. Obras selectas, Madrid, 1981.

El mar y el amor caben en el cuenco de unas manos. Todo el mar y el mundo ofrecidos en patena. El poeta inicia su viacrucis de geografías con sentido vital: playas, templos diminutos, amigos inolvidables, campos, islas, ciudades transitadas. Cada poema es una genuflexión afectuosa, un fragmento de vidriera cuyo conjunto compone la silueta de Dios.

4.- MISA DE NAVIDAD, Ed. El Reino, Madrid, 1984.

Parece un Liber Usualis pero no lo es. El poeta se ha guarecido del frío exterior dentro del establo y se ha puesto a

enviarles postales literarias a todos los allegados de su corazón. Como es Navidad, confecciona sus propios "crismas" con versos que llevan las huellas dactilares de su afecto y su talante. En los poemas se refiere cómo es el verdadero belén, el de cada día y el anual, exultante de color (zambomba, río de plata, pastorcicos...). Se extiende la palabra del poeta "como un mantel sonoro" y convoca a cantar todos el salmo gradual de la esperanza.

5.- LAS BARCAS DE LA MEMORIA, Biblioteca de Autores Manchegos, Area de Cultura Diputación Provincial, Ciudad Real, 1984.

Navegar juntos sobre el mismo mar, hacia idéntica meta, dejando en el agua la efímera estela de los recuerdos; cada cual en su navío, con su timón y su brújula. ¿Será Caperucita o la estudiante de COU o la compañera de subida al santuario? Quién sabe: o son fantasmas todos o son la ondina del eterno femenino o es aquella silueta que toma el metro en Diego de León. Navegar a contracorriente, por las aguas de los espejos de los cafés o dentro de la fuente de Cibeles. Ulises siempre espera que cualquier Nausica acaricie su frente arrugada.

6.- CUANDO REGRESA EL MAR HASTA MIS LABIOS, Col. "BAHIA", Algeciras 1985.

Hasta el comulgatorio de la boca del poeta acude el mar. Un poco antes -sal y yodo-, limpió sus labios de cerezas fugaces adheridas. En el mar vienen flotando la Biblia, el candor de Berceo, una vela a Dios y otra al diablo enviadas por Juan Ruiz, un pergamino con el hoc est enim, la última página escrita por Leonardo Boff, el papiro amoroso de alguna Nefertiti, una losa desgastada de San Juan de Letrán. La palabra del poeta -piedra sobre piedra- formaría un hermoso acueducto. Pero en el mar también viaja la nave de monseñor, quien desde proa vigila porque Love Story se ha colado en su diócesis. El prelado y sus canónigos jamás se anegaron de mar pues, como sólo deletrean el Levítico, no podrán llegar nunca al Cantar de los Cantares.

7.- UN ROSTRO VA EN SU MUSICA, Ed. Rialp, S.A., colección "ADONAI" Madrid, 1985

Obra dividida en tres movimientos musicales y un prelude: Paisaje casi obertura, Música de amanecer, Música de mediodía, Música de atardecer. Estructura sinfónica para unas páginas que vienen a ser la partitura en que el autor (solo de violín manchego) interpreta el cosmos. En clave de sol, un anhelo contemplativo de esa creación en vilo suspendida pero, a la vez, reflejada en un rostro. En clave de fa, el corazón soterrado del poeta. Y es su voz la de un tenor que lleva dentro de sí una guirnalda de corcheas, de madre selvas, de cerámicas, de mapas... ascendiendo en júbilo imparable mientras otra voz, la más oculta del acompañamiento, sabe de azoteas clausuradas, párpados vencidos, hemisferios vedados. Lector posible: no mires al agua del fondo del pozo. Si eres capaz de resistir resplandores tantos, mira hacia arriba, hacia las playas del sol. Porque allí se sube, cuantas veces le viene en gana, el poeta que cantaba con si cítara a un rostro que conserva en hornacina de fuego.



"JARAIZ"

Este cuaderno de poesía y Pensamiento se edita con la subvención del Area de Cultura de la Excm^a. Diputación Provincial de Ciudad Real y del Patronato de la Casa Municipal de Cultura de Taneloso.

